AGATHA CHRISTIE

MISTERIO EN EL CARIBE



MISTERIO EN EL CARIBE

Agatha Christie

Traducción: Ramón Margalef Llambrich

DRAMATIS PERSONAE

DYSON (Greg)
DYSON (Lucky):
Esposos inseparables del matrimonio Hillingdon.

ELLIS (Jim): Esposo de Victoria Johnson.

GRAHAM: Médico.

HILLINGDON (Edward): Coronel, militar retirado.

JACKSON: Ayuda de cámara de mister Rafiel.

JOHNSON (Victoria): Chica nativa de la isla en que se desarrolla la acción.

KENDAL (Tim): dueño del “Golden Palm Hotel”.

KENDAL (Molly): Esposa de tim.

MARPLE (Miss): Dama ya entrada en años, huésped del “Golden Palm Hotel”, y protagonista de esta novela.

PALGRAVE: Comandante, militar retirado.

PRESCOTT: Canónigo, uno de los huéspedes del “Golden Palm Hotel”.

PRESCOTT (Joan): Hermana del anterior.

RAFIEL (Mister): Anciano impedido, hombre de negocios muy rico.

ROBERTSON: Médico de la policía.

WALTERS (Esther): Secretaria de mister Rafiel.

WESTON: Inspector, miembro de la policía de St. Honoré.

CAPITULO UNO

EL COMANDANTE PALGRAVE CUENTA UNA HISTORIA

-Fíjese usted en todo cuanto se habla de Kenya -dijo el comandante Palgrave—. Gente que no conoce aquello en absoluto, haciendo toda clase de peregrinas afirmaciones. Mi caso es distinto. Pasé catorce años de mi vida allí. Los mejores de mi existencia, a decir verdad...
Miss Marple inclinó la cabeza.
Era éste un discreto gesto de cortesía. Mientras el comandante Palgrave seguía con la enumeración de sus recuerdos, nada interesantes, miss Marple, tranquilamente, tornó a enfrascarse en sus pensamientos. Tratábase de algo rutinario, con lo cual estaba ya familiarizada. El paisaje de fondo variaba. En el pasado, el país favorito había sido la India. Los que hablaban eran, unas veces, comandantes y otras, coroneles o tenientes generales... Utilizaban una serie de palabras: *Simia,* porteadores, tigres, *Chota Hazri, Tiffin, Khitmagars,* etc. En el caso del comandante Palgrave los vocablos eran ligeramente distintos: safari, *Kikuyu,* elefantes, *swahili...* Pero, en su esencia, todo quedaba reducido a lo mismo: un hombre ya entrado en años que necesitaba de alguien que le escuchara para poder evocar los días felices del pasado, aquellos en que había estado corriendo por el mundo, cuando la espalda se mantenía bien derecha, los ojos eran vivos y los oídos muy finos. Algunos de tales parlanchines habían sido en su juventud arrogantes mozos y otros habían carecido, lamentablemente, de todo atractivo. El comandante Palgrave, en posesión de una faz purpúrea, un ojo de cristal y un cuerpo que, en general, recordaba al de una rana hinchada, pertenecía a la última de las categorías citadas.
Miss Marple había ejercitado en todos aquel tipo de caridad. Había permanecido sentada, inmóvil, inclinando, de vez en cuando, la cabeza, en un dulce gesto de asentimiento, siempre pendiente de sus propias reflexiones y gozando de lo que tuviera en tales momentos a mano o al alcance de la vista: en este caso, el azul del mar Caribe.
¡Qué amable, Raymond! Pensaba en él, agradecida. ¡Habíase mostrado tan atento, en realidad...! No acertaba a explicarse por qué razón se había tomado tantas molestias con su vieja tía. ¿Le remordía la conciencia, quizá? ¿Viejos sentimientos familiares que revivían? Seguramente le tenía cariño y...

Miss Marple se dijo que Raymond había demostrado siempre quererla. A su manera, eso sí. Se había empeñado en «ponerla al día». ¿Cómo? Enviándole libros, novelas modernas... Ella no acertaba a pasar por ciertas cosas. En esos libros aparecía gente desagradable, difícil, que no paraba de hacer cosas raras, las cuales, por añadidura, no producían a sus autores ningún placer, aparentemente. «Sexo.» Era ésta una palabra muy pocas veces mencionada en los años de juventud de miss Marple. Naturalmente, en relación con sus diversas sugerencias había habido de todo. En resumen: años atrás se gozaba frecuentemente más que en la actualidad, en determinados aspectos, y no se hablaba tanto. Bueno, eso creía ella, al menos. Todo el mundo había sabido ver dónde estaba el pecado y también pensar en éste de una manera lógica, preferible a la vigente después, en que aquél se consideraba casi una especie de deber.

Su mirada se posó por un momento en el libro que tenía abierto sobre su regazo, por la página 23. Hasta ésta había llegado y la verdad era que no tenía muchas ganas de seguir.

«—¿Quiere usted decir que carece por completo de experiencia sexual? —inquirió el joven, con un gesto de incredulidad—.¿ A sus diecinueve años ? ¡Pero si eso es absurdo! Se trata de una necesidad vital.

La chica abatió la cabeza, compungida. Sus brillantes cabellos cayeron en cascada sobre su rostro.

—Lo sé, lo sé... —murmuró.

Él la miró... Estudió detenidamente su manchado y viejo jersey, sus desnudos pies, con las sucias uñas de los pulgares. Olía a grasa rancia.. A continuación se preguntó por qué la encontraba tan tremendamente atractiva.»

Miss Marple también se formuló esa pregunta. ¡Qué cosa! Por supuesto, el ansia de saber, en el terreno sexual, era apremiante a más no poder, por lo cual no admitía aplazamientos... ¡Pobre juventud!

«Mi querida tía Jane: ¿por qué te empeñas en ocultar la cabeza debajo de un ala igual que si fueses, perdóname, un avestruz? Esta idílica vida rural te consume, te cierra todas las salidas. Una vida real, de verdad, eso es lo que importa.»

Este era Raymond... Tía Jane había bajado la cabeza avergonzada. Juzgábase de otro tiempo, pasada de moda.

Pero la vida rural no tenía nada de idílica. La gente del tipo de Raymond ignoraba muchísimas cosas. Durante el desarrollo de sus tareas en una parroquia campesina, Jane Marple había adquirido una serie de amplios conocimientos relativos a determinados hechos de la vida rural. No había experimentado la necesidad de hablar de ellos y mucho menos de darlos a conocer por escrito. Sin embargo, se los sabía de memoria. No se le habían olvidado, no. Recordaba innumerables complicaciones dentro del campo de lo sexual, unas veces naturales y otras... todo lo contrario: violaciones, incestos, perversiones de todas clases... (Había casos sorprendentes, de los cuales no tenían noticia ni siquiera los cultos hombres de Oxford, que se dedicaban exclusivamente a escribir libros).

Miss Marple volvió a concentrar su atención en el Caribe y cogió el hilo de la narración en que, ignorante de aquellas ausencias mentales, andaba empeñado el comandante Palgrave.

-Una experiencia nada vulgar -comentó-, muy interesante...

—Podría referirle un puñado de casos semejantes. Claro que no todos ellos son indicados para unos oídos femeninos...

Con la facilidad que da una larga práctica, miss Marple bajó los ojos, parpadeando levemente. El comandante Palgrave continuó con su versión extractada de las costumbres tribales en el escenario de su juventud, en tanto que su dócil oyente se ponía a pensar en su afectuoso sobrino.

Raymond West era un novelista de éxito, que ganaba mucho dinero. Amablemente se había propuesto hacerle la vida agradable a su tía. El invierno anterior ésta había padecido un fuerte amago de pulmonía. El médico habíale aconsejado mucho sol. Generosamente, Raymond sugirió un viaje a las Indias Occidentales. Miss Marple había formulado algunas objeciones: los gastos, la distancia, las incomodidades inherentes al desplazamiento... Tenía que abandonar su casa de St. Mary Mead. Raymond había echado todos sus argumentos por tierra. Un amigo que estaba escribiendo un libro necesitaba un lugar solitario, enclavado en plena campiña. «Cuidará de la casa. Es muy amante del hogar y sabe apreciar los detalles caseros. Un tipo extravagante. Bueno, quiero decir...»

Raymond se interrumpió al llegar aquí. Parecía ligeramente confuso... Estaba bien. Apelaba a la comprensión de su tía Jane, que sabía bastante de tipos raros.

Luego pasó a ocuparse de los siguientes puntos. El viaje no suponía en sí nada de particular. Utilizaría el avión... Una de sus amigas, Diana Horrocks, visitaría Trinidad, comprobando así si se

hallaba debidamente acomodada. En St. Honoré pasaría a alojarse al «Golden Palm Hotel», que administraban los Sanderson. Una agradable pareja. Harían cuanto estuviese en su mano para que se hallase a gusto. Raymond se proponía escribirles inmediatamente.

Sucedió que los Sanderson habían regresado a Inglaterra. Pero sus sucesores, los Kendal, habíanse mostrado muy amables, asegurando a Raymond que no tenía por qué preocuparse con respecto a su tía. En la isla había un prestigioso doctor que podía ser utilizado en caso de emergencia. Por otro lado, ellos no perderían de vista a la dama en cuestión y se esforzarían por lograr que estuviese contenta.

La pareja había respondido a sus esperanzas. Molly Kendal era una rubia de aspecto candoroso que contaría apenas veinte años de edad. Por lo que había visto, siempre estaba de buen humor. Había acogido a miss Marple muy afectuosamente, desvelándose para que no echara de menos su casa. Idéntica disposición había descubierto en Tim Kendal, su marido, un hombre delgado, moreno, de unos treinta años.

Así, pues, allí se encontraba miss Marple, alejada de los rigores del clima inglés, propietaria, temporalmente, de un lindo «bungalow», rodeada de sonrientes chicas nativas que la atendían a la perfección. Tim Kendal solía recibirla a la entrada del comedor y siempre le gastaba alguna que otra broma oportuna al aconsejarla a la vista del menú de cada día. Un cómodo camino partía de la entrada de su casita en dirección a la playa, donde miss Marple podía sentarse cómodamente en un sillón de mimbre, viendo cómo los otros huéspedes del hotel se bañaban. Incluso había en el establecimiento varias personas de su edad. Mejor. Así disfrutaría de su compañía si ése era su deseo en determinado momento. Con tal fin podía pensar en mister Rafiel, el doctor Graham, el canónigo Prescott y su hermana, y el caballero que tenía delante, el comandante Palgrave.

¿Qué más podía desear una dama como ella, ya entrada en años?

Se estaba bien en aquel lugar. La temperatura era ideal, excelente para el reumatismo. El panorama de los alrededores podía ser calificado de bello. Bueno, quizá resultara algo monótono. Demasiadas palmeras. Todos los días eran iguales. Nunca *pasaba* nada. En esto aquel sitio difería de St. Mary Mead, donde siempre ocurría algo. En cierta ocasión su sobrino había comparado la existencia en St. Mary Mead con la que llevaban los microbios en el agua estancada y ella le respondió, indignada, que una plaquita de cristal manchada con un poco del líquido contenido en un simple charco presentaba bajo los cristales del microscopio un espectáculo

fascinante.
Miss Marple fue recordando entonces una serie de amenos incidentes: el error de la señora Linnet con su frasco de jarabe para la tos; el extraño comportamiento del joven Polegate; la extraña escena que tuvo lugar entre aquél y la madre de Georgy Wood; la causa real de la riña entre Joe Arden y su esposa. ¡Cuántos y qué variados problemas había podido suponer! Y todos ellos habíanle proporcionado motivos más que sobrados para horas y horas de reflexión. Bien. Tal vez surgiera allí algún asunto raro en el que... en el que meter la nariz.
Con un ligero sobresalto comprobó que el comandante Palgrave había abandonado Kenya, trasladándose rápidamente a la frontera del noroeste. Refería a la sazón sus experiencias como subalterno. Desgraciadamente, le acababa de preguntar con toda formalidad:
— ¿No está usted de acuerdo conmigo?
La práctica permitió a miss Marple salir airosa de aquel mal paso.
—Creo que no poseo suficiente experiencia para poder juzgar. Estimo que mi vida ha sido demasiado rutinaria para opinar.
—Es natural, querida señora, es natural —dijo el comandante Palgrave, siempre atento.
—Usted sí que ha llevado una existencia movida —replicó miss Marple, decidida a enmendarse a sí misma la plana, por sus distracciones anteriores plenamente voluntarias.
—No ha sido mala del todo —manifestó Palgrave, complacido. A continuación echó un vistazo a su alrededor—. Hermoso lugar éste, ¿verdad? —comentó.
—En efecto — miss Marple no supo evitar la pregunta que entonces le vino a los labios—. ¿No pasa nunca nada aquí, comandante?
Palgrave observó con atención a su interlocutora.
—Pues sí, sí que pasa. Los escándalos abundan... Bueno, yo podría contarle...
Pero miss Marple no se sentía interesada por tales cosas. Lo que el comandante Palgrave acababa de llamar «escándalos» no presentaban nada de particular. Tratábase en resumidas cuentas de hombres y mujeres que cambiaban de pareja y reclamaban la atención de los demás sobre tal hecho en vez de esforzarse por disimular y sentirse avergonzados de sí mismos.
—Incluso hubo un crimen aquí hace un par de años. Se habló de un hombre llamado Harry Western. Los periódicos, con tal motivo, publicaron informaciones sensacionales. ¿No lo recuerda?
Miss Marple asintió sin el menor entusiasmo. No. No había sido aquel tipo de crimen del orden de los que despertaban su interés. Su carácter sensacional nació del hecho de que los principales

protagonistas eran gente muy rica. Parecía haber quedado bien demostrado que Harry Western disparó sobre el conde de Ferrari, el amante de su mujer, procurándose antes una coartada bien amañada. Todo el mundo había bebido más de la cuenta y se descubrió el fondo de adictos a las drogas. Gente poco interesante, estimó miss Marple en su día. Sin embargo, tenía que reconocer que todos los complicados en el asunto compusieron un «cuadro» sumamente espectacular, curioso, pese a no guardar relación con lo que ella calificaba como su plato favorito.

— Y si me apura usted mucho le diré que éste no fue el único crimen que se cometió aquí en aquella época —el comandante hizo un gesto de asentimiento, guiñando un ojo a miss Marple—. Sospecho que... ¡Oh! Bueno...

A miss Marple se le cayó el ovillo de lana, Palgrave se agachó para cogerlo.

—Hablando de crímenes —prosiguió diciendo—. Una vez supe de uno muy extraño... Claro está, no de una manera directa, personal...

Miss Marple sonrió, animándole a seguir.

— En un rincón de un club estaban, cierto día, varios hombres charlando. Uno de ellos comenzó a referir una historia. Era médico el individuo en cuestión. Hablaba de uno de sus casos. Una noche, a hora ya muy avanzada, un joven llamó a la puerta de su casa. Su esposa se había colgado. No tenía teléfono en la casa, por lo cual, en cuanto hubo cortado la cuerda, depositando a su mujer en el suelo, prestándole los auxilios que juzgó necesarios, se apresuró a sacar su coche y lanzarse de un sitio para otro, en busca de un doctor. Bueno, pues la esposa no murió. Se encontraba, como era lógico, muy alterada tras su propio desmayo. Sea como sea, salió sin más dificultades del grave trance. El joven parecía hallarse muy enamorado de su mujer. Lloraba como un chiquillo. Había notado que aquélla no estaba bien desde hacía algún tiempo. Vivía bajo los efectos de una tremenda depresión. Así quedó la cosa. Todo parecía encontrarse en orden. Pero... Un mes más tarde la fracasada suicida ingirió una dosis excesiva de somnífero y falleció. Un caso muy triste, ¿verdad?

El comandante hizo una pausa, subrayándola con sucesivos movimientos de cabeza. Como, por lo visto, había algo más, miss Marple aguardó pacientemente.

—¿Y eso es todo?, dirá usted, quizá. Pues sí. No hay más. Una mujer neurótica que hace lo que es habitual en un persona desquiciada. ¡ Ah! Pero un año más tarde, aproximadamente, este mismo médico de la historia anterior se hallaba charlando con un colega. Habíanse referido mutuamente algunas experiencias... De

pronto, su compañero empezó a relatarle el caso de una mujer que había intentado suicidarse ahogándose. El marido abandonó la casa para ir a buscar un médico. Luego, entre los dos, consiguieron reanimarla... Varias semanas más tarde se mataba abriendo las llaves del gas, tras haber cerrado las ventanas de la habitación en que se encontraba.

« —¡Qué coincidencia! -exclamó el primer doctor—. Yo viví un caso semejante. Él se llamaba Jones (o el nombre que fuese). ¿Cuál era el apellido de su cliente?
—No recuerdo... Robinson, creo. Jones, no, con seguridad.
Bien. Los doctores se miraron, muy serios y pensativos. Entonces el primero sacó de su cartera una fotografía, enseñándosela a su colega. «He aquí al individuo de quien te he estado hablando», dijo a su amigo. «Al día siguiente de la visita del desconocido me acerqué a la casa de éste para comprobar ciertos detalles y habiendo descubierto junto a la entrada unas especies de hibiscos muy llamativas, unas variedades que no había visto nunca en esta región, aprovechando la circunstancia de tener en mi coche la cámara fotográfica, saqué una instantánea. En el preciso instante en que apretaba el disparador de aquélla apareció en la puerta del edificio el marido de la fracasada suicida. No creo que él se diera cuenta de eso. Le pregunté por los hibiscos, pero no supo decirme su nombre.» El segundo médico estudió detenidamente la fotografía manifestando: «Está algo desenfocada. No obstante, juraría que... Sí. Estoy absolutamente seguro de que *se trata del mismo hombre.»*

Ignoro si los doctores prosiguieron sus indagaciones. En caso afirmativo, lo más probable es que no llegaran a ninguna conclusión clara. Sin duda, el señor Jones, o Robinson, puso buen cuidado en no dejar pistas. Pero, ¿verdad que es una historia sumamente rara? Me cuesta trabajo pensar que puedan pasar cosas como ésta.
—¡ Ah! Pues yo creo que suceden todos los días —respondió miss Marple, plácidamente.
—Vamos, vamos. Me parece demasiado fantástico.
—Cuando un hombre da con una fórmula eficaz para sus fines no se detiene fácilmente, decidiéndose por continuar explotándola.
—Iniciando de esta manera una serie de delitos, ¿eh?
—Tal vez.
—A título de curiosidad, el médico de que le he hablado me cedió su fotografía.
El comandante Palgrave comenzó a rebuscar en su atiborrada

cartera de bolsillo, murmurando como si se hablase consigo mismo:
—Guardo aquí un montón de cosas... No sé por qué las llevo siempre encima...
Miss Marple creyó adivinar la causa. Aquellos papeles venían a ser las «existencias» del almacén puramente personal del comandante. Así Palgrave podía ilustrar convenientemente su repertorio de historias. Miss Marple sospechaba que la que acababa de referirle había sido sustancialmente distinta de su origen. Probablemente, con las sucesivas repeticiones había ido creciendo...
El comandante continuaba hablando en voz baja todavía.
—Me había olvidado por completo de este asunto... Ella era una mujer de buen aspecto. Nunca se le ocurriría a uno sospechar... ¿Dónde, dónde?... ¡Ah! Esto me hace pensar en... ¡Qué colmillos! Tengo que enseñarle...
De entre varios papeles, Palgrave extrajo una pequeña fotografía que estudió unos segundos.
—¿Le agradaría ver la figura de un criminal?
Iba a pasarle la cartulina a miss Marple cuando, de pronto, encogió el brazo. En aquel momento, el comandante Palgrave parecía más que nunca una rana hinchada. Estaba mirando, con los ojos muy fijos, por encima del hombro derecho de ella... A juzgar por el rumor de pasos y de voces, por allí se acercaba alguien.
-¡Maldita sea! Bueno, quería decir...
Apresuradamente, introdujo en su cartera todos los papeles, devolviéndola a uno de los bolsillos de su chaqueta.
El tono purpúreo de su rostro se tornó más intenso. Luego, levantando la voz con cierta afectación, manifestó:
- Como le estaba diciendo... Quería enseñarle estos colmillos de elefante .. jamás se me volvió a presentar la oportunidad de disparar sobre un animal tan grande... ¡Ah! ¡Hola!
Su voz sonaba entonces falsamente cordial.
- ¡ Mire quién está aquí! El gran cuarteto... La flora y la fauna... Un día de suerte el de hoy, ¿verdad?
Habían aparecido cuatro de los huéspedes del hotel, a quienes miss Marple conocía de vista. Eran dos matrimonios. Miss Marple no se hallaba familiarizada aún con sus nombres, pero adivinó que el individuo fornido de la mata de cabellos grisácea era «Greg». La mujer rubia platino, su esposa, que era conocida con el nombre de Lucky. La otra pareja, Edward y Evelyn, estaba formada, respectivamente, por un hombre delgado y moreno y una mujer bella, aunque maltratada por los años. Miss Marple había oído afirmar que eran botánicos, si bien se interesaban también por las aves.

- ¡ Eh, Tim! A ver si cuidas de que nos traigan algo de beber —Greg miró a los demás —. ¿ Qué os parece si pedimos unos vasos de ese ponche llamado aquí *de los colonos?*
Todos asintieron.
-Nada de suerte, en absoluto —declaró Greg—. Por lo menos no la hemos visto por ninguna parte a la hora de conseguir aquello tras lo cual andábamos.
-Ignoro si se conocen ustedes ya, miss Marple... El coronel Hillingdon y señora; Greg y Lucky Dyson.
Todos intercambiaron unos amables saludos. Lucky dijo que no viviría mucho tiempo si no le servían inmediatamente alguna bebida.
Greg hizo una seña a Tim Kendal, que se encontraba sentado ante otra mesa, a cierta distancia del grupo, en compañía de su mujer, repasando unos libros de cuentas.
-¿Vale lo mismo para usted, miss Marple?
Ésta le dio las gracias, manifestándole que prefería una limonada fresca.
- Entonces una limonada y cinco ponches, ¿eh? —inquirió Tim Kendal.
- Únete a nosotros, Tim.
- ¡Ojalá pudiera! De momento no me es posible porque he de poner estos apuntes en claro. Estaría mal que lo dejara todo en manos de Molly. Aprovecho la ocasión para notificaros que esta noche tendremos aquí una orquesta por todo lo alto.
-¡Vaya! —exclamó Lucky—. ¡Y yo con los pies destrozados! ¡Uf! Edward, deliberadamente, me metió en unas malezas llenas de espinos.
-No digas eso. Las flores, de un suave color rosado, eran bellísimas -señaló Hillingdon.
—Más, desde luego, que sus espinas. Un bruto, eso es lo que eres, Edward.
—No es como yo, por supuesto —dijo Greg, sonriendo—. Dentro de mí sólo alienta humana bondad.
Evelyn Hillingdon tomó asiento junto a miss Marple, con la que empezó a hablar, mostrándose muy afectuosa.
Miss Marple depositó sobre su regazo el ovillo de lana y las agujas. Lentamente, con alguna dificultad, porque padecía un poco de reumatismo en el cuello, volvió la cabeza sobre su hombro derecho. A poca distancia de allí estaba el gran «bungalow» que ocupaba el rico mister Rafiel. Pero en él no se advertía el menor indicio de vida.
Contestaba miss Marple con oportunidad a las observaciones de Evelyn (realmente, ¡cuan amable era la gente con ella, allí!), pero

sus ojos escudriñaban los rostros de los dos hombres.

Edward Hillingdon le pareció un hombre agradable. Silencioso, pero dotado de un gran encanto varonil... En cuanto a Greg, con su gran corpachón y sus inquietos ademanes, se le antojó la imagen del ser feliz, al menos en apariencia. Estimó que él y Lucky debían ser americanos o canadienses.

Fijó la mirada por último en el comandante Palgrave, que fingía todavía una *bonhomie* infinita.

Muy interesante...

CAPITULO DOS

MISS MARPLE HACE COMPARACIONES

Se presentaba muy alegre aquella velada en el «Golden Palm Hotel».

Sentada ante su mesita, en uno de los rincones de la sala, miss Marple miró a su alrededor con auténtica curiosidad. El gran comedor contaba con tres enormes ventanales que daban a tres partes distintas, por los cuales entraba la perfumada brisa que agitaba suavemente las arboledas vecinas. Cada mesa tenía su pequeña lámpara, de suave y coloreada luz. La mayoría de las mujeres presentes vestían trajes de noche, confeccionados a base de telas ligeras, de cuyos escotes emergían brazos y hombros muy bronceados.

Con una dulzura verdaderamente conmovedora, Joan, la esposa del sobrino de miss Marple, había sabido convencer a ésta para que le aceptara *un pequeño cheque.*

—Tienes que pensar, tía Jane, que allí hará calor. Yo no creo que andes muy bien de ropas adecuadas a aquel clima.

Jane Marple le había dado las gracias a su sobrina, aceptando finalmente su cheque. Había vivido en un época en la que se veía como algo natural que los viejos apoyaran las actividades de los jóvenes; pero también se estimaba normal que las personas de mediana edad cuidaran de los ancianos. No obstante, ¿cómo decidirse a adquirir vestidos vaporosos? Como consecuencia de su edad, en las jornadas más calurosas, apenas si sentía algún leve agobio. Además, la temperatura de St. Honoré no hacía sacar a colación el «calor tropical» precisamente en las conversaciones. Aquella noche se había ataviado conforme a la mejor tradición de las damas inglesas de provincias con su vestido de encaje gris.

No era que miss Marple fuese la única persona de edad allí presente. Dentro de la sala había representaciones de todas las etapas de la vida humana. Veíanse magnates del mundo de los negocios ya muy entrados en años, del brazo de su esposa número tres o cuatro. Había parejas en la edad media de la existencia, procedentes del norte de Inglaterra. Llamaba la atención una alegre familia de Caracas, completa, con todos los hijos. Los diversos países de Sudamérica se hallaban bien representados. Se hablaba español y portugués. La escena había sido dotada de un sólido fondo de carácter británico, a cargo de dos clérigos, un médico y un

juez retirado. Hasta había una familia china.
El servicio, dentro del comedor, estaba confiado esencialmente a las mujeres: muchachas negras, nativas de orgulloso porte, vestidas con almidonadas ropas blancas. Hallábase al frente de todo, sin embargo, un experto *maître* italiano. Otro que era profesional, francés, se ocupaba de los vinos. Cuidaba de todo atentamente el propio Tim Kendal, al que no se le escapaba ningún detalle. Paseaba de un lado para otro, deteniéndose de vez en cuando frente a una mesa para intercambiar unas palabras corteses con quienes la ocupaban, entablando breves conversaciones.
Su esposa le secundaba admirablemente. Era una joven muy bella. Sus cabellos eran de un tono rubio platino natural. Sus labios, gruesos, frescos, se dilataban fácilmente con naturalidad, al sonreír. Muy raras veces perdía Molly Kendal la paciencia. Los que estaban a sus órdenes trabajaban con entusiasmo. Molly poseía otra habilidad: sabía adaptarse a los distintos temperamentos de sus huéspedes. Así era como conseguía agradar a todos. Reía y flirteaba con los hombres de edad; felicitaba oportunamente a las chicas y señoras jóvenes por sus aciertos en la elección de los vestidos.
—¡Oh, señora Dyson! ¡Qué vestido tan precioso lleva usted esta noche! Si me dejara llevar de la envidia que siento, sería capaz de desgarrar tan hermoso modelo.
Ella iba también muy elegante. Eso pensaba al menos miss Marple. Su esbelto cuerpo estaba enfundado en una especie de vaina blanca, completando el atuendo un chal de seda bordado que le caía graciosamente sobre los hombros. Lucky no paraba de tocarlo.
—¡Qué color tan bonito! Me gustaría tener uno igual.
—Eso es fácil. Puede adquirirlo en la tienda del hotel.
Molly iba casi de una mesa a otra. No se detuvo en la de la señorita Marple. Las damas ya entradas en años eran cosa de su marido. «Las señoras ya maduras prefieren las atenciones de un hombre», acostumbraba decir.
Tim Kendal se acercó a miss Marple, inclinándose sobre ella.
—¿Desea usted algo especial, miss Marple? —le preguntó—. No tiene más que decírmelo y haré que le preparen lo que sea. Naturalmente, esta comida característica del hotel, con *notas* semitropicales, no puede recordarle en nada la del hogar. ¿Me equivoco?
Miss Marple sonrió, declarando que aquel cambio constituía precisamente uno de los encantos del desplazamiento al extranjero.
—Perfectamente, entonces. Pero, ya sabe, si se le ocurre...
—¿Qué cree usted que podría ocurrírseme pedir?

—Pues... -Tim Kendal vaciló unos instantes-. Tal vez un budín típicamente inglés...
Miss Marple sonrió, declarando que podía pasar perfectamente sin el consabido postre británico.
Cogió de nuevo la cucharilla y empezó a saborear el helado de frutas que tenía delante. Estaba delicioso.
Luego comenzó a tocar la orquesta. Pertenecía al tipo de las que constituían una auténtica atracción en las islas. La verdad era que miss Marple lo hubiera pasado divinamente bien sin ella. Consideraba que sus componentes armaban mucho ruido, absolutamente innecesario, por supuesto. No se podía negar, por otro lado, que la orquesta había sido acogida con agrado por los demás y miss Marple, poseída por el espíritu de juventud aquella noche, se dijo que era preciso que se dedicase a desentrañar los misterios de la música que estaba oyendo para admirar más a sus intérpretes.
¿Cómo iba a buscar a Kendal, con el ruego de que inundara aquella sala con las notas de «El Danubio Azul»? (¡Oh, qué bello, qué elegante vals!) Los que danzaban adoptaban posturas inverosímiles. Parecían estar haciendo contorsiones. ¡Bueno! La gente joven tenía que divertirse... Miss Marple se quedó quieta y pensativa un momento. Acababa de darse cuenta de que entre aquellas personas había muy pocas que pudiesen ser consideradas jóvenes. El baile, las luces, la música... Sí. Todo había sido pensado para la juventud. Muy bien. ¿Y dónde se encontraba ésta? Estaría estudiando, supuso miss Marple, en las Universidades, o trabajando... ¿Vacaciones? Un par de semanas al año. Un lugar como aquel hotel quedaba demasiado lejos para los jóvenes, aparte de resultarles a éstos excesivamente caro. Aquella existencia despreocupada y alegre era para gentes de treinta y cuarenta años y para los viejos que no se resignaban a la vejez e intentaban evocar épocas mejores junto a sus esposas, muchas de ellas jóvenes.
En cierto modo, era una lástima que las cosas fueran así...
Miss Marple suspiró. Bien, allí estaba la señora Kendal... no contaría más de veintidós o veintitrés años, probablemente. Parecía divertirse. ¡Ah! Pero es que, en realidad, efectuaba un trabajo.
En una de las mesas más cercanas a ella se había acomodado el canónigo Prescott con una hermana. A la hora de servirles los camareros el café se unieron a miss Marple y ésta les acogió con agrado. La señorita Prescott era una mujer de severo aspecto; su hermano, grueso, de sonrosado rostro, irradiaba cordialidad.
Servido el café, apartaron un poco las sillas de la mesa y la señorita

Prescott abrió un bolso que llevaba consigo del que extrajo una labor que miss Marple juzgó de bastante mal gusto. En seguida se puso a contarle los acontecimientos de la jornada. Por la mañana había visitado una nueva escuela de niñas. Tras una siesta, que les había ido muy bien, visitaron una plantación de caña de azúcar para tomar el té con unos amigos que se habían hospedado en una pensión, donde pensaban pasar una temporada.

Como los Prescott estaban en el «Golden Palm» más tiempo que miss Marple, se hallaban en condiciones ideales para ilustrar a ésta sobre la identidad de cada uno de los huéspedes.

Por ejemplo: el anciano mister Rafiel... que visitaba el hotel cada año. ¡Oh! ¡Era fantásticamente rico! Poseía una monstruosa cadena de supermercados en el norte de Inglaterra. La joven que le acompañaba era su secretaria: Esther Walters, viuda (Todo estaba en orden allí, desde luego. Nada podía tacharse de indigno. Lógico, al fin y al cabo. ¡Si aquel hombre contaba ya ochenta años!).

Miss Marple hizo un gesto de comprensión al enterarse de estos pormenores. El canónigo completó la información:

— Esther Walters es una joven muy agradable. Es huérfana de padre. Su madre vive en Chichester.

—A mister Rafiel le acompaña, así mismo, un ayuda de cámara, que también se podría calificar de enfermero. Es un masajista excelente, según creo. Se llama Jackson. El pobre mister Rafiel es prácticamente un paralítico. Resulta triste, ¿eh? Tener tanto dinero y en cambio...

— Es muy generoso y sabe dar con alegría —dijo el canónigo con un gesto de aprobación.

Los presentes iban formando grupos. Algunos de éstos procuraban alejarse de la orquesta; otros se aproximaban a ella. El comandante Palgrave se había congregado al cuarteto de los Hillingdon-Dyson.

—Esos de ahí... —dijo la señorita Prescott bajando la voz, cosa innecesaria, pues la música impedía oír hablar.

— Iba a preguntarles por ellos...

—Estuvieron aquí el año pasado. Pasan tres meses, todos los años, en las Indias Occidentales, y recorren las distintas islas. El individuo alto es el coronel Hillingdon, y la mujer morena es su esposa... Son botánicos. Los otros dos son Gregory Dyson y su esposa. Americanos ambos. Me parece haber oído que él escribe estudios sobre las mariposas. Todos sienten un gran interés por las aves.

—Son gente que se buscan pasatiempos que requieren el aire libre —observó el canónigo Prescott.

—No creo que les gustara mucho oírte calificar sus actividades de pasatiempos, Jeremy —manifestó su hermana—. Han publicado

artículos en el *National Geographic y* en el *Royal Horticultural Journal.* Toman sus trabajos muy en serio.

Oyéronse unas escandalosas risas. Procedían de la mesa que había acaparado su atención. Tan fuertes habían sido aquéllas que dominaron por unos segundos el estrépito musical. Gregory Dyson se había recostado en su silla y golpeaba la mesa con ambas manos; su esposa hacía gestos de sorpresa y el comandante Palgrave, después de vaciar su copa de licor, se puso a aplaudir.

Desde luego, aquellas personas tomarían sus trabajos en serio, pero parecían bien poco formales.

—El comandante Palgrave no debiera beber tanto —dijo la señorita Prescott con acritud—. Tiene la tensión alta.

Un camarero llegó a la mesa del alegre grupo para depositar en ella otra ronda de ponches.

—Me agrada tener a la gente con quien trato debidamente clasificada, en su sitio —declaró miss Marple—. Esta tarde, hablando con ellos, me hacía un lío. No sabía quién era el marido o la mujer de quién.

Hubo una pausa. La señorita Prescott tosió. Era la suya una tos seca, insignificante, fingida...

—En lo tocante a este punto...

Su hermano el canónigo se apresuró a intervenir:

—Joan... Tal vez fuese lo más prudente no hablar de eso en que estás pensando.

—¡No seas así, Jeremy! En realidad yo no iba a decir nada de particular. Sólo que el año pasado, por una razón u otra (en realidad no sé concretamente por qué), nos hicimos a la idea de que la señora Hillingdon era la señora Dyson, hasta que alguien nos indicó que estábamos equivocados.

—Es extraño, ¿eh?, cómo a veces se obsesiona uno con determinadas impresiones.

Después de este ingenuo comentario los ojos de miss Marple buscaron los de la señorita Prescott por un momento. Las dos mujeres se comprendieron con una sola mirada.

Un hombre menos inocente que el canónigo Prescott hubiera comprendido en seguida que estaba allí *de trop.*

La señorita Prescott y miss Marple intercambiaron otra mirada. Acababan de decirse, con la misma claridad que si hubiesen hablado: *«En otra ocasión algo más propicia...»*

—El señor Dyson llama a su esposa «Lucky». ¿Es éste su nombre real o un apodo? -preguntó miss Marple.

—No puede ser su nombre real, creo yo.

—Yo le hice una pregunta a él —manifestó el canónigo—. Me dijo

que la llamaba así porque la consideraba una especie de talismán de la buena suerte, que perdería de perderla a ella[1]. Muy ingenioso, ¿verdad?

— Le gusta mucho bromear —declaró la señora Prescott.

El canónigo miró a su hermana con cierta expresión de duda.

La orquesta «atacó» una nueva pieza musical más ruidosa aún que las precedentes. La pista de baile se llenó de parejas.

Miss Marple y sus acompañantes dieron la vuelta a sus sillas para contemplar más cómodamente el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Le agradaba más el baile que los estrepitosos sones del conjunto musical. Le gustaba oír el suave arrastrar de pies y ver el rítmico balanceo de los cuerpos de los danzarines...

Aquella noche, por primera vez, comenzaba a sentirse plenamente encajada en el ambiente del «Golden Palm Hotel». Hasta entonces había echado de menos algo que se le daba con facilidad: el hallazgo de puntos de semejanza de los presentes con otras personas que conocía directamente. Probablemente habíanla desconcertado desde el principio los elegantes vestidos de los huéspedes del hotel, el ambiente exótico. Confiaba en que a no mucho tardar se hallaría en condiciones de llevar a cabo interesantes comparaciones.

Molly Kendal, por ejemplo, le recordaba a aquella linda muchacha, cuyo nombre no lograba recordar ahora, que trabajaba como conductora del autobús de Market Basing. Solía ayudar a todos los pasajeros y jamás arrancaba el vehículo a menos que supiese que cada uno se había acomodado en su asiento.

Tim Kendal se parecía bastante al *maître* del Royal George, en Manchester. Veíaseles a los dos confiados, pero al mismo tiempo, preocupados. (Su conocido padecía de úlcera, recordó.)

En cuanto al comandante Palgrave... Sí. Éste venía a ser la imagen del general Leroy, del capitán Flemming, del almirante Wincklow, del coronel Richardson...

¿Qué otros personajes interesantes había allí? ¿Acaso Greg? Era difícil hallar un equivalente debido a tratarse de un americano. Un trasunto, quizá, de sir George Trollope, siempre con ganas de bromas durante las reuniones de la junta de defensa civil. Tal vez hiciese pensar en el señor Murdoch, el carnicero. El señor Murdoch tenía muy mala reputación. No pocos afirmaban que todo cuanto de él se decía no eran más que habladurías, ¡y que al interesado le agradaba fomentar todo género de rumores, en relación con su persona!

---

[1] *Luck,* suerte. *Lucky,* afortunada, feliz, dichosa. *(N. del T.)*

Le había llegado el turno a «Lucky»... Ésta era fácil. Le había hecho pensar en seguida en Marlee, la de las «Tres Coronas». ¿Evelyn Hillingdon? No acertaba a clasificarla con precisión. A primera vista se acomodaba a muchos caracteres. Dentro de Inglaterra existían innumerables mujeres como ella: altas, delgadas, un tanto marchitas... ¿Podía verse en ella a lady Caroline Wolfe, la primera esposa de Peter Wolfe, que se había suicidado? ¿O era más bien Leslie James, la silenciosa mujer que raras veces daba a conocer sus sentimientos, que había acabado vendiendo su casa, marchándose sin revelar a nadie su paradero?

¿El coronel Hillingdon? Con este hombre no surgía la orientación deseada. Para eso tendría que tratarle, observar sus reacciones. Se trataba de un caballero muy callado, de corteses maneras. Es imposible adivinarles los pensamientos a los hombres de ese tipo. Suelen hacer gala de ideas francamente sorprendentes. Miss Marple recordó que el comandante Harper se había suicidado, degollándose. Nadie había sabido jamás por qué. Miss Marple sí creía conocer el motivo de tan dramática decisión. Ahora bien, nunca podría estar absolutamente segura...

Su mirada se detuvo en la mesa de mister Rafiel. Todo el mundo estaba enterado allí de que el anciano señor era inmensamente rico. Era lo primero que se había sabido en relación con su persona. Visitaba todos los años las Indias Occidentales. Imposibilitado casi por completo, parecía un ave de presa destrozada. Las ropas le colgaban de cualquier manera, cubriendo nada elegantemente su deformada figura. Lo mismo hubiera podido parecer un hombre de setenta años que de ochenta o noventa... Tenía unos ojillos que delataban su astucia. Mostrábase rudo con frecuencia, pero nadie tomaba a mal sus modales, porque era rico y porque poseía una personalidad tan fuerte que los que hablaban con él acababan sintiéndose como hipnotizados, llegando a formular mentalmente una conclusión curiosa: Mister Rafiel, ignoraban por qué motivo, se encontraba en su derecho al tratar bruscamente a los demás...

La señora Walters, su secretaria, estaba sentada junto a su jefe. Sus cabellos tenían el color del trigo, enmarcando un rostro sumamente agradable. Mister Rafiel era en ocasiones grosero con ella, pero la señora Walters no parecía sentirse afectada por la conducta de aquel hombre singular. Mostrábase sumisa y olvidadiza. Se portaba como una enfermera perfectamente entrenada. Miss Marple pensó que quizás hubiera sido eso antes de entrar al servicio del paralítico.

Entró un hombre joven, alto, de buen porte, que vestía una chaqueta blanca. Quedóse de pie, al lado de la silla de mister

Rafiel, quien levantó la vista y le hizo una señal con la cabeza, indicándole uno de los asientos vacíos. El recién llegado lo ocupó.

«El señor Jackson —pensó miss Marple—, su ayuda de cámara. Bueno, eso es lo que yo me figuro.»

Seguidamente se aplicó a la tarea de estudiar al señor Jackson con toda atención.

Dentro del bar, Molly Kendal se estiró perezosamente, despojándose de sus zapatos, de altísimos tacones. Tim se unió a ella procedente de la terraza. De momento se encontraban solos en aquel lugar.

—¿Estás cansada, querida?

—Un poco. Tengo los pies ardiendo esta noche.

—¿No será esto demasiado para ti? Yo sé muy bien que resulta un trabajo muy duro.

Tim fijó los ojos con cierta expresión de ansiedad en el rostro de Molly. Ésta se echó a reír.

—Vamos, Tim, no seas ridículo. Me encuentro a gusto aquí. Ésta es otra vida. Es el sueño que siempre quise ver convertido en realidad.

—Quizá tuvieras razón si uno fuese un huésped más. Pero llevar un negocio como éste exige un gran esfuerzo.

—Bueno, pero ¿es que es posible conseguir algo sin antes poner empeño? —arguyó Molly Kendal juiciosamente. Tim frunció el ceño.

—¿Crees que todo marcha como debe marchar? ¿Estimas que triunfaremos?

—Indudablemente.

—¿No crees que haya alguien en el hotel que se diga: «Esto no es lo mismo que cuando los Sanderson regían el establecimiento»?

—Por supuesto, no faltará quien piense eso. ¡Es inevitable, querido! En todo caso, se tratará de alguna persona anticuada. Tengo la seguridad de que nosotros lo hacemos mejor que ellos. Sabemos conducirnos de una manera más brillante. Tú eres el encanto de las señoras ya entradas en años y das la impresión de ir a hacer el amor a las desesperadas que han rebasado la cuarentena o la cincuentena. A mí, los caballeros de edad no me pierden de vista. La mayoría llegan a creerse seductores e incluso represento el papel de hija junto a los sentimentales con añoranzas de ese género. ¡Oh! Sabemos darles a cada uno lo suyo, sin ulteriores complicaciones.

De la faz de Tim desapareció el gesto de preocupación.

—Mientras pienses así... Llegué a sentirme asustado. Nos lo hemos jugado todo en esta aventura. Hasta renuncié a mi empleo...

-Hiciste muy bien -dijo Molly-. Era embrutecedor. Tim rió, rozando con sus labios la nariz de ella.

-Lo hemos enfocado todo perfectamente —insistió Molly—. ¿Por qué andas siempre preocupado?
-Yo soy así, supongo. No paro de pensar... Imagínate que las cosas tomaran un rumbo desfavorable.
-¿Qué puede pasar, hombre?
- ¡Oh, no sé! Supón que alguien se ahoga, por ejemplo.
-¡Bah! Poseemos una de las playas más seguras de esta región. Por si eso fuera poco, tenemos a ese sueco siempre de guardia.
-Soy un estúpido -declaró Tim Kendal. Vaciló, preguntando a continuación—: ¿No... no has vuelto a ser víctima de esas pesadillas tuyas?
-¡Bah! ¿También eso ha llegado a preocuparte? ¡Qué tontería! —exclamó Molly, riendo.

CAPITULO TRES

UNA MUERTE EN EL HOTEL

Miss Marple pidió que le llevaran el desayuno a la cama, como de costumbre. Se componía de una taza de té, un huevo hervido y una rebanada de *paw-paw.*
La fruta de la isla no acababa de convencer a miss Marple. La desconcertaba. Todas sabían siempre a *paw-paw* ¡Ah! Si hubiera podido hacerse servir una buena manzana... Pero las manzanas parecían ser desconocidas allí.
Al cabo de una semana de permanencia en la isla, miss Marple se había habituado ya a refrenar un instintivo impulso: el de preguntar por el tiempo. Era siempre idéntico: bueno. No se registraban cambios notables.
-¡Oh! Las múltiples variaciones meteorológicas en el transcurso de una sola jornada, dentro de Inglaterra... —murmuró para sí.
Ignoraba si estas palabras constituían una cita, consecuencia de alguna lectura, o eran invención suya.
Desde luego, aquella tierra se veía en ocasiones azotada por furiosos huracanes. Eso tenía entendido. Pero miss Marple no los relacionaba con la palabra tiempo, en la amplia acepción del vocablo. Los juzgaba más bien, por su naturaleza, un acto de Dios. Producíase un chubasco, una breve y violenta caída de agua, que sólo duraba cinco minutos, y todo cesaba bruscamente. Las cosas y las personas, en su totalidad, quedaban empapadas, para secarse otros cinco minutos más tarde.
La muchacha negra nativa sonrió diciendo «Buenos días», mientras colocaba la bandeja de que era portadora sobre las rodillas de miss Marple. ¡Qué dientes más bonitos, qué dientes tan blancos los suyos! La muchacha, siempre sonriente, daba la impresión de ser feliz. Las jóvenes indígenas poseían un suave y agradable carácter. ¡Lástima que se sintiesen tan poco inclinadas al matrimonio! Esto preocupaba no poco al canónigo Prescott. Había muchas conversiones, y este hecho suponía un consuelo; pero de bodas, ni hablar.
Miss Marple se desayunó, dedicándose de paso a planear su día. ¿Qué haría durante aquel que empezaba? Poco era lo que tenía que decidir. Se levantaría sin prisas, con lentos movimientos. El aire era cálido y sus dedos no se hallaban tan entumecidos como de costumbre. Luego descansaría por espacio de unos diez minutos

aproximadamente. Tras coger sus agujas y su lana echaría a andar poco a poco en dirección al hotel. Allí vería donde quedaba mejor acomodada. Desde la terraza se divisaba una amplia extensión de mar. ¿Optaría por acercarse a la playa para distraerse contemplando a los bañistas y a los niños, entretenidos en sus juegos? Se decidiría, seguramente, por esto último. Por la tarde, tras la siesta, podía dar un paseo en coche. En realidad le daba lo mismo hacer una cosa que otra.

Aquél sería un día como cualquier otro, se dijo.

No iba a ser así, sin embargo.

Miss Marple comenzó a llevar a la práctica su programa. Cuando avanzaba muy despacio por el sendero que conducía al hotel se encontró con Molly Kendal. La joven no sonreía, cosa extraña en ella. Su aire confuso, era tan evidente que miss Marple se apresuró a preguntarle:

—¿Pasa algo, querida?

Molly asintió. Vaciló un poco antes de contestar.

—Bien... Al final acabará enterándose, igual que todo el mundo. Se trata del comandante Palgrave. Ha muerto.

—¿Que ha muerto?

—Sí. Murió esta noche.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento!

—Que pase esto aquí... ¡Oh! ¡Es horrible! Todos se sienten deprimidos. Desde luego, era ya muy viejo.

—Yo le vi ayer muy animado. Parecía encontrarse perfectamente.

Miss Marple lamentaba entrever en su interlocutora la suposición de siempre: todas las personas de edad avanzada estaban expuestas a morir de un momento a otro.

—A juzgar por su aspecto exterior disfrutaba de una salud excelente -agregó.

—Tenía la tensión muy alta —manifestó Molly.

—Bueno, pero hoy en día hay preparados para contrarrestar eso: unas píldoras especiales según creo. La ciencia produce maravillas actualmente.

—¡Oh, sí! Es posible, no obstante, que se olvidara de tomarlas o que ingiriese demasiadas. Es algo semejante, ¿sabe usted?, a lo que puede ocurrir con la insulina.

Miss Marple no creía que la diabetes y la tensión excesiva tuvieran tantos puntos de contacto como suponía Molly.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—El doctor Graham, prácticamente retirado ya, que vive en el hotel, echó un vistazo al cadáver. Oportunamente se presentaron aquí las autoridades de la localidad, habiendo sido extendido el certificado

de defunción; todo está en orden, pues. La persona que sufre de tensión alta se halla expuesta siempre a un serio percance, especialmente si abusa del alcohol. El comandante Palgrave era muy despreocupado en este aspecto. Recuerde su conducta anoche, por ejemplo.

—Sí, ya me di cuenta —respondió miss Marple.

—Probablemente olvidó tomar sus píldoras. ¡Qué mala suerte! Claro que hemos nacido para morir, ¿no? Naturalmente, esto viene a ser una fuente de inquietudes para Tim y para mí. No faltará a lo mejor alguien que se encargue de decir por ahí que la comida del hotel no se hallaba en buen estado u otra cosa por el estilo.

—Bueno, hay que pensar que los síntomas de envenenamiento por ingestión de alimentos en malas condiciones no guardan la menor relación con los referentes a la hipertensión sanguínea...

—Sí, eso es cierto, pero no lo es menos que la gente tiene la lengua muy suelta. Y si alguien llega a la conclusión de que nuestra comida no es como debe de ser, y se marcha, informando a sus amistades...

— La verdad es que yo no veo aquí graves motivos de preocupación en ese sentido —declaró miss Marple, amablemente-. Como usted ha dicho, un hombre de edad, como el comandante Palgrave, que debía haber dejado atrás ya los sesenta, se halla expuesto a morir, por ley natural. A todo el mundo ha de parecerle esto un suceso completamente normal... Es de lamentar, sí, pero también hay que contar con él.

—Si no hubiese sido una cosa tan repentina... —murmuró Molly, tan preocupada como al principio.

Sí, sí, tremendamente inesperada y repentina, se dijo miss Marple al proseguir su interrumpido paseo. Palgrave había estado la noche anterior riendo y hablando sin cesar con los Hillingdon y los Dyson, de muy buen humor durante toda la velada.

Los Hillingdon y los Dyson... Miss Marple andaba ahora con más lentitud todavía... Finalmente se detuvo. En lugar de dirigirse a la playa se instaló en un sombreado rincón de la terraza. Sacó del bolso sus agujas y su ovillo de lana y a los pocos segundos aquéllas tintineaban rítmicamente a toda velocidad, como si quisieran acomodarse al vértigo con que se producían los pensamientos en el cerebro de su dueña. *No... No le gustaba aquello. Venía con excesiva oportunidad.*

Empezó a evocar los acontecimientos del día anterior...

El comandante Palgrave y sus historias...

Sus palabras habían sido las de siempre, por lo que decidiera en el momento del diálogo no escuchar con atención la perorata de su

acompañante. Aunque tal vez le hubiera valido más proceder de distinto modo.
Palgrave le había hablado de Kenia. Y también de la India. Y de la Frontera del Noroeste... Más adelante, por una razón que ya no recordaba, habíanse puesto a hablar de crímenes. Y ni siquiera en tales momentos ella había escuchado sus palabras con verdadero interés...
Se había dado un caso célebre, sobre el cual publicaron informaciones amplias los periódicos...
Después de haberse agachado para coger del suelo su ovillo de lana, el comandante Palgrave había aludido a la figura de un criminal, a una instantánea fotográfica en la que éste aparecía.
Miss Marple cerró los ojos, intentando recordar la trama de la historia que le refiriera Palgrave.
Había sido el suyo un relato más bien confuso. Alguien se lo había dicho todo en un club, en aquel al que pertenecía o en cualquier otro. Había hablado un médico, por boca de un colega... Uno de ellos había tomado una instantánea de alguien que salía por la puerta principal de una casa, alguien, desde luego, que debía ser el asesino.
Sí, eso era... Los diversos detalles iban volviendo a su memoria.
Se había ofrecido para enseñarle la fotografía. Había sacado su cartera, empezando a registrar su contenido, sin parar de hablar un momento...
Y luego, siempre hablando, había levantado la vista, mirando... No. No la había mirado a ella, sino a algo que se hallaba a sus espaldas, detrás de su hombro derecho, para precisar. Entonces calló, de pronto, y su faz se tornó purpúrea. A continuación habíase aplicado con el mayor ardor a la tarea de guardar sus papeles, cosa que hizo con manos ligeramente temblorosas, ¡poniéndose a referir cosas de sus andanzas por África, de cuando iba tras los colmillos de los elefantes, que compraba o cazaba!
Unos segundos después los Hillingdon y los Dyson se habían unido a ellos...
Fue entonces cuando ella giró la cabeza lentamente, sobre el hombro derecho, para mirar también a la misma dirección... No vio nada ni a nadie. A la izquierda, algo alejados, hacia el establecimiento, divisó las figuras de Tim Kendal y su esposa; más allá el grupo familiar de los venezolanos. Pero el comandante Palgrave no había mirado hacia allí...
Miss Marple estuvo reflexionando hasta la hora de la comida.
Tras ésta decidió no dar ningún paseo en coche.
En lugar de aquello envió un recado al hotel en el que anunciaba

que no se encontraba muy bien, rogando al doctor Graham que tuviera la bondad de ir a verla.

CAPITULO CUATRO

MISS MARPLE RECLAMA ATENCIÓN MÉDICA

El doctor Graham era un hombre muy atento, que contaría sesenta y cinco años, aproximadamente. Había ejercido su profesión durante mucho tiempo en las Indias Occidentales, pero se había retirado casi por completo de la vida activa.

Saludó a miss Marple afectuosamente, preguntándole qué le pasaba. Afortunadamente, a la edad de miss Marple siempre había alguna dolencia que podía ser el tema de conversación con las inevitables exageraciones por parte de la paciente. Ella vaciló entre «su hombro» y «su rodilla», decidiéndose finalmente por esta última.

El doctor Graham se abstuvo de decirle con la cortesía en él peculiar que, a su edad, eran absolutamente lógicas ciertas molestias, las cuales cabía esperar. A continuación recetó unas píldoras, pertenecientes al grupo de los remedios que forman la base de las prescripciones médicas. Como sabía por experiencia que muchas personas de edad solían sentirse muy solas al principio de su estancia en St. Honoré, quedóse un rato, a fin de entretener a miss Marple con su charla.

«He aquí un hombre extremadamente agradable —pensó miss Marple—. La verdad es que ahora me siento avergonzada por haberle contado tantas mentiras. Bueno, ¿y qué otra cosa podía hacer?»

Miss Marple se había inclinado siempre, por temperamento, hacia la verdad. Pero en determinadas ocasiones, cuando ella estimaba que su deber era proceder así, mentía con una asombrosa facilidad, sabiendo tornar verosímiles los mayores disparates.

Aclaróse la garganta, dejó oír una seca tosecilla y dijo, algo nerviosa:

—Hay algo, doctor Graham, que me gustaría preguntarle a usted. No me gusta aludir a ello, pero es que no veo la manera de... Por supuesto, carece de importancia. Sin embargo, para mí sí que la tiene. Espero que usted me comprenda y que no juzgue mi pregunta fastidiosa o imperdonable en ningún aspecto.

A esta «entrada» el doctor Graham respondió amablemente:

—Algo le preocupa, miss Marple. Permítame que la ayude.

—Se relaciona con el comandante Palgrave. Muy triste lo de su muerte, ¿eh? Experimenté un gran sobresalto cuando esta mañana

me enteré de su fallecimiento.
—Sí -replicó el doctor-. Todo ocurrió de repente, me imagino. Ya ve usted, ayer parecía encontrarse muy bien.
El doctor Graham se mostraba sumamente cortés y respetuoso pronunciando las palabras anteriores, pero que resultaban un tanto convencionales. Claramente se veía que para él la muerte del comandante Palgrave no constituía ningún acontecimiento digno de especial mención. Miss Marple se preguntó si no estaría haciendo una montaña de algo insignificante, corriente y moliente, propio de todos los días. ¿Tendía a exagerar las cosas con los años? Tal vez hubiera llegado a la edad en que no se puede confiar por entero en el propio juicio. Claro que ella no había formulado ninguna conclusión... aún. Bueno, ya estaba metida en ello. No tenía más remedio que seguir adelante.
—Ayer por la tarde estuvimos sentados aquí los dos, charlando —manifestó—. Me contaba cosas de su vida, muy variada e interesante. Había estado en distintas partes del mundo, en algunos lugares remotos y extraños.
—En efecto, en efecto -contestó el doctor Graham, que había tenido que aguantar en diversas ocasiones los interminables relatos del comandante Palgrave.
—Luego me habló de su familia, de su niñez más bien, y yo le referí detalles relativos a mis sobrinos y sobrinas, que él escuchó con cariñosa atención. Llegué a mostrarle una fotografía que llevaba encima de uno de los chicos. Un muchacho estupendo... Bueno, la verdad es que ya hace tiempo dejó de ser un muchacho. Ahora, yo le veré siempre como tal. ¿Usted me comprende?
—Perfectamente —manifestó el doctor Graham, preguntándose cuántos minutos tendrían que pasar todavía para que aquella dama fuese directamente al grano.
—Le entregué la fotografía y cuando estaba examinándola, de pronto, esa pareja, esa pareja tan agradable que se dedica a buscar flores y mariposas, el coronel Hillingdon y su esposa, y...
—¡Ah, sí! Va usted a hablarme de los Hillingdon y los Dyson, ¿cierto?
—Eso es. Los cuatro aparecieron junto a nosotros inesperadamente. Venían hablando y riendo. Se sentaron y pidieron algo de beber. Nos pusimos a charlar todos. Una reunión muy agradable me pareció a mí. Pero, por lo visto, sin darse cuenta, el comandante Palgrave debió haberse guardado mi instantánea en su cartera. En aquellos momentos, distraída, no di importancia al incidente, pero después, al recordar la escena mejor, me dije: «Tengo que acordarme de pedirle al comandante la foto de Denzil.»

Pensé en hacerlo anoche, durante el baile, mientras la orquesta tocaba. Sin embargo, me daba pena interrumpirle. Sus acompañantes y él formaban un grupo muy alegre, daban la impresión de estar pasándolo francamente bien. Pensé: «Hablaré con él por la mañana.» Pero esta mañana...

Miss Marple hizo una pausa. El largo discurso la había dejado sin aliento.

—Ya, ya —dijo el doctor Graham—. La comprendo perfectamente, miss Marple. Usted lo que quiere es que le devuelvan su fotografía, ¿no es eso?

Miss Marple asintió, dibujándose en su rostro una expresión de ansiedad.

—Sí, doctor. No tengo más fotografía que ésa de Denzil. No poseo tampoco el negativo correspondiente. Me disgustaría muchísimo perder esa instantánea. Es que... Claro, usted no puede saberlo... el pobre Denzil murió hace cinco o seis años. No he querido nunca a ningún sobrino tanto como a él. La foto en cuestión, por tal motivo, tiene para mí un valor inapreciable. Yo me pregunté... Esperaba... Bueno, es una impertinencia por mi parte pedirle esto, pero... ¿Usted no podría hacer nada para que la instantánea me fuese devuelta? He pensado en usted en seguida. ¿ A qué otra persona podía dirigirme en este sentido? Ignoro quién será el que se ocupe en recoger los objetos del infortunado comandante Palgrave. Y, no conociéndome, quien cumpla con tal misión quizá me juzgara una entrometida o una pesada. Tendría que darle innumerables explicaciones y no me entendería, tal vez. No. No es fácil comprender lo que esa foto representa para mí. Todos no tenemos la misma sensibilidad.

Se quedó mirándole, expectante.

—Desde luego, desde luego. Yo sí la entiendo, no lo dude —replicó el doctor Graham—. Es el suyo un sentimiento muy natural. He de decirle que dentro de poco tengo que entrevistarme con las autoridades de la localidad. Los funerales serán mañana. Alguien de la administración tendrá que ocuparse de examinar los papeles del comandante, de recoger sus efectos, antes de ponerse en contacto con sus parientes más próximos. ¿Podría describirme esa fotografía de que me ha hablado?

—En ella se ve la fachada principal de una casa —declaró miss Marple—. Una persona... Denzil, quiero decir. Una persona sale por la puerta de aquélla. Le diré que esa instantánea fue tomada por uno de mis sobrinos, extraordinariamente aficionado a las flores. Estaba fotografiando unos hibiscos, según creo, o unos hermosos lirios... No sé. Ahora no estoy segura de eso. Denzil apareció frente

a él en el preciso instante en que apretaba el disparador. La foto no es muy buena. Está algo desenfocada... Sin embargo, a mí me gustó y acostumbraba llevarla siempre conmigo.

—A mí me parece que esto está suficientemente claro —manifestó el doctor Graham—. No creo que surjan dificultades a la hora de devolverle lo que es suyo, miss Marple.

El doctor Graham se puso en pie. Miss Marple le miró sonriente.

—Es usted muy amable, doctor Graham, amable de veras. Usted me ha comprendido, ¿no?

- Por supuesto, miss Marple —respondió el doctor, estrechándole afectuosamente la mano—. No se preocupe... No tiene por qué. Ejercite esa rodilla todos los días con lentitud, sin excederse. Le enviaré las tabletas de que le he hablado. Tómese tres al día.

CAPITULO CINCO

MISS MARPLE TOMA UNA DECISIÓN

Los funerales en sufragio del alma del comandante Palgrave tuvieron lugar al día siguiente. Miss Marple asistió a los mismos en compañía de la señorita Prescott. Ofició el hermano de ésta... Después la vida siguió su curso, como de costumbre.
La muerte del comandante Palgrave era un simple incidente, desagradable, eso sí, pero sin gran importancia. En el cielo lucía un sol espléndido, del que había que disfrutar. Y luego estaba el mar, y los placeres propios de la vida de relación. Un ingrato visitante había interrumpido aquellas deliciosas actividades, las derivadas del escenario natural, privilegiado, en que se movían los huéspedes del hotel, ensombreciéndolas momentáneamente. Pero el nubarrón se había desvanecido ya.
Al fin de cuentas, nadie había llegado a estar íntimamente relacionado con el desaparecido. Todo el mundo había visto en él al clásico parlanchín de club, un tanto fastidioso, constantemente detrás de unos y de otros, siempre refiriendo experiencias personales que ninguno de los oyentes había experimentado el deseo de escuchar. Nada había habido en su vida que le hubiese podido llevar a fijar su residencia en un sitio u otro. Su esposa había muerto muchos años atrás. El comandante Palgrave había sido uno de esos solitarios que viven siempre entre la gente y no por cierto aburriéndose. A su modo, había disfrutado lo suyo. Y ahora ya no pertenecía al mundo de los vivos. Acababa de ser enterrado... Para nadie sería un pesar su fallecimiento. Una semana más y no habría ya quien le recordara, quien saludase su memoria con una pasajera evocación.
Probablemente, la única persona que iba a echarle de menos sería miss Marple. No era que le hubiese tomado afecto durante el corto período de su relación con aquel hombre. Simplemente Palgrave hacíale pensar en una clase de vida que ella conocía. A medida que el ser humano va entrando en años se desarrolla en éste más y más el hábito de escuchar. Se escucha, posiblemente, sin gran interés... Pero es que entre ella y el comandante habíase dado ese intercambio discreto de impresiones, propio de dos personas de edad. Miss Marple, por supuesto, no iba a ponerse de luto por la muerte de su amigo. Ahora bien, sí que le echaría de menos...
En la tarde del día de los funerales, cuando miss Marple se

encontraba sentada en su sitio favorito, haciendo punto de aguja, se le acercó el doctor Graham. Dejando a un lado sus sencillos instrumentos, se apresuró a corresponder al saludo del recién llegado. Entonces el médico, frunciendo el ceño, le dijo:
—Creo ser portador de noticias nada agradables para usted, miss Marple.
—¿Qué me dice? ¿Acerca de mi...?
—Sí. No hemos logrado encontrar su apreciada fotografía. Esto ya me imagino que la disgustará profundamente.
—Sí, claro, es natural. Pero, bueno, no es que importe mucho tampoco. Esa cartulina no tenía más valor que el puramente sentimental. ¿No estaba en la cartera de bolsillo del comandante Palgrave?
—No. Ni entre sus otras cosas. Hallamos unas cuantas cartas y diversos objetos, aparte de varias fotos viejas. Desde luego, ninguna de ellas era la que usted describió.
—¡Qué lástima! -exclamó miss Marple-. Bien. ¡Qué le vamos a hacer! Muchísimas gracias, doctor Graham. Se habrá usted tomado algunas molestias por mi culpa.
—Nada de eso, miss Marple. He puesto el mayor interés en complacerla porque sé, por experiencia, que ciertas minucias, recuerdos familiares y otras cosas semejantes e íntimas, adquieren un gran valor para uno con el paso de los años, conforme nos vamos haciendo viejos.
La anciana dama estaba encajando bien aquel contratiempo, pensó el doctor. Suponía éste, que el comandante Palgrave habría visto la foto en su cartera, con ocasión de sacar de ella algún papel. No recordando siquiera cómo había llegado a su poder la rompería en mil pedazos, imaginándose que carecía por completo de importancia. No era así desde el punto de vista de miss Marple. Sin embargo, ésta parecía resignada con respecto al incidente.
Interiormente, no obstante, miss Marple distaba mucho de hallarse tan animosa y resignada. Deseaba poder disponer cuanto antes de unos minutos para reflexionar sobre todo aquello. Ahora bien, se proponía obtener el máximo provecho de aquella oportunidad que se le deparaba.
Se enzarzó con el doctor Graham en una animada conversación, con una ansiedad que ni siquiera intentó ocultar. Su interlocutor, un caballero extraordinariamente cortés, atribuyó la verbosidad de miss Marple a su situación, a la soledad en que vivía. Esforzóse entonces por hacerla olvidar la pérdida de la fotografía, haciendo referencia, con palabra fácil y amena, a la vida de St. Honoré y los diversos e interesantes parajes que a ella quizá le agradara visitar.

Al cabo de un rato, sin embargo, inexplicablemente, la muerte del comandante Palgrave volvió a ser el tema dominante de su diálogo.
—Es muy triste ver morir a una persona de esta manera, lejos de los suyos, de sus familiares más queridos. Pero de las palabras de ese hombre deduje, ahora que me acuerdo, que carecía de parientes próximos. Creo que vivió solo algún tiempo, en Londres.
—Viajó mucho, me parece —adujo el doctor Graham—. Sobre todo durante los inviernos. No podía con el típico mal tiempo inglés. La verdad es que no puede reprochársele nada en tal aspecto.
—No —convino miss Marple—. Ahora yo me pregunto también: ¿no padecería de los bronquios o sufriría de reuma? En tal caso estaría más que justificado el preferir pasar los inviernos en cualquier soleado país extranjero, ¿no le parece?
—¡Oh, no! No creo que hubiera nada de eso...
—Padecía de tensión alta... ¿Hipertensión sanguínea se la llama, verdad? Es muy frecuente hoy en día esta enfermedad. Se oye hablar de ella a todas horas.
—¿Le contó él algo referente a la misma?
—¡Oh, no! No la mencionó nunca. Fue otra persona quien me habló de eso.
—¡Ah!, ¿sí?
—Supongo —prosiguió diciendo miss Marple— que en dichas circunstancias no es de extrañar que sobrevenga la muerte.
—Bueno, eso es relativo —explicó el doctor Graham—. Actualmente existen ciertos métodos para controlar la presión sanguínea.
—Su muerte se me antojó a mí demasiado repentina, pero me imagino que a usted no le sorprendería.
—No podía sorprenderme de un hombre de su edad. Pero no la esperaba. Con franqueza yo estaba convencido de que el comandante Palgrave gozaba de una salud excelente. No es que yo le atendiera profesionalmente, no. Jamás le tomé la presión ni me consultó como médico.
—¿Presenta el enfermo de hipertensión síntomas externos, susceptibles de ser observados por cualquiera, mejor dicho, por un doctor? —inquirió miss Marple con aire de absoluta inocencia.
—A simple vista no se le puede descubrir nada al paciente —replicó el doctor Graham sonriendo—. Es preciso efectuar determinadas pruebas.
—¡Ah, ya sé! Está usted pensando en esa banda de goma que se arrolla al brazo del enfermo, para ser hinchada a continuación... A mí me disgusta profundamente. Mi médico de cabecera me notificó la última vez que me vio que para mi edad disfrutaba de una presión

sanguínea normal.
—Me alegro mucho de que sea así.
—Desde luego, hay que reconocer que el comandante Palgrave era excesivamente aficionado a ese ponche que llaman «de los colonos» —declaró miss Marple pensativamente.
—Sí. Y no es esa bebida la medicina más adecuada para los hipertensos. El alcohol, un veneno siempre, para ellos lo es más todavía.
—Hay quien toma determinadas tabletas... Eso es lo que he oído afirmar, al menos.
—Sí. Las hay de varias clases en el mercado. En la habitación de Palgrave fue hallado un frasco lleno de aquéllas. Se trata de un medicamento denominado «Serenite».
—La ciencia produce unos remedios asombrosos, actualmente —comentó miss Marple—, proporcionando a los médicos armas estupendas, ¿verdad?
—Hemos de enfrentarnos siempre con una gran competidora, la madre Naturaleza —replicó Graham—. Hay remedios antiguos, sencillos, de los llamados caseros, a los que la gente recurre de vez en cuando.
—Como el de aplicar telas de araña a los cortes para impedir la hemorragia, ¿no? De niños solíamos utilizarlas.
—Una medida bastante sensata —opinó el doctor Graham.
—La tos se curaba hace muchos años con una cataplasma de aceite de linaza en el pecho o una friega de aceite alcanforado.
—Veo que está usted al corriente de la medicina hogareña, miss Marple -dijo el doctor Graham riendo, al tiempo que se ponía en pie- ¿ Qué tal va esa rodilla? ¿Le ha molestado últimamente?
—No, no. Estoy muy bien, mucho mejor.
—Ignoro si eso será obra de la madre Naturaleza o efecto de mis píldoras. Lamento, miss Marple, no haberle sido más útil.
—Ha sido usted muy amable, doctor. En realidad, me siento avergonzada por haberle entretenido... ¿Dijo usted antes que no había hallado ninguna fotografía en la cartera de Palgrave?
—¡Oh...! Sí. Vi una en la que aparecía el comandante de joven, montando un caballo de los que emplean los jugadores de polo. Había otra de un tigre muerto... Palgrave tenía un pie apoyado en su cabeza. Encontramos diversas instantáneas así, recuerdos, probablemente, de sus años juveniles... Las miré todas con sumo cuidado, no obstante, y puedo asegurarle que ninguna de ellas era la de su sobrino...
—Le creo, le creo... No es que yo haya supuesto lo contrario. Solamente me interesaba saber... Todos tenemos ciertas

tendencias a conservar esas cosas menudas, íntimas, absolutamente personales, que al correr de los años miramos como tesoros.

—Los tesoros del pasado —apuntó el doctor, sonriendo.

Después de despedirse de ella, el hombre se marchó.

Miss Marple contempló con ojos pensativos las palmeras vecinas y la azulada lámina del mar. Durante unos minutos permaneció inmóvil. Disponía de un hecho ahora. Tenía que pensar en él y en lo que significaba. La instantánea que el comandante había sacado de su cartera, tornándola a guardar en ella apresuradamente, *no estaba allí después de su muerte.* No era la foto en cuestión una cosa como otras tantas, de las que hubiera podido decidir de pronto desprenderse. Habíala colocado en la cartera y en la cartera debiera haber sido hallada, ya cadáver. El dinero puede ser robado... En cambio, a nadie se le ocurre sustraer una fotografía. A menos, claro estaba, que alguien tuviese poderosas razones para proceder de aquella manera.

El rostro de miss Marple presentaba una grave expresión. Se veía forzada a adoptar una línea de conducta. ¿Qué pretendía? ¿Por qué no dejar que el comandante Palgrave descansara tranquilamente en su tumba? ¿No sería lo mejor desentenderse de todo?

Murmuró una cita: «Duncan ha muerto. Tras haber sido víctima de la atormentadora fiebre de la Vida duerme en paz.» El comandante Palgrave no podía sufrir ya ningún daño. Se había ido a un sitio donde el peligro no podía alcanzarle. ¿Era una coincidencia que hubiese muerto aquella noche? ¿No lo era?

Los médicos certificaban la muerte de las personas de edad muy fácilmente. De modo especial si se encuentra, en sus habitaciones un frasco lleno de esas tabletas que ingiere periódicamente la gente que padece hipertensión. Ahora bien, si alguien había sustraído de la cartera de Palgrave una fotografía, cabía pensar que el autor o autora del robo podía haber dejado asimismo el frasco de tabletas en el sitio conveniente. Ella misma no recordaba haber visto jamás al comandante ingiriendo tabletas o píldoras. Jamás le había oído hablar tampoco de su hipertensión. Al referirse a su estado de salud, Palgrave admitía invariablemente: «¡Hombre! No soy tan joven como antes...» Incidentalmente, le había visto respirar con dificultad. Sufriría un poco de asma, pero nada más. Y, sin embargo, alguien había hecho hincapié en que el comandante padecía de hipertensión sanguínea... ¿Quién? ¿Molly? ¿La señorita Prescott? Miss Marple no acertaba a recordar tal detalle.

Suspiró. Luego se reprendió a sí misma mentalmente.

«Bueno, Jane... ¿Qué sugieres? ¿En qué estás pensando? ¿Es que pretendes sacar partido de todo? Pero, ¿tienes en realidad algún fundamento para seguir adelante?»

Paso a paso, lentamente, reconstruyó con la máxima aproximación posible su diálogo con el comandante sobre el tema del crimen y los criminales.
-¡Oh! —exclamó miss Marple-. Aun así, realmente... ¿Qué es lo que puede hacerse al respecto?
Lo ignoraba, pero ella intentaría hallar la respuesta a tal pregunta.

CAPITULO SEIS

EN LAS PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA

Miss Marple se despertó temprano. Al igual que tantas personas ya de edad, su sueño era muy ligero. A veces permanecía despierta unos minutos, o media hora, quizá, y para entretenerse dedicaba esos períodos de tiempo «en blanco» en planear una acción o varias a desarrollar en el transcurso del día o días siguientes.

Habitualmente, por supuesto, aquéllas eran de carácter absolutamente privado o doméstico, encerrando escaso interés para los demás. Pero aquella mañana, las reflexiones de miss Marple se habían concentrado en el crimen en general. Primeramente se empeñó en descubrir si sus sospechas, si sus recelos, poseían algún fundamento. Era una mujer juiciosa y tras esto pasó a preguntarse qué papel podía representar ella allí. Su tarea no iba a ser fácil. Disponía de un arma, solamente: la conversación.

Las damas entradas en años mostraban una evidente tendencia al diálogo. (Y al monólogo también, desgraciadamente.) Se decía que «hablaban por los codos». Algunos las temían. Pero a nadie se le hubiera ocurrido pensar en la existencia de unos ocultos motivos, determinantes de tal conducta. No era el caso de formular preguntas directas. A miss Marple le costaba trabajo descubrir qué podía inquirir a aquellas alturas... Se imponía una tarea previa: ampliar todo cuanto fuera posible sus informaciones en relación con ciertas personas conocidas. Entonces las repasó mentalmente.

Por ejemplo: ¿por qué no intentar averiguar algo más sobre el comandante Palgrave? Bueno, y eso, ¿le serviría de algo? Tenía sus dudas. Si era verdad que había sido asesinado no cabía buscar la causa de su muerte en algún improbable secreto de su vida, en el afán de venganza de cualquier enemigo o en la avidez de sus herederos, si los tenía... Era aquél, en efecto, uno de esos raros casos en que el conocimiento de detalles referentes a la víctima no da resultado, no orienta ni conduce al investigador hacia el criminal. El punto esencial, el más esencial de todos, a juicio de miss Marple, ¡era que el comandante Palgrave hablaba demasiado!

Gracias al doctor Graham se había enterado de un dato interesante. La víctima guardaba en su cartera fotografías... En una de ellas aparecía montado a caballo... Las otras instantáneas eran de ese tipo. ¿Y por qué las llevaba el comandante Palgrave siempre

encima? Miss Marple recurrió a su dilatada experiencia, a su continuo trato con viejos almirantes, tenientes coroneles y simples comandantes... Tales fotografías le servían para ilustrar determinados relatos que gustaba referir a los que se prestaban a ello. Empezaba, por ejemplo, con las siguientes palabras: «Con ocasión de participar en una cacería de tigres en la India me sucedió un curioso percance...» A cualquiera le gustaba verse de joven montando un brioso corcel, vestido con las ropas de jugador de polo. Por consiguiente, la historia referente a un individuo tachado de criminal quedaría ilustrada oportunamente con la exhibición de la instantánea fotográfica que Palgrave guardaba en su cartera.

Palgrave habíase ajustado a los moldes clásicos a lo largo de su conversación con ella. Habiendo surgido el tema del crimen, enfocado el interés de su interlocutora en su relato, había hecho lo de siempre: sacar la foto y decir algo semejante a esta frase: «Nadie creería que este tipo es un criminal, ¿verdad?»

Había que dejar bien sentado que eso tratábase de un *hábito suyo.* La historia en cuestión formaba parte de las de su repertorio. Siempre que se suscitaba el tema criminal, el comandante se *embalaba.* Ya no había quien lo detuviese una vez echaba a andar por aquel camino... Esto es, no siempre.

Miss Marple se dijo que existía la posibilidad de que él hubiese contado su historia a otro huésped. Incluso a más de uno. Siendo así, ella podía localizar a los oyentes, recabando de éstos los detalles que no conocía, obteniendo una descripción del hombre que aparecía en la famosa fotografía.

Miss Marple sonrió, satisfecha... Eso supondría un buen comienzo.

Desde luego, estaban las personas que ella designaba mentalmente con tres palabras: «Los Cuatro Sospechosos». Aunque en realidad, puesto que el comandante Palgrave había hablado de un hombre, aquéllos se reducían a dos. El coronel Hillingdon y el señor Dyson no tenían aspecto de criminales. Claro que esto era lo que frecuentemente les pasaba a los que lo eran de verdad. ¿Existiría otro «sospechoso» más?

Miss Marple no había visto a nadie al volver la cabeza. Por allí, desde luego, quedaba el «bungalow» de mister Rafiel. ¿Sería posible que alguien hubiera salido del mismo, tornando a entrar en el preciso instante en que ella había mirado? En caso afirmativo tenía que pensar en el ayuda de cámara. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Jackson. ¿Habría sido Jackson quien saliera rápidamente de la construcción, para volver a entrar en ella inmediatamente? Esto le hizo recordar la instantánea de que le hablara el comandante. *Un*

hombre saliendo por la puerta de una casa. Al identificar al individuo de la foto, Palgrave debió experimentar una fuerte impresión. Quizá no hubiese visto a aquel individuo hasta entonces. Al menos, tal vez no se hubiese fijado en él con algún interés. Palgrave era un tipo fachendoso. Arthur Jackson no era un *pukka sahib.* En circunstancias normales, el comandante no le habría mirado a la cara dos veces.

Le recordaba con la fotografía en la mano, levantando la cabeza para mirar por encima de su hombro derecho, viendo... Viendo, ¿qué? ¿Un hombre que salía por la puerta de la casa vecina?

Miss Marple se arregló cuidadosamente la almohada. Programa para el día siguiente... No. Para aquél, mejor dicho. Tenía que efectuar nuevas investigaciones sobre los Hillingdon, los Dyson y Arthur Jackson, el ayuda de cámara de mister Rafiel.

El doctor Graham se despertó también temprano. Lo normal era que diese una vuelta en la cama y se durmiera de nuevo. Pero aquella mañana se sentía fatigado y no acertaba a conciliar el sueño. Hacía tiempo que no había sufrido aquella ansiedad que le impedía descansar a gusto. ¿Y cuál era el origen de la misma? Realmente, no acertaba a descubrirlo. Entregóse a sus pensamientos... Era algo que tenía que ver... algo que tenía que ver... ¡Sí!, con el comandante Palgrave. No comprendía por qué razón el recuerdo de este hombre podía constituir para él un motivo de inquietud. ¿Se trataba de alguna de las frases que su locuaz y anciana paciente de «bungalow», miss Marple, hubiera pronunciado?

No había podido complacerla en lo tocante a su fotografía. Era una lástima que se hubiese perdido. No se había disgustado, aparentemente, por aquel contratiempo. Bien... ¿Qué era lo que ella había dicho, qué frase podía haber pronunciado que determinase su desagradable sensación de intranquilidad? Después de todo, nada había de raro en la muerte del comandante Palgrave. Nada en absoluto. Esto es: él suponía que se trataba de un hecho completamente normal.

Era evidente que dado el estado de salud de Palgrave... El proceso reflexivo sufrió una interrupción. Había que comprobar un detalle. ¿Sabía mucho él en realidad acerca del estado de salud del comandante? Todo el mundo aseguraba que había padecido de hipertensión sanguínea. Pero él mismo no había hablado jamás con aquel hombre sobre eso. Claro que sus conversaciones habían sido poco frecuentes y muy breves. Palgrave era un tipo fastidioso y él acostumbraba huir de esa clase de personas. ¿Por qué diablos se le había venido a la cabeza la idea de que en aquel asunto podía existir algo que no estuviese en regla? ¿Una velada influencia de la

anciana miss Marple? Bueno, aquello no era cosa suya. Las autoridades de la localidad no habían formulado ningún reparo. Allí estaba el frasco de las tabletas de «Serenite»... Y por otro lado parecía ser que el fallecido había estado hablando a todo el mundo de su hipertensión...

El doctor Graham dio otra vuelta en la cama, no tardando esta vez en quedarse dormido.

Fuera de la zona de terreno perteneciente al hotel, en una cabaña que formaba parte de un grupo, instalada en las proximidades de un barranco, Victoria Johnson, acostada en aquellos momentos, dio una vuelta en su cama, terminando por sentarse en la misma. Victoria, de St. Honoré, era una hermosa criatura, con un busto que parecía haber sido tallado en mármol negro por un genial escultor. La muchacha se pasó los dedos por sus oscuros cabellos, muy rizados. Con la punta del pie tocó a su acompañante, que aún dormía, en la pierna más próxima a ella.

—Despiértate, hombre.

Éste emitió un gruñido, volviéndose adormilado hacia ella.

—¿Qué quieres? No es hora de levantarse todavía.

—Despiértate de una vez, te he dicho. Quiero hablar contigo. El hombre se sentó, estirándose perezosamente. Luego bostezó. Tenía una boca grande. Sus dientes eran muy bellos.

—¿Qué es lo que te preocupa, mujer?

—Me estoy acordando del comandante, ese huésped del hotel que falleció. Hay algo que no me gusta, algo malo...

— ¿Y es eso lo que te tiene desvelada? Piensa que era un individuo bastante viejo ya.

—Escúchame, ¿quieres? Me he acordado de las tabletas. El médico me preguntó por ellas.

—Bueno, ¿y qué? Seguramente tragaría una cantidad excesiva.

—No, no es eso. Escucha...

Victoria se inclinó hacia su acompañante, hablándole al oído vehementemente por espacio de unos segundos. Aquél bostezó de nuevo y acurrucándose en el lecho se dispuso a conciliar el sueño.

—Eso no tiene nada de particular.

—Sin embargo, esta misma mañana hablaré con la señora Kendal. En ese asunto hay algo extraño...

—Esas cosas debieran tenerte sin cuidado, Victoria —murmuró el hombre a quien la joven consideraba su esposo, pese a no haberse sometido a ningún trámite legal—. No nos busquemos complicaciones —añadió él, dando vuelta con un nuevo bostezo.

CAPITULO SIETE

POR LA MAÑANA EN LA PLAYA

Serían alrededor de las diez...

Evelyn Hillingdon salió del agua, tendiéndose en la dorada y caliente arena de la playa. Luego se quitó el gorro e hizo unos enérgicos movimientos de cabeza. La playa no era muy grande. La gente tendía a congregarse allí por las mañanas y alrededor de las once y media se celebraba una especie de reunión de sociedad.

A la izquierda de Evelyn, en un moderno sillón de mimbre de exótico aspecto, descansaba la señora de Caspearo, una hermosa venezolana. Cerca de ella se encontraba el anciano mister Rafiel, que era el decano de los huéspedes del «Golden Palm Hotel». Su autoridad pesaba en aquel medio, todo lo que puede pesar la dimanada de un hombre en posesión de una gran fortuna, ya anciano e inválido. Esther Walters cuidaba de él. Llevaba siempre consigo un bloc y lápiz de taquigrafía, por si acaso mister Rafiel se veía forzado a adoptar decisiones rápidas con relación a cualquier negocio, al tanto de los cuales se mantenía por correo y cable. A mister Rafiel se le veía increíblemente seco en traje de baño. Sus escasas carnes cubrían un esqueleto deformado. Parecía, sí, encontrarse al borde de la muerte, pero lo más curioso era que hacía ocho años que ofrecía aquel aspecto. Por lo menos, eso era lo que se afirmaba en las islas. Por entre sus arrugados párpados asomaban unos ojos azules, vivarachos, penetrantes. No había nada que le produjera más placer que negar lo que cualquier otro hombre hubiera dicho.

También miss Marple se encontraba por allí. Como de costumbre estaba sentada, haciendo punto de aguja. Escuchaba todo lo que se decía y de vez en cuando intervenía en las conversaciones. Solía sorprender entonces a los que charlaban porque éstos, habitualmente, ¡llegaban a olvidarse de su presencia! Evelyn Hillingdon la miraba indulgentemente, juzgándola una anciana muy agradable.

La señora de Caspearo se frotó sus largas piernas con un poco más de aceite. Era una mujer que apenas hablaba. Parecía disgustada con su frasquito de aceite, que utilizaba para broncearse.

—Éste no es tan bueno como el «Frangipanio» —murmuró entristecida—. Pero aquí no puede conseguirse aquél. Es una lástima —añadió, bajando la vista.

—¿Piensa usted bañarse ya, mister Rafiel? —le preguntó su secretaria.

—Me bañaré cuando esté preparado -replicó mister Rafiel secamente.

—Son ya las once y media —señaló la señora Walters.

—¿Y qué? ¿Es que cree usted que soy uno de esos tipos que viven encadenados a las manecillas del reloj? Hay que hacer esto dentro de una hora; hay que hacer aquello veinte minutos después... ¡Bah!

Había transcurrido ya algún tiempo desde el día en que la señora Walters entrara al servicio de mister Rafiel. Naturalmente, había tenido que adoptar una línea de conducta. Ella sabía, por ejemplo, que al viejo le agradaba reposar unos momentos, después del baño. Por consiguiente, le había recordado la hora. Esto provocaba una instintiva rebeldía por su parte. Ahora bien, al final mister Rafiel tendría muy en cuenta la advertencia de la señora Walters sin mostrarse por ello sumiso.

—No me gustan estas sandalias -manifestó el viejo, levantando un pie—. Ya se lo dije a ese estúpido de Jackson. No me hace nunca el menor caso.

—Le buscaré otras, ¿quiere usted?

—No. No se mueva de ahí. Y procure estarse quieta. Me fastidia la gente que no cesa de correr de un lado para otro.

Evelyn se movió ligeramente sobre su lecho de arena, estirando los brazos.

Miss Marple, absorta en su labor —eso parecía al menos—, extendió una pierna, apresurándose a disculparse...

—Lo siento... ¡Oh! Lo siento mucho, señora Hillingdon. La he tocado con el pie.

— ¡Bah! No tiene importancia — replicó Evelyn—. Esta playita se encuentra atestada de gente.

—Por favor, no se mueva. Colocaré mi sillón un poco más atrás, de modo que no pueda molestarla de nuevo.

Habiéndose acomodado mejor, miss Marple prosiguió hablando con su peculiar estilo infantil y la locuacidad de que hacía gala en ocasiones.

—Todo lo de esta tierra se me antoja maravilloso. Yo no había estado nunca, antes de ahora, en las Indias Occidentales. Siempre pensé que me quedaría sin ver estas islas... Y, sin embargo, aquí me tienen ustedes. Tengo que decirlo: gracias a la amabilidad de uno de mis sobrinos. Me imagino que usted conoce perfectamente esta parte del mundo. ¿Es cierto, señora Hillingdon?

—Había estado aquí un par de veces antes y conozco casi todas las islas restantes.

— ¡ Ah, claro! Usted se interesa por las mariposas de esta región y también por las flores silvestres. Usted y sus... amigos, ¿no? ¿O bien son parientes?
—Amigos, nada más.
—Supongo que habrán viajado juntos en muchísimas ocasiones, debido a la comunidad de intereses...
—En efecto. Andamos unidos desde hace varios años.
—También me figuro que habrán vivido emocionantes aventuras.
—No crea —repuso Evelyn, hablando con una entonación especial, que delataba un leve fastidio—. Las aventuras quedan reservadas a otros seres. Evelyn bostezó.
—¿No ha tenido nunca peligrosos encuentros con serpientes venenosas y otros animales de la selva? ¿No se las han tenido que ver jamás con indígenas sublevados?
«En estos momentos debo parecerle a esta mujer una tonta», pensó miss Marple.
—Sólo hemos sufrido alguna que otra vez mordeduras de insectos —afirmó Evelyn.
—¿Usted sabía que el pobre comandante Palgrave fue mordido en cierta ocasión por una serpiente? —inquirió miss Marple.
—Desde luego, aquello era invención suya...
—¿De veras? ¿No le refirió el comandante nunca el episodio?
—Puede que sí. No recuerdo.
—Usted le conocía muy bien, ¿no?
—¿A quién? ¿Al comandante Palgrave? Apenas tuve relación con él.
—Siempre dispuso de un excelente repertorio de historias para contar.
—Era un individuo insoportable —opinó mister Rafiel—. No había quien aguantara a aquel estúpido. De haber cuidado de sí mismo como era debido no hubiera muerto.
—Vamos, vamos, mister Rafiel —medió la señora Walters.
—Sé muy bien lo que me digo. Lo menos que puede hacer uno es preocuparse por su salud. Fíjese en mí. Los médicos me juzgaron hace años un caso perdido. «Perfectamente», pensé. «Como yo poseo mis normas particulares para cuidar de un modo conveniente de mi persona, empezaré a atenerme estrictamente a ellas.» Como consecuencia de esto, aquí me tienen...
Mister Rafiel miró a su alrededor, orgulloso de sí mismo.
Verdaderamente, parecía un milagro que aquel hombre pudiese seguir viviendo.
—El pobre comandante Palgrave padecía de hipertensión sanguínea —declaró la señora Walters.

— ¡Bah! ¡Tonterías! —exclamó, despectivo, mister Rafiel.
—Él mismo lo decía —aseguró Evelyn Hillingdon.
Ésta había hablado con un aire de autoridad totalmente inesperado.
—¿Quién decía eso? —inquirió mister Rafiel—. ¿Se lo reveló a usted acaso?
—Alguien difundió esa noticia.
Miss Marple, que había provocado aquella conversación, quiso contribuir aportando algo.
—Palgrave tenía siempre el rostro muy encarnado —observó.
—De eso no puede uno guiarse —manifestó mister Rafiel—. La verdad es que el comandante Palgrave no padeció nunca de hipertensión. Así me lo hizo saber.
—¿Cómo? -preguntó la señora Walters-. No le entiendo. No es posible que nadie vaya por ahí, asegurando que *uno* tiene esto o lo otro.
—Pues eso es algo que ocurre a veces, señora. Verá... En cierta ocasión, habiéndole visto abusar del célebre «ponche de los colonos», tras una copiosa comida, le advertí: «Debiera usted vigilar su dieta y administrar o suprimir la bebida. A su edad es preciso pensar en la presión sanguínea.» Me respondió que no tenía por qué abrigar ninguna preocupación de ese tipo, ya que su presión era correcta, acorde con su edad.
—Pero es que, según creo, tomaba alguna medicina —aventuró con aire inocente miss Marple mediando de nuevo en la conversación—. Creo que consumía un medicamento llamado «Serenite», que es presentado en el mercado en forma de tabletas.
—En mi opinión —declaró Evelyn Hillingdon—, al comandante Palgrave no le gustó nunca admitir que podía padecer de algo, que podía estar enfermo. Debía ser uno de esos hombres que temen caer en el lecho, aquejados de cualquier mal, y se dedican a convencer a los demás —y a sí mismos— de que no les pasa nada, de que no les pasará nunca nada...
Tratándose de Evelyn, había sido un largo discurso. Miss Marple estudió atentamente la morena mata de sus cabellos, quedándose pensativa.
—Lo malo es que todo el mundo anda empeñado en averiguar las dolencias del prójimo —declaró en tono dictatorial mister Rafiel—. Se piensa, generalmente, que todos los que han rebasado los cincuenta años van a morir de hipertensión, de trombosis coronaria o de cualquier cosa así... Bobadas. Si un hombre me dice que está bien, ¿por qué he de imaginarme yo lo contrario? ¿Qué hora es? ¿Las doce menos cuarto? Debiera haberme bañado hace ya un buen rato. Pero, Esther, ¿por qué no prevé usted estas cosas?

La señora Walters no formuló la menor respuesta. Púsose en pie, ayudando a mister Rafiel a hacer lo mismo. Los dos fueron acercándose al agua. Esther avanzaba pendiente de él. Juntos entraron por último en el húmedo elemento.
La señora Caspearo abrió los ojos, murmurando:
—¡Qué feos son los viejos! ¡Oh, qué feos! Los hombres no debieran llegar a esas edades sino morir, por ejemplo, a los cuarenta años. O, mejor aún: al cumplir los treinta y cinco.
Acercándose al grupo, Edward Hillingdon, al cual había acompañado hasta allí Gregory Dyson, preguntó:
—¿Qué tal está el agua, Evelyn?
—Igual que siempre.
—¿Dónde para Lucky?
—No lo sé.
De nuevo miss Marple contempló con actitud reflexiva la menuda y oscura cabeza de Evelyn.
—Bueno, ahora voy a sentirme ballena por un rato -anunció Gregory.
Después de quitarse la camisa, saturada de polícromos dibujos, echó a correr playa abajo y una vez se hubo precipitado en el mar comenzó a nadar un rápido «crawl». Edward Hillingdon se quedó sentado en la arena junto a su esposa, a la que preguntó luego:
—¿Te vienes?
Ella sonrió, poniéndose el gorro nuevamente. Alejáronse de los demás de una manera menos espectacular que Gregory. La señora de Caspearo tornó a abrir los ojos...
—Al principio creí que esa pareja estaba en su luna de miel. ¡Hay que ver lo amable que es él con ella! Después me enteré de que llevan ocho o nueve años de matrimonio. Resulta increíble, ¿verdad?
—¿Dónde parará la señora Dyson? —preguntó miss Marple.
—¿Ésa que llaman Lucky? Estará en compañía de algún hombre.
—¿En serio que usted cree que...?
—¡Y tan en serio! —exclamó la señora de Caspearo—. Es fácil descubrir a qué grupo pertenece esa mujer. Lo malo es que la juventud se le ha ido ya... su esposo hace como que no ve nada. En realidad es que mira hacia otras partes. Llevaba a cabo alguna conquista que otra, aquí, allí, en todo momento.
—Sí —respondió miss Marple—. Usted tenía que estar bien enterada de eso.
La señora de Caspearo le correspondió con una mirada de profunda sorpresa. No había esperado tal andanada por aquella parte.
Miss Marple, no obstante, continuaba contemplando las elevadas

olas con una expresión de completa inocencia en la faz.

-¿Podría hablar con usted, señora Kendal?
-Sí, naturalmente -contestó Molly.
Ésta se encontraba en el despacho, sentada frente a su mesa de trabajo.
Victoria Johnson, alta, esbelta, embutida en su blanco y almidonado uniforme, entró en el cuarto, cerrando la puerta a continuación. Había algo de misterioso en su porte.
—Me gustaría decirle a usted una cosa, señora Kendal.
—¿De qué se trata? ¿Marcha algo mal?
—No sé, no estoy segura... Deseaba hablarle del caballero que murió aquí, del comandante que falleció mientras dormía.
—Sí, sí. Habla.
—Había un frasco de tabletas en su dormitorio. El médico me preguntó por ellas.
—Sigue.
—El doctor dijo: «Veamos qué es lo que guardaba en el estante del lavabo.» Registró aquél. Descubrió polvos para los dientes, píldoras digestivas, un tubo de aspirinas y las tabletas del frasco llamado «Serenite».
—¿Qué más?
—El doctor las examinó. Parecía muy satisfecho y no cesaba de hacer gestos de asentimiento. Luego aquello me dio qué pensar. Las tabletas que él viera no habían estado allí antes. Yo no las había visto jamás en el estante. Las otras cosas, sí. Me refiero a los polvos para los dientes, las aspirinas, la loción para el afeitado... Pero ese frasco de tabletas de «Serenite» era la primera vez que yo lo veía.
—En consecuencia, tú crees que... —siguió Molly, confusa.
—No sé qué pensar ahora —dijo Victoria—. Imaginándome que aquello no estaba en orden, decidí que lo mejor era poner el hecho en su conocimiento. ¿Habló usted con el doctor? Tal vez eso posea algún significado especial. Quizás *alguien* colocara las tabletas allí, con objeto de que el señor comandante se las tomara y muriese.
—¡Oh! No puedo creer que haya sucedido nada de todo eso —opinó Molly.
Victoria movió la cabeza.
—Nunca se sabe... La gente hace verdaderas locuras.
Molly se asomó a la ventana. El lugar venía a ser, en pequeño, un trasunto de paraíso terrenal. Brillaba el sol en las alturas; sobre un mar azul inmenso, con sus arrecifes de coral... Por esto, por la música y el baile, casi continuo allí, el hotel era un Edén. Pero hasta

en el Jardín del Edén había habido una sombra, la sombra de la Serpiente. «La gente hace verdaderas locuras.» ¡Oh, cuan desagradable era oír estas palabras!

—Haré indagaciones, Victoria -explicó Molly, muy seria, a la nativa-. No te preocupes. Y sobre todo no vayas a dedicarte ahora a esparcir por ahí rumores estúpidos, carentes de todo fundamento.

Entró en el despacho Tim Kendal. Victoria se despidió... Hubiera preferido quedarse con el matrimonio.

—¿Sucede algo, Molly?

Ésta vaciló... Pensó luego que Victoria podía ir en busca de su marido para contárselo todo. Le refirió lo que la chica indígena le había contado.

—No acierto a comprender este galimatías... ¿Cómo eran esas tabletas?

—En realidad no lo sé, Tim. El doctor Robertson dijo, cuando vino, que serían para combatir la hipertensión.

—La idea es correcta... Quiero decir que como Palgrave tenía la tensión alta, lo lógico es que tomara una medicina adecuada. Hay mucha gente en su caso. Lo he podido ver yo mismo.

—Sí, pero... Victoria parece pensar que el comandante murió a consecuencia de haber ingerido una de las tabletas.

—¡Oh, querida! No dramaticemos ahora. ¿Quieres darme a entender que alguien pudo sustituir el medicamento por una sustancia envenenada que en cuanto a su presentación fuese igual?

—Expuestas así las cosas suenan a absurdo —contestó Molly en tono de excusa-. Sin embargo, es preciso hacer hincapié en un hecho: eso es lo que cree Victoria.

—¡Qué estúpida! Podríamos preguntarle al doctor Graham por ello. Supongo que estará bien enterado. Pero es una tontería. No vale la pena molestarle.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Qué diablos le habrá llevado a pensar a esa chica que alguien pudo sustituir las tabletas por otras? Bueno, aprovecharían el mismo frasco, ¿no?

—No sé. ¿Cómo quieres que lo sepa, Tim? -dijo Molly, desconcertada—. Victoria asegura que no había visto nunca en la habitación de Palgrave un frasco de «Serenite» antes de la muerte de nuestro huésped.

— ¡Tonterías! —exclamó Tim Kendal—. El comandante tenía que tomar sus tabletas para que su tensión fuese la normal.

Tras haber pronunciado estas palabras, Tim, muy animado, se marchó en busca de Fernando, el *maître d'hotel.*

Pero Molly no acertaba a desentenderse de aquello con tanta facilidad. Tras los ajetreos de la hora de la comida le dijo a su esposo:
—Tim... He estado pensando... Es posible que Victoria hable por ahí de lo que me ha dicho. Debiéramos consultar con alguien ese detalle.
—¡Mi querida niña! ¡Aquí estuvieron Robertson y los suyos. Lo miraron todo, no les quedó nada por ver e hicieron cuantas preguntas consideraron oportunas sobre la cuestión.
—Sí, pero ya sabes con qué facilidad esas muchachas tergiversan las cosas...
—¡Está bien, Molly, está bien! Te diré lo que voy a hacer: veremos a Graham ahora. Él estará perfectamente informado.
Fueron en busca del doctor, a quien encontraron en su habitación, leyendo. Nada más entrar en la misma, Molly recitó su historia. Sus palabras sonaron algo incoherentes y entonces medió Tim.
—Parece una tontería —dijo—, pero, por lo que yo he podido comprender, a esa joven se le ha metido en la cabeza la idea de que alguien cambió por otras venenosas las tabletas de «Sera...», bueno, como se llame el medicamento.
—¿Y por qué ha de pensar así? -inquirió el doctor Graham—. ¿Es que ha visto u oído algo especial, que abone tal suposición?
—No sé —murmuró Tim, desorientado—. ¿Dijo la muchacha alguna cosa sobre la probable existencia de otro frasco distinto, Molly?
—No. Ella se refirió en todo momento a aquél rotulado con sólo la palabra «Sebe...», «Seré...». ¿Cómo es, doctor?
— «Serenite» —replicó Graham—. Se trata de un medicamento muy conocido. Palgrave, seguramente, lo tomaba con regularidad.
—Victoria afirmó no haber visto nunca en el lavabo del comandante una medicina como aquélla.
—¿De veras? —preguntó Graham, sorprendido—. ¿Y qué desea significar con eso?
—Victoria afirma haber visto muchas cosas en el estante del lavabo. Ya puede usted imaginarse cuáles: polvos dentífricos, aspirinas, alguna loción para el afeitado... Yo creo que la chica las ha enumerado todas. Supongo que estaba habituada a limpiar los envases y que llegó por tal motivo a aprenderse los nombres de memoria. Ahora bien, el frasco de «Serenite» sólo lo vio después de la muerte de Palgrave.
—¡Qué raro! —exclamó el doctor Graham—. ¿Está segura de eso?
El tono con que había hecho esta pregunta extrañó mucho a los Kendal. No habían esperado que el doctor adoptara aquella actitud...

—Victoria parecía estar muy segura de sí misma al formular su observación —contestó Molly hablando lentamente.

—Estimo que lo más pertinente es que yo hable con esa chica —manifestó el doctor Graham.

Victoria se mostró muy satisfecha al serle deparada aquella oportunidad de referir lo que había visto. Sin embargo, declaró:

—No quiero que me metan en ningún lío, ¿eh? Yo no fui quien puso el frasco en el estante. Tampoco conozco a la persona que pudo haberlo hecho.

—Pero usted está convencida de que alguien hizo eso, ¿verdad?

—Es natural, doctor, ¿no comprende? Alguien tuvo que colocar el frasco en el sitio indicado si antes no se encontraba allí.

—Podía haber sucedido que el comandante Palgrave lo hubiese guardado siempre en uno de los cajones de la cómoda, en un maletín... Victoria movió enérgicamente la cabeza, denegando.

—Es improbable que procediese así, si tomaba la medicina con regularidad.

Graham aceptó aquel razonamiento de mala gana.

—Esas tabletas suelen tomarlas los que sufren de hipertensión varias veces al día. ¿Nunca le sorprendió usted en un momento semejante?

—El frasco de que le he hablado no estuvo nunca en el estante que yo limpiaba a diario. Me puse a pensar... Posiblemente esas tabletas tienen alguna relación con la muerte del comandante. Quizás estuvieran envenenadas. Un enemigo suyo pudo haberlas puesto a su alcance para deshacerse de él.

El doctor, convencido, replicó:

—Tonterías, muchacha, tonterías.

Victoria parecía muy afectada.

—Usted ha dicho que esas tabletas eran de un medicamento, que venían a ser un remedio... -La muchacha hablaba ahora denotando ciertas dudas-.

—Y un remedio excelente. Lo que es más importante todavía: imprescindible —aclaró el doctor Graham — . No tiene usted por qué preocuparse, Victoria. Puedo asegurarle que esa medicina no contenía nada nocivo. Era precisamente lo más indicado para un hombre que sufría de hipertensión.

—Creo que me ha quitado usted un peso de encima —respondió Victoria, mostrando sus blanquísimos dientes, en una atractiva sonrisa.

En compensación, el doctor Graham había cargado con él. La débil inquietud que le había atormentado al principio se hacía ahora casi tangible.

CAPITULO OCHO

UNA CONVERSACIÓN CON ESTHER WALTERS

—Este hotel no es ya lo que era antes -dijo mister Rafiel, irritado, al observar que miss Marple se acercaba al sitio en que él y su secretaria se habían acomodado—. No puede uno dar un paso sin tropezar con alguien. ¿Qué diablos tendrán que hacer estas viejas damas en las Indias Occidentales?
— ¿Adonde sugiere usted que podrían ir? —le preguntó Esther Walters.
—A Cheltenham —replicó mister Rafiel sin vacilar—. O a Bournemouth. Y si no a Torquay, o a Llandudno Wells... Creo que tienen donde elegir, ¿no? En cambio, les gusta venir aquí. En este lugar se sienten a sus anchas, por lo que veo.
—Visitar una isla como ésta en que vivimos es un privilegio reservado a pocas personas. Hay que aprovechar la ocasión cuando se presenta —arguyó Esther—. Todo el mundo no dispone de tantos medios económicos como usted.
—Eso es verdad —convino mister Rafiel-. Olvídese de lo que he dicho... Bueno, aquí me tiene usted, hecho una masa de dolores. Y no obstante, me niega cualquier alivio. Aparte de no trabajar absolutamente nada... ¿Por qué no ha pasado ya esas cartas a máquina?
—No he tenido tiempo.
—Pues ocúpese de eso, ¿quiere? La traje aquí para que trabajara. Todo no va a ser tomar tranquilamente el sol y exhibir su figura.
Cualquiera que hubiese oído a mister Rafiel habría juzgado sus observaciones intolerables. Pero Esther Walters trabajaba a sus órdenes desde hacía varios años y le conocía bien. «Perro que ladra no muerde», reza un refrán, y la señora Walters sabía que tal refrán era perfectamente aplicable a su jefe. Mister Rafiel se sentía aquejado de continuo por múltiples dolores y sus ásperas palabras venían a ser para él una válvula de escape. Dijera lo que dijera, su secretaria permanecía imperturbable.
—Qué hermosa tarde, ¿verdad? -comentó miss Marple, deteniéndose junto a los dos.
—¿Y cómo no? —preguntó con su brusquedad tan habitual el viejo—. ¿No es eso lo que hemos venido a buscar todos aquí?
Miss Marple dejó oír una leve risita.
— ¡Oh, mister Rafiel! ¡Qué severo se muestra usted siempre! No

olvide que el tiempo para los ingleses es un tema muy socorrido de conversación... ¡Vaya! Me he equivocado de ovillo.

Miss Marple depositó su bolso sobre una mesita próxima y echó a andar a toda prisa en dirección a su «bungalow».

—¡Jackson! -chilló mister Rafiel.

El ayuda de cámara acudió en seguida.

—Llévame al «bungalow» —le ordenó el anciano—. Quiero que me dé masaje ahora, antes de que vuelva esa charlatana por aquí. Claro que por eso no me voy a sentir mejor... —añadió con su sequedad de costumbre.

Jackson, con sumo cuidado y no poca habilidad, ayudó a mister Rafiel a ponerse en pie. Unos minutos después, ambos hombres se perdían en el interior de la casita.

Esther Walters se había quedado mirándole. Luego volvió la cabeza. Miss Marple regresaba, portadora de un ovillo de lana de otro color, sentándose a su lado.

—Espero no molestarla —dijo mirando a la secretaria de mister Rafiel.

—De ningún modo —respondió Esther—. Dentro de poco habré de marcharme porque tengo que pasar unas cartas a máquina, pero quiero disfrutar todavía de unos minutos más de sol.

Miss Marple comenzó a hablarle, aprovechando el primer pretexto que se le ocurrió. Entretanto, estudió atentamente a su oyente. No era ésta una mujer deslumbrante, pero podría resultar atractiva, si se lo propusiera. Miss Marple se preguntó por qué razón no lo intentaba. Tal vez fuera porque a mister Rafiel le hubiese disgustado eso. Ahora bien, miss Marple estaba convencida de que a ella el anciano le tenía completamente sin cuidado. Había que pensar en otra cosa... En efecto, aquel viejo vivía tan pendiente de sí mismo, que en tanto se viera atendido no le importaba nada, seguramente, que su secretaria se ataviase, por ejemplo, como una hurí del Paraíso mahometano. Por otro lado, mister Rafiel se acostaba normalmente muy temprano. Durante las horas de la noche, los días en que había baile, Esther Walters podía haberse revelado a todos como una mujer nada desdeñable, en una versión moderna y parcial de la famosa Cenicienta... Miss Marple pensó en todo esto, mientras relataba a la dama su visita a Jamestown.

Hábilmente, luego, enfocó la conversación sobre Jackson, en relación con el cual, Esther Walters se mostró muy vaga.

— Es muy competente —manifestó—. Se ve en él un masajista muy experimentado.

—Imagino que hace ya mucho tiempo que trabaja para mister Rafiel...

— ¡Oh, no! Unos nueve meses todo lo más, me parece.
—¿Es casado? —se aventuró miss Marple a preguntar.
—¿Que si es casado? No creo —respondió Esther, ligeramente sorprendida—. Nunca dijo si...
La señora Walters hizo una pausa, agregando después:
—Por supuesto que no. Vamos, eso me atrevería a afirmar yo al menos.
Miss Marple dio a estas palabras la siguiente interpretación: «Sea lo que sea, no se comporta como si fuese un hombre casado.»
Pero... ¡Tantos hombres corrían por el mundo conduciéndose como si no fueran maridos! Miss Marple hubiera podido traer a colación una docena de ejemplos.
—Es un hombre de muy buen aspecto —observó pensativa.
—Sí, sí... —declaró Esther con indiferencia.
Miss Marple estudió a su interlocutora con atención. ¿Habrían dejado de interesarle los hombres? ¿Pertenecería Esther a ese tipo de mujeres que se interesan tan sólo por un hombre? Le habían dicho que era viuda.
—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted para mister Rafiel? -le preguntó.
—Estoy con él desde hace cuatro o cinco años. Muerto mi esposo, me puse a trabajar de nuevo. Tengo una hija interna en un colegio y la situación económica de mi casa era bastante apurada.
—Debe ser difícil trabajar para un hombre como mister Rafiel.
—No crea. Hay que conocerle, simplemente. La ira le domina a veces y se contradice en múltiples ocasiones. Lo que le pasa es que se cansa de la gente. En dos años ha tenido cinco ayudas de cámara. Le gusta ver a su alrededor caras nuevas, otras personas con las que ensañarse. Nosotros dos nos hemos llevado siempre bien, sin embargo.
—El señor Jackson parece ser un joven muy servicial, ¿verdad?
—Es un hombre con tacto, en posesión también de ciertos recursos —declaró Esther—. Naturalmente, de vez en cuando se ve en...
Esther Walters se interrumpió al llegar aquí.
—¿En una difícil posición, acaso? —sugirió después de meditar unos segundos miss Marple.
—Sí, sí, en efecto. Sin embargo —agregó Esther, sonriendo—, creo que hace lo que puede para pasarlo lo mejor posible.
Miss Marple consideró detenidamente estas palabras. No iban a servirle de mucho. Se esforzó por animar la conversación y a los pocos minutos oía una amplia información acerca del cuarteto de los Dyson y los Hillingdon.
— Los Hillingdon llevan viniendo aquí tres o cuatro años —

manifestó Esther-. Pero Gregory Dyson ha estado más tiempo que ellos en la isla. Conoce las Indias Occidentales perfectamente. Creo que vino aquí con su primera esposa. Era una mujer delicada y se veía obligada a pasar en un país de clima templado los inviernos.
—¿Es que murió? ¿O acaso se divorciaron?
—Murió. En una de estas islas. Se produjo un conflicto, según creo. Hubo cierto escándalo... Gregory Dyson no habla nunca de ella. Un conocido me contó todo esto. De lo que he oído comentar he deducido que no se llevaron nunca muy bien.
—Y más tarde se casó con esta otra mujer, ¿no?, con «Lucky». Miss Marple pronunció esta última palabra empleando un tono especial, como si pensara: «¡Un nombre increíble, en verdad!»
—Me parece que era pariente de la primera esposa.
— ¿Hace muchos años que conoce a los Hillingdon?
—Yo diría que tiene relación con ellos desde que sus amigos llegaron aquí, desde hace tres o cuatro años, no más.
—Los Hillingdon forman una pareja muy agradable —comentó miss Marple—. Son muy callados, tranquilos...
—Sí, en efecto.
—Todo el mundo dice por aquí que viven el uno pendiente del otro —añadió miss Marple, hablando con reserva.
Esther Walters se dio cuenta de esto, levantando la vista.
—Pero usted no lo cree, ¿verdad?
—Y usted misma vacila, ¿no, querida?
—Pues... Verá. A veces me he preguntado...
— Los hombres callados y tranquilos como el coronel Hillingdon —opinó miss Marple— se sienten atraídos normalmente por los tipos femeninos deslumbrantes —tras una significativa pausa aquélla agregó—: Lucky... ¡ Qué nombre tan curioso! ¿Usted cree que el señor Dyson tiene alguna idea acerca de lo que... quizás esté en marcha?
«¡Vaya! —pensó Esther Walters—. Ya estamos con las chismorrerías de siempre. Estas viejas no saben hacer ninguna otra cosa.»
- ¿Y cómo voy a saber yo eso? —inquirió fríamente.
Miss Marple se apresuró a cambiar de tema.
—Que pena lo del pobre comandante Palgrave, ¿eh?
Esther Walters hizo un gesto de asentimiento, de compromiso.
—Los Kendal son los que a mí me dan lástima —declaró.
— Sí, supongo que un suceso de éstos no beneficia en nada a un hotel.
—La gente viene aquí a pasar la vida lo mejor posible, ¿no? —afirmó Esther—. Quiere olvidarse por completo de las

enfermedades, de la muerte, de los impuestos sobre la renta, de las tuberías de agua helada y demás cosas por el estilo. A los que pasan largas temporadas en estos sitios —prosiguió diciendo la secretaria de mister Rafiel, con una entonación totalmente distinta— no les agrada que les recuerden que son mortales.
Miss Marple dejó a un lado su labor.
—Ésa es una gran verdad, querida, una gran verdad. Desde luego, ocurre como usted dice...
—Ya ve que los Kendal son muy jóvenes —declaró Esther—. Este hotel pasó de las manos de los Sanderson a las suyas hace tan sólo seis meses. Andan terriblemente preocupados. No saben si triunfarán o no en esta aventura, porque ninguno de los dos posee mucha experiencia.
—¿Y cree usted que ese suceso puede llegar a ser para ellos un gran inconveniente ?
—Pues no, francamente. En una atmósfera como la del «Golden Palm Hotel» estas cosas no se recuerdan más allá de un par de días. Aquí se viene a disfrutar... Se lo he hecho ver así a Molly. No he logrado convencerla. Es que esa muchacha vive siempre preocupada. Cualquier minucia la saca de quicio.
—¿La señora Kendal? ¡Pero si yo tenía de ella un concepto completamente distinto!
—Ya ve... La juzgo una criatura que vive en perpetua ansiedad —dijo Esther hablando lentamente—. Es de esas personas que no están tranquilas nunca, que viven siempre obsesionadas por la idea de que las cosas, fatalmente, tiene que salirles mal.
—Yo hubiera pensado eso mismo de su marido, no sé por qué a ciencia cierta.
—A mi juicio él, si anda abatido alguna vez, es porque la ve preocupada a ella.
—Es curioso —murmuró miss Marple.
—Estimo que Molly hace esfuerzos inauditos por aparecer contenta, satisfecha de estar aquí. Trabaja mucho y acaba exhausta. Por tal motivo pasa por terribles momentos de depresión. No es... Bueno, no es una chica perfectamente equilibrada.
— ¡Pobre muchacha! —exclamó miss Marple—. Es verdad que hay personas que son así. Muy a menudo, los que las tratan superficialmente no se dan cuenta de tales cosas.
—El matrimonio Kendal disimula muy bien su verdadero estado de ánimo, ¿no le parece? — inquirió Esther—. En mi opinión, Molly no debiera preocuparse tanto. Nada tiene de particular que un hombre o una mujer, aquí o fuera de aquí, mueran a consecuencia de una trombosis coronaria, una hemorragia cerebral u otras enfermedades

semejantes. Eso ocurre hoy todos los días, en cualquier parte, y más frecuentemente que nunca. Para que un establecimiento como éste se despoblara habrían de darse casos, dentro de él, de envenenamiento a causa de las malas condiciones de la comida, de fiebres tifoideas, etcétera.
—El comandante Palgrave no me dijo nunca que padeciera de tensión alta -manifestó abiertamente miss Marple-. ¿A usted sí?
—Sé que lo puso en conocimiento de alguien, ignoro quién... Tal vez hubiese sido mister Rafiel. Ya sé que éste afirma lo contrario, pero, ¡qué le vamos a hacer! ¡Él es así! Ahora recuerdo haberle oído mencionar eso a Jackson. Dijo que el comandante Palgrave debía haberse mostrado más comedido con el alcohol.
Miss Marple, pensativa, guardó silencio. Luego manifestó:
—¿Le parecía a usted un hombre fastidioso Palgrave? No cesaba de contar historias y es muy posible que algunas de ellas las hubiera repetido hasta la saciedad.
—Eso era lo peor de él —declaró Esther—. Siempre acababa contando algo que una ya sabía. Llegado ese momento era preciso escabullirse.
—A mí eso no me molestaba -señaló miss Marple—. Será porque estoy acostumbrada a esas cosas y también por mi mala memoria. Como olvido fácilmente lo que me cuentan no me importa escuchar un relato por segunda vez.
—¡Tiene gracia! —exclamó Esther.
—El comandante Palgrave tenía preferencia por una historia —apuntó miss Marple—. Hablaba en ella de un crimen. Supongo que se la referiría en alguna ocasión...
Esther Walters abrió su bolso, comenzando a rebuscar en su interior. Extrajo del mismo un lápiz de labios.
—Creí haberlo perdido -dijo. A continuación preguntó-: Perdone, miss Marple. ¿Qué decía usted?
—¿Llegó a contarle el comandante Palgrave su historia favorita?
—Me parece que sí, ahora que recuerdo. Algo referente a un hombre que se suicidó abriendo la llave del gas, ¿verdad? Más adelante se descubrió que eso no había sido un suicidio, siendo la esposa de la víctima la culpable de su muerte. ¿Era de eso de lo que deseaba hablarme?
—No, no. Me parece que el relato era otro... —contestó miss Marple, indecisa.
—¡Contaba tantas historias! -exclamó Esther Walters—. Bueno, una no siempre estaba atenta a lo que él decía...
-Llevaba encima una fotografía que acostumbraba enseñar su oyente de turno -aclaró miss Marple.

-Pues sí que hacía eso... Nada, es inútil, no caigo en la cuenta, miss Marple. ¿Vio usted esa foto?

-No, no pude verla. Fuimos interrumpidos durante nuestra conversación en el mismo instante en que se disponía a ponerla en mis manos.

CAPITULO NUEVE

LA SEÑORITA PRESCOTT Y OTRAS PERSONAS

—Esto es lo que yo sé... -comenzó a decir la señorita Prescott, bajando la voz y echando, atemorizada, un vistazo a su alrededor.
Miss Marple acercó la silla que ocupaba a la de su acompañante. Habíale costado mucho trabajo llegar con la señorita Prescott al momento de las confidencias. Esto era en parte debido a que los sacerdotes suelen ser hombres muy apegados a los familiares. La señorita Prescott se hallaba acompañada casi siempre de su hermano. Naturalmente, para chismorrear a gusto, las dos mujeres gustaban de encontrarse a solas.
—Parece ser... Claro está, miss Marple, yo no quiero poner en circulación desagradables rumores que pudieran perjudicarles... En realidad yo no sé nada...
—No se preocupe. La comprendo, la comprendo -se apresuró a contestarle miss Marple para tranquilizarla.
—Parece ser que dio algún escándalo viviendo todavía su esposa. Esta mujer, Lucky (qué nombrecito, ¿eh?), creo que era prima de aquélla. Unióse a ellos aquí, aplicándose a las tareas que realizaban en relación con las flores, las mariposas y no sé qué más cosas. La gente habló mucho porque siempre se veía a los dos juntos... Ya me entiende, ¿no?
—La gente se fija en los más ínfimos detalles —subrayó miss Marple.
— Luego, la esposa murió casi repentinamente...
—¿Aquí? ¿En esta isla?
—No. Creo que fue en Martinica o Tobago, donde se encontraban entonces.
—Comprendido.
—De las palabras pronunciadas por algunas personas que les conocieron allí deduje que el doctor no estaba muy satisfecho.
Miss Marple se esforzó por traslucir el interés con que escuchaba a su interlocutora. Quería animarla a proseguir.
—Tratábase de habladurías, por supuesto. Pero, en fin, el caso es que el señor Dyson volvió a contraer matrimonio con una prisa excesiva. —La señorita Prescott bajó de nuevo a bajar la voz—. Creo que lo hizo al cabo de un mes. Ya ve usted qué poco tiempo...
—¿Sólo dejó pasar un mes?
Las dos mujeres intercambiaron una significativa mirada.

—Parece ser, eso induce a pensar su conducta, que la desaparición de su primera esposa no le impresionó mucho —dijo la señorita Prescott.
—Efectivamente —repuso miss Marple, preguntando a continuación:- ¿Había... dinero por en medio?
—Lo ignoro. Él suele gastarle a su mujer una pequeña broma. Bueno, tal vez la haya presenciado. Asegura que su esposa viene a ser para él la «mascota de la suerte».
—Sí, ya me he dado cuenta.
—Alguna gente piensa que eso significa que fue afortunado al unirse a una mujer rica. Aunque, desde luego -dijo la señorita Prescott con la expresión de quien se halla decidido a toda costa a ser justo—, no se le pueden negar ciertas cualidades físicas, tengo para mí que el dinero del matrimonio procede de la primera esposa.
—¿Son los Hillingdon gente acomodada?
— Creo que sí. No les supongo, en cambio, fabulosamente ricos, ni mucho menos. Tienen dos hijos, en la actualidad internos en un colegio, y poseen una hermosa casa en Inglaterra. Sí, eso tengo entendido. Se pasan viajando la mayor parte del invierno.
En aquel momento apareció ante las dos mujeres el canónigo. La señorita Prescott se unió inmediatamente a su hermano. Miss Marple no se movió de su asiento.
A los pocos minutos pasó por allí Gregory Dyson, dirigiéndose a toda prisa hacia el hotel. Agitó una mano, en cordial saludo.
—¿En qué estará usted pensando, miss Marple? —chilló.
Miss Marple correspondió a estas palabras con una gentil sonrisa. ¿Cómo habría reaccionado aquel hombre de haberle contestado: «Me estaba preguntando si sería usted o no un asesino»?
Lo más probable era que lo fuese. Todo encajaba maravillosamente. Aquella historia relativa a la muerte de la primera señora Dyson... porque el comandante Palgrave había hablado, ciertamente, de un individuo asesino de su esposa...
La única objeción que cabía hacer a aquel planteamiento era que los diversos datos conocidos se ensamblaban con exagerada perfección. Sin embargo, miss Marple se reprochó este pensamiento. ¿Quién era ella para exigir «crímenes hechos a medida»?
Una voz le hizo sobresaltarse, una voz más bien ronca.
—¿Ha visto usted a Greg, miss... ejem...?
«Lucky —pensó miss Marple— no está de buen humor precisamente.»
—Acaba de pasar por aquí... Creo que se dirigía al hotel.
—¡Seguro!

«Lucky» pronunció una exclamación que realzaba aún más su enojo, continuando su camino.
«En este momento aparenta más años de los que en realidad tiene», pensó miss Marple.
Una lástima infinita le invadió a la vista de aquella mujer... Le inspiraban lástima todas las Lucky del mundo, tan vulnerables, tan sensibles al transcurso del tiempo...
Miss Marple oyó un ruido a su espalda, haciendo girar entonces su silla.
Mister Rafiel, apoyado en Jackson, salía en aquel instante de su «bungalow».
El ayuda de cámara acomodó al anciano en su silla de ruedas, preparando después varias cosas. Mister Rafiel agitó una mano, impacientemente, y Jackson se alejó camino del hotel.
Miss Marple decidió no perder un minuto. A mister Rafiel no le dejaban solo mucho tiempo nunca. Lo más probable era que Esther Walters se uniese a él en seguida. Miss Marple deseaba cruzar unas palabras con aquel hombre sin testigos y acababa de presentársele, se dijo, la oportunidad ansiada. Lo que fuera a indicarle habría de comunicárselo con toda rapidez. El viejo no le facilitaría el camino. Mister Rafiel era una persona que rechazaba de plano las divagaciones a que tan aficionadas se muestran las damas de alguna edad. Probablemente, acabaría retirándose a su «bungalow», considerándose a sí mismo víctima de una persecución. Miss Marple decidió al fin seguir la ruta más corta.
Acercóse, pues, a él, y tomando una silla se acomodó a su lado.
-Quería preguntarle a usted algo, mister Rafiel.
-De acuerdo, de acuerdo... Concedido. ¿Qué desea usted? Supongo que una suscripción para las misiones africanas o las obras de restauración de una iglesia...
-Sí -replicó miss Marple tranquilamente-. Precisamente me interesan mucho esas cosas y le quedaré muy reconocida si me concede un donativo. No obstante, en estos momentos pensaba en otro asunto. Yo lo que quería era preguntarle si el comandante Palgrave le contó a usted alguna vez una historia relacionada con un crimen.
-¡Vaya, hombre! -exclamó mister Rafiel-. También la informó a usted de eso, ¿eh? Y, claro está, me imagino que se tragaría su cuento de pe a pa.
-No supe qué pensar entonces, realmente. ¿Qué es lo que él le dijo exactamente?
- Estuvo divagando un rato en torno a una hermosa criatura, una especie de Lucrecia Borgia, una reencarnación más bien de la

misma. Me la pintó bella, de rubios cabellos y todo lo demás...
Quedóse un tanto desconcertada miss Marple ante aquella respuesta.
-¿Y a quién asesinó esa mujer? -inquirió.
-A su esposo, por supuesto. ¿A quién iba a asesinar?
-¿Le envenenó?
-No. Le administró un somnífero y después abrió la llave del gas. Se trataba, por lo visto, de una mujer de grandes recursos. Luego, dijo que se había suicidado. En seguida logró quitarse de en medio mediante una treta legal, de ésas a las que hoy en día recurren los abogados cuando la acusada es una mujer de grandes atractivos físicos o cuando en el banquillo de los acusados se sienta cualquier miserable joven excesivamente mimado por su madre. ¡Bah!
-¿Le enseñó a usted el comandante Palgrave alguna fotografía?
-¿Qué? ¿Una fotografía de la mujer? No. ¿Por qué había de hacerlo?
Miss Marple se recostó en una silla, mirando a su interlocutor con una acentuada expresión de perplejidad. Sin duda, el comandante Palgrave se había pasado la vida refiriendo historias que no sólo tenían que ver con los tigres y los elefantes que había cazado, sino también con los criminales que había conocido, directa o indirectamente, a lo largo de su existencia. Debía contar con un nutrido repertorio. Había que reconocer aquello... Le sacó de su ensimismamiento un rugido de mister Rafiel, que llamaba a su criado.
— ¡Jackson!
No le contestó nadie.
—¿Quiere que vaya a buscarle? —propuso miss Marple.
—No daría con él. Andará detrás de algunas faldas. Es en lo que concentra sus fuerzas. No me acaba de convencer ese individuo. Me desagrada su forma de ser. Y, con todo, nos complementamos bien.
—Iré a buscarle —insistió miss Marple.
Descubrió a Jackson en el lado opuesto de la terraza del hotel, bebiendo unas copas en compañía de Tim Kendal.
—Mister Rafiel le llama -le dijo.
Jackson hizo una expresiva mueca, vació el contenido de su copa y se puso en pie.
—Reanudemos la lucha —dijo—. No hay paz para los malvados... Dos llamadas telefónicas y la petición de una comida especial... Creí que eso me proporcionaría un cuarto de hora de respiro. ¡Nada de eso! Gracias, miss Marple. Gracias por su invitación, señor Kendal.

Jackson se marchó.
— ¡Pobre muchacho! —exclamó Tim—. Tengo que invitarle a echar un trago de vez en cuando aunque sólo sea para que no pierda los ánimos. ¿Quiere usted tomar algo, miss Marple?... ¿Qué tal le iría un buen refresco de limón? Sé que le gustan...
—Ahora no, muchas gracias... Supongo que cuidar de un hombre como mister Rafiel debe ser una tarea agotadora. El trato con los inválidos es difícil casi siempre.
—No me refería únicamente a eso... A Jackson le pagan bien sus servicios y por tal motivo ha de soportarle con paciencia; es lógico, no es de lo más malo que puede darse en su clase. Yo iba más lejos...
Tim pareció vacilar y miss Marple le miró inquisitiva.
—Bueno... ¿Cómo se lo explicaría yo? Socialmente, su situación no es nada fácil. ¡Tiene tantos prejuicios la gente! Aquí no hay nadie de su categoría. Es algo más que un simple criado. En cambio, queda por debajo del tipo de huésped que viene a ser aquí el término medio. Eso al menos cree él. Hasta la secretaria, la señora Walters, se considera por encima de ese joven. Existen posiciones sumamente delicadas... -Tim hizo una pausa, agregando—: Es impresionante. ¡Hay que ver la cantidad de problemas de carácter social que se presentan en un lugar como éste!
El doctor Graham pasó no muy lejos de ellos. Llevaba un libro en la mano, acomodándose frente a una mesa cara al mar.
—El doctor Graham parece preocupado —observó miss Marple.
— ¡Oh! Todos lo estamos, realmente.
—¿Usted también? ¿Por causa de la muerte del comandante Palgrave?
—Eso ya no me ocasiona ninguna inquietud. La gente va olvidando tan desagradable episodio... Se ha tomado el mismo como lo que es. A mí la que me preocupa es mi mujer, Molly... ¿Entiende usted algo de sueños ?
— ¿Que si entiendo de sueños? —preguntó miss Marple, sorprendida.
-Sí, de malos sueños, de pesadillas... ¿Quién no ha pasado una noche angustiosa por culpa de éstas? Pero lo de Molly es distinto... Es víctima de las pesadillas a diario. Vive sumida en un perpetuo temor. ¿No podría hacerse algo por ella, para evitarle tan desagradables experiencias? ¿No podría tomar algún medicamento especial, si es que existe en el mercado? Actualmente toma unas píldoras para dormir, pero ella asegura que ese remedio la perjudica. En efecto, en ocasiones realiza inconscientemente terribles esfuerzos para despertarse y no puede...

-¿Qué es lo que ve en sus sueños?
-¡Oh! Siempre se trata de alguien que la persigue, que la vigila o está espiando... Ni siquiera después de despertarse logra recuperar la tranquilidad, volver a su estado normal.
-Un médico podría, seguramente...
-Es una mujer reacia a los médicos. No quiere ni oír hablar de ellos. Bueno... Me imagino que todo esto pasará. Pero es una lástima. Nos sentíamos muy felices aquí. Nos hemos estado divirtiendo, incluso, mientras trabajábamos. No obstante, últimamente... Es posible que la muerte de Palgrave la trastornara. Desde entonces mi esposa parece otra persona...
Tim Kendal se puso en pie.
-Tengo que marcharme, miss Marple. Me esperan mis obligaciones de todos los días. ¿Seguro que no le apetece ese refresco de limón que le he ofrecido?
Miss Marple, sonriente, hizo un movimiento denegatorio de cabeza.
Tomó asiento allí mismo. Meditaba. La expresión de su rostro era grave, preocupada.
Luego volvió la cabeza, mirando al doctor Graham.
Adoptó una decisión inmediatamente.
Se levantó, acercándose a su mesa.
-Debo disculparme ante usted, doctor Graham -le dijo.
-¿Sí?
El doctor la miró con cierto asombro. Ella cogió una silla, acomodándose a su lado.
-Creo haber hecho una cosa censurable-manifestó miss Marple-. Le he mentido a usted deliberadamente, doctor.
Éste no parecía escandalizado. Un poco sorprendido, todo lo más...
-¿Qué me dice? Bueno, supongo que se tratará de algo desprovisto por completo de importancia.
¿Qué hacía miss Marple allí, expresándose en aquellos términos? No era posible que a sus años se dedicara a ir de acá para allá diciendo mentiras. Claro que él no recordaba que la dama que estaba a su lado le hubiese confesado en algún momento su edad...
-Veamos qué es, miss Marple. Hable usted con claridad -prosiguió, puesto que ella, evidentemente, quería confesar.
-Usted recordará que le referí algo relativo a la fotografía de uno de mis sobrinos, ¿verdad? Le indiqué que habiéndola puesto en manos del comandante Palgrave éste olvidó devolvérmela.
-Sí, sí, ya me acuerdo. ¡Cuánto lamento no haberla podido encontrar entre sus efectos personales!
—No pudo encontrarla usted porque no se hallaba entre ellos -declaró miss Marple, bajando la voz, atemorizada.

—¿Cómo?
—No. Esa fotografía no existió nunca. Al menos en poder de ese hombre. Todo fue un cuento de mi invención.
—¿Que inventó usted eso ? ¿ Por qué razón ? — inquirió el doctor Graham, ligeramente enojado.
Miss Marple se lo explicó. Con toda claridad, sin rodeos. Aludió a la historia de Palgrave y su asesino; habló de cómo el comandante había estado a punto de enseñarle la instantánea que extrajera de su cartera; mencionó su posterior y repentina confusión... Más adelante, ella había decidido intentar cuanto estuviera en su mano para procurarse la fotografía.
—Para que usted se tomara interés y buscara la pequeña cartulina tenía que valerme, forzosamente, de una mentira -añadió miss Marple—. Confío en que sabrá perdonarme.
—De modo que usted pensó que él se disponía a enseñarle la imagen de un asesino, ¿eh?
—Eso fue lo que dijo Palgrave. Y me indicó que la fotografía se la había dado el conocido que le refiriera la historia de aquel criminal.
—Ya, ya... Y, perdone, usted le creyó, ¿verdad?
—A ciencia cierta no sé si le creí o no entonces —repuso miss Marple—. Ahora bien, usted sabe que *Palgrave murió al día siguiente...*
—Sí —dijo el doctor Graham, impresionado por la fuerza reveladora de aquella frase: *Palgrave murió al día siguiente...*
—Produciéndose la desaparición de la instantánea -remachó miss Marple.
El doctor Graham guardó silencio. No sabía qué decir. Por fin manifestó:
—Perdóneme, miss Marple, pero esto que me cuenta usted ahora, ¿es verdad o mentira?
—Está usted más que justificado al dudar de mí -contestó ella-. En su lugar yo me conduciría igual. Sí, es verdad lo que ahora le he dicho. Tiene que creerme, doctor. Además, independientemente de la actitud que fuera a adoptar, yo me dije que era mi obligación contarle esto.
—¿Por qué?
—Comprendía que usted debía disponer de una información lo más amplia posible... Por si...
—Por si... ¿qué?
—Por si decidía utilizarla en algún sentido.

CAPITULO DIEZ

ENTREVISTA EN JAMESTOWN

El doctor Graham se encontraba en Jamestown, en el despacho del administrador. Sentado frente a él, tras una mesa, estaba su amigo Daventry, hombre de unos treinta y cinco años de edad, de expresión grave.
—Por teléfono se me antojaron sus palabras un tanto misteriosas, Graham —dijo aquél—. ¿Ha sucedido algo especial?
—No sé —respondió el doctor-, pero la verdad es que estoy preocupado.
Mientras les servían unas bebidas, Daventry pasó a contar las incidencias habidas en la última expedición de pesca en que había participado. En cuanto el criado se hubo marchado, se recostó en su sillón, fijando la mirada en el rostro del visitante.
—Ya puede usted empezar, Graham.
El médico enumeró los detalles motivadores de sus reflexiones. Daventry acogió los mismos con un leve silbido.
—Ya me hago cargo. Usted cree que hay algo extraño en la muerte de Palgrave, ¿no? Ya no está seguro de que la misma fue debida a causas naturales, ¿eh? ¿Quién extendió el certificado de defunción? Bueno, Robertson, supongo. Tengo entendido que éste no formuló ninguna duda...
—No. Pero yo estimo que influyó en él una circunstancia: el hallazgo de las tabletas de «Serenite» en el estante de un lavabo. Me preguntó si yo le había oído decir a Palgrave que padecía de hipertensión. Mi respuesta fue negativa. No sostuve nunca una conversación de tipo médico con el comandante, pero, por lo que he podido deducir, trató de aquel asunto con diversas personas residentes en el hotel. Lo del frasco de tabletas y las declaraciones de Palgrave se avenían perfectamente. ¿Quién podía sospechar que allí se escondía algo raro? Sin embargo, me doy cuenta ahora de que cabía la posibilidad del hecho anómalo. Tengo que reconocer, no obstante, que si hubiera sido cometido mío extender el certificado de defunción lo habría firmado sin reparos. Aparentemente no había por qué desconfiar. Yo no habría vuelto a pensar en ese asunto de no haber sido por la sorprendente desaparición de la fotografía...
—Veamos, Graham —dijo Daventry, interrumpiendo a su amigo—. Permítame que me exprese así... ¿No habrá prestado una atención

excesiva a esa historia fantástica (puede serlo, ¿no?) que le refirió una dama, ya de edad, de imaginación bastante viva? Ya sabe cómo son las mujeres entradas en años. Acostumbran exagerar lo que ven, o lo que creen ver, inventando cosas de paso.
—Sí, lo sé... —contestó el doctor Graham, con cierto desasosiego— No he perdido de vista esa posibilidad. Pero no he logrado convencerme a mí mismo. Miss Marple me habló con toda claridad y precisión.
—Yo, en cambio, dudo —aseguró Daventry—. Dejemos a un lado la historia que cuenta la vieja dama de la fotografía... Un buen punto de partida para la investigación, el único, sería la declaración de la sirvienta indígena. Ésta sostiene que un frasco de píldoras tenido por las autoridades como prueba no se hallaba en la habitación del comandante Palgrave el día anterior a su muerte. Pero había mil maneras de explicar esto también. Existe la posibilidad de que la víctima acostumbrase guardar en cualquiera de sus bolsillos ese medicamento, que le resultaba imprescindible.
El doctor asintió.
—Sí, desde luego, su razonamiento no es nada disparatado.
—Puede tratarse, asimismo, de un error de la criada. Quizá no hubiese reparado nunca en aquel frasco.
—También eso es posible.
—Entonces, ¿qué?
Graham bajó la voz, respondiendo lentamente:
—La chica se mostró muy segura de sus afirmaciones.
—Bueno. Usted tenga en cuenta que la gente de St. Honoré suele ser muy excitable y emotiva. Les cuesta muy poco trabajo inventar cosas. ¿Acaso piensa que ella sabe... más de lo que ha dado a entender?
—Pues..., sí.
—En tal caso intente sonsacarla. No podemos provocar cierta agitación innecesariamente. Hemos de disponer de datos concretos para proceder así. Si el comandante Palgrave no murió a consecuencia de su hipertensión, ¿cuál cree usted que fue la causa determinada de su muerte?
—¡Pueden ser tantas realmente! -exclamó el doctor Graham.
—Se refiere usted a medios susceptibles de no dejar huella alguna, ¿verdad?
—En efecto. Podríamos considerar, por ejemplo, el empleo del arsénico.
—Pongámoslo todo en claro... ¿Qué sugiere usted? ¿Que fue utilizado un frasco que contenía falsas tabletas? ¿Que alguien se valió de ese medio para envenenar al comandante Palgrave?

—No... No es eso. Eso es lo que Victoria No-sé-qué-más piensa. Pero la joven ha enfocado mal la cuestión. De haber habido alguien decidido a eliminar a Palgrave rápidamente, el asesino habríase inclinado por un método rápido: una bebida preparada, por ejemplo. Luego, para hacer aparecer su muerte como una cosa natural habría colocado en su cuarto un frasco de tabletas prescritas para el tratamiento de la hipertensión. Seguidamente, el criminal se habría preocupado de poner en circulación el rumor referente a su enfermedad.
—¿Y quién ha sido el que ha llevado a cabo esa tarea en el hotel?
—He hecho averiguaciones, sin éxito... Todo ha sido inteligentemente planeado. «A», interrogado, manifiesta: «Creo que me lo dijo "B"...» «B», interrogado a su vez, declara: «No, yo nunca he hablado de eso, pero sí recuerdo haberle oído mencionar a "C" tal detalle.» «C» informa: «Son varias personas que han formulado comentarios acerca de ello... Una de ellas me parece que fue "A".» Así es cómo volvemos al punto de arranque de las indagaciones, sin haber obtenido ningún fruto de ellas.
Daventry apuntó:
—Hay que pensar en que el autor de la treta no tiene nada de tonto.
—Desde luego. Tan pronto se supo la muerte del comandante Palgrave todo el mundo pareció ponerse de acuerdo para hablar de la hipertensión sanguínea de la víctima, con conceptos propios o valiéndose de otros, oídos al prójimo.
—¿No habría sido más sencillo para el criminal envenenarle y no preocuparse de más?
—En modo alguno. Un envenenamiento habría dado lugar a las pesquisas consiguientes por parte de la Policía, a una autopsia... Por aquel procedimiento se lograba que un médico extendiera, sin más complicaciones, el certificado legal de defunción. Esto fue lo que ocurrió en realidad.
-¿Y qué quiere que haga yo? ¿Recurrir a la Brigada de Investigación Criminal? ¿Sugerir que sea desenterrado el cadáver de Palgrave? Se armará un escándalo terrible...
—Podría ser mantenido todo en secreto.
-¿Un secreto dentro de St. Honoré? ¿Qué dice usted, Graham? -Daventry suspiró-. Sea lo que sea, habrá que tomar una decisión. Ahora bien, si desea saber lo que pienso le diré que todo esto es un lío terrible.
—Estoy absolutamente convencido de ello —manifestó el doctor Graham.

CAPITULO ONCE

DE NOCHE, EN EL «GOLDEN PALM»

Molly repasó varias de las mesas del comedor. Quitaba aquí un cuchillo que sobraba, ponía allí derecho un tenedor o alineaba correctamente unos vasos para, a continuación, dar un paso atrás y contemplar el efecto del conjunto... Después salió a la terraza. No vio a nadie y la joven se encaminó al punto opuesto, apoyándose unos instantes en la balaustrada. Pronto se iniciaría otra velada. Sus huéspedes se entregarían despreocupadamente a la charla, al chismorreo, a la bebida... Era aquel tipo de vida que había ansiado llevar y, en verdad, que hasta unos días antes había disfrutado mucho. Ahora incluso Tim daba la impresión de estar preocupado. Era natural que ella anduviese igual. La aventura en que se habían embarcado tenía que terminar bien. No podía regatear esfuerzos en ese sentido. Tim había invertido cuanto poseía en aquella empresa.

«Pero no es el negocio lo que a él le preocupa», pensó Molly. «Sus preocupaciones se centran en mí. Y esto, ¿por qué? ¿Por qué?» No lograba dar con la explicación. Y, sin embargo, estaba segura de ello... Se lo habían dicho sus preguntas, sus rápidas miradas. «¿Por qué?», se preguntó una vez más Molly. «He obrado con todo género de precauciones.» Hizo un repaso mental de los últimos acontecimientos. No acertaba a recordar en qué punto o momento había comenzado aquello. Ni siquiera estaba segura de la naturaleza del hecho. Había empezado por sentirse atemorizada ante la gente. ¿Por qué causa? ¿Qué podían hacerle los demás?

Molly bajó la cabeza. Experimentó un fuerte sobresalto al notar que alguien le tocaba en el brazo. Dio la vuelta rápidamente, enfrentándose entonces con Gregory Dyson, levemente desconcertado, que se dirigía a ella hablándole en un tono de excusa:

-¡Te veo siempre tan abatida! ¿Te asusté, pequeña?

A Molly le disgustó profundamente que Dyson la llamara «pequeña». Se apresuró a contestarle:

-No le oí acercarse, señor Dyson, y debido a eso llegó a asustarme.

-¿«Señor Dyson»? ¡Huy, qué ceremoniosos estamos! ¿No formamos todos acaso, aquí dentro, una especie de familia, una familia dilatada y feliz? Está Ed *y yo,* Lucky, Evelyn y tú misma, Tim, Esther Walters y el viejo Rafiel... Sí, somos como una gran familia.

«Debe haber bebido mucho esta noche ya», pensó Molly,

obsequiando a su huésped con una sonrisa.
—Conviene las más de las veces que los regentes del establecimiento se mantengan en su sitio, cumpliendo estrictamente con sus obligaciones -respondió Molly, restando con el gesto gravedad a sus palabras—. Tim y yo creemos que es más cortés no llamar a nuestros huéspedes por sus nombres de pila.
—¡Bah, bah! Dejemos el negocio a un lado... Ahora, Molly, querida, vamos a echar los dos un traguito.
—Invíteme más tarde, si quiere. En estos momentos tengo bastantes cosas que hacer todavía.
—No huyas — Gregory Dyson cogió a Molly del brazo-. Eres muy atractiva, muchacha. Espero que Tim sepa darse cuenta de su buena suerte.
—¡Ya me encargo yo de que sea así! -exclamó ella, de muy buen humor.
—Yo te dedicaría todo mi tiempo, querida. Sí. No me costaría ningún trabajo... Claro que no quisiera que mi mujer me oyese decir esto.
—¿Han tenido ustedes un buen viaje esta tarde?
—Me parece que sí... Entre tú y yo, Molly: a veces me canso. Los pájaros y las mariposas llegan a aburrirle a uno. ¿Qué te parece si tú y yo, por nuestra cuenta, hiciéramos una excursión cualquier día de éstos?
—Nos ocuparemos de eso a su debido tiempo —declaró Molly alegremente-. Espero con ansiedad ese momento -añadió burlona. Escapó de allí con unas leves risas, regresando al bar.

—Hola, Molly -dijo Tim—. ¿Y eso, por qué corres? ¿Con quién estabas ahí fuera?
—Con Gregory Dyson.
—¿Qué quería?
—Estaba intentando conquistarme —contestó Molly, sencillamente.
—¡Maldita sea! Le voy a...
—No te preocupes, Tim. Sé muy bien lo que he de hacer para que no se atreva a pasar de unas cuantas frases sin importancia.
Cuando Tim iba a contestar a las últimas palabras de su mujer descubrió a Fernando, marchándose entonces en dirección a él al tiempo que le daba algunas instrucciones. Molly se fue a la cocina, cruzó ésta y por la escalerilla exterior descendió a la playa.

Gregory Dyson lanzó un juramento. Después echó a andar lentamente hacia su «bungalow». Cerca ya de éste oyó una voz que le hablaba desde las sombras de unos arbustos. Volvió la cabeza,

sobresaltado. Pensó hallarse frente a un fantasma. Luego se echó a reír. En la figura que descubriera a unos pasos de él, no se descubría a primera vista el rostro porque era negro, destacando, en cambio, la blancura inmaculada del atuendo.
Victoria abandonó el escondrijo de los arbustos, saliéndole al paso.
-Por favor... ¿Es usted el señor Dyson? —preguntó la joven.
-Sí. ¿Qué ocurre?
Avergonzado por un instintivo sobresalto, Dyson hablaba con cierto tono de impaciencia.
-Le he traído esto, señor —Victoria le tendía un frasco de tabletas— Es suyo, ¿verdad?
-¡Oh! Mi frasco de tabletas de «Serenite». Naturalmente que es mío. ¿Dónde lo has encontrado, muchacha?
-Lo encontré donde alguien lo colocó: en la habitación del caballero.
-¿La habitación del caballero? ¿Y eso qué es lo que quiere decir?
-Me refiero al caballero que murió —añadió la joven gravemente-. No creo que el pobre señor descanse muy bien en su tumba.
-¿Y por qué diablos piensas así?
Victoria guardó silencio, permaneciendo con la mirada fija en el rostro del señor Dyson.
-Todavía no he comprendido bien lo que me has dicho. Tú aseguras haber hallado este frasco de tabletas en las habitaciones del comandante Palgrave, ¿no es así?
-Sí, señor. Cuando el doctor y los hombres de Jamestown se hubieron marchado me encargaron que recogiese las cosas del comandante para tirarlas, esto es: los polvos para los dientes, las lociones... Todo eso.
-¿Y por qué no tiraste esto también?
-Porque esto era suyo. Usted lo echó de menos. ¿No recuerda que me preguntó por el frasco?
-Sí... pues... sí, es verdad. Creí... creí haberlo extraviado.
-No; no lo extravió. Esas tabletas se las quitaron a usted para ponerlas entre las cosas del comandante Palgrave.
-¿Cómo sabes tú eso? -inquirió Dyson agriamente.
-Lo sé, porque lo vi. —Victoria sonrió. Hubo un blanquísimo centelleo en sus labios-. Alguien puso la botellita en la habitación del caballero. Ahora yo se la devuelvo.
-Un momento... Espera. ¿Qué has querido decir? ¿Qué es... qué es lo que tú viste?
Victoria se alejó por donde había llegado, perdiéndose entre las sombras de los arbustos cercanos. El primer impulso de Greg fue echar a correr tras ella. Se detuvo inmediatamente. Quedóse en actitud pensativa, rascándose la barbilla.

-¿Qué te pasa, Greg? ¿Has visto algún duende? -le preguntó su mujer, avanzando por el camino, procedente del «bungalow» que ocupaban.
-Durante unos segundos eso fue precisamente lo que creí, aunque te rías.
-¿Con quién estabas hablando?
-Con esa chica nativa que limpia el «bungalow». Se llama Victoria, ¿verdad?
-¿Qué quería? ¿Hacerte la rueda?
-No seas tonta, Lucky. A esa muchacha se le ha metido en la cabeza una idea estúpida.
-Explícate.
-¿No te acuerdas de que el otro día no lograba encontrar mis tabletas de «Serenite»?
-Eso me dijiste.
-¿Qué quieres darme a entender con esa frasecita? «¡Eso me dijiste!»
-¡Oh, Greg! ¿Vas a dedicarte a analizar ahora cada una de las palabras que pronuncie?
-Lo siento, Lucky -repuso Greg-. Todos andamos nerviosos estos días. —A continuación le mostró el frasquito—. Esa chica me lo ha traído.
-¿Te lo había quitado?
-No. Lo encontró en no sé dónde...
-¿Y qué? ¿Qué hay de particular, de misterioso, en todo ello?
-¡Oh, nada! -declaró Greg-. Es que la muchacha consiguió irritarme.
-Bueno, Greg. Olvidemos eso... ¿Te parece bien que bebamos algo antes de sentarnos a la mesa?

Molly había bajado a la playa. Cogió uno de los viejos sillones de mimbre, uno de los más estropeados, que casi nadie utilizaba ya. Permaneció sentada, inmóvil, frente al mar unos minutos. De pronto bajó la cabeza y tapándose el rostro con ambas manos estalló en sollozos. Luego oyó un rumor de pasos y al levantar la vista se encontró con la figura de la señora Hillingdon, quien la miraba en silencio.
—Hola, Evelyn. Perdone. No la oí llegar.
—¿Qué te pasa, criatura? —le preguntó Evelyn-. ¿Hay algo que marcha mal? —Tomando otro sillón, se sentó a su lado—. Vamos, cuéntame.
—No, no es nada...
—¿Dejará de pasarte algo, hija? No se busca la soledad para llorar sin un motivo justificado. ¿Es que no puedes contármelo? ¿Ha

ocurrido algo entre tú y Tim?
—¡Oh, no!
—Me alegro de que así sea. Vosotros dais la impresión de ser una pareja perfecta, feliz.
—Igual que usted y su marido —repuso Molly—. Tim y yo siempre hemos comentado que es un espectáculo maravilloso el que ofrecen los dos... He ahí lo difícil: sentirse feliz tras muchos años de matrimonio.
—¡Oh!
Evelyn pronunció esta exclamación casi involuntariamente. Molly no supo interpretar su significado.
—Son muy frecuentes la disidencias entre marido y mujer, de modo especial andando el tiempo. Hay parejas que se quieren mucho y, sin embargo, discuten por cualquier cosa y, lo que es más lamentable, lo hacen en público incluso.
—Cierta clase de gente disfruta así, al parecer -manifestó Evelyn.
—Yo creo que eso es horrible.
—Lo es, por supuesto.
—Ahora, que al verla a usted con Edward...
—Mira, Molly... No consiento que te figures algo que no es. Edward y yo... -Evelyn hizo una pausa-. Si quieres saber la verdad te diré que apenas hemos cruzado unas palabras en privado en estos últimos tres años.
—¿Qué? —Molly miró a su interlocutora, aterrada—. No... no puedo creerlo.
—Claro. Es que los dos somos buenos actores. No. No se nos puede incluir entre esas parejas que riñen en público, ciertamente. Aparte de que en realidad no tenemos por qué llegar a eso.
—Pero, ¿qué es lo que les ha sucedido a ustedes?
—En nuestro caso ha sucedido lo de siempre.
—¿Lo de siempre? ¿Otra...?
—Sí, otra mujer. Y creo que no te será muy difícil averiguar quién es...
—¿Se está usted refiriendo a la señora Dyson? ¿A Lucky?
Evelyn asintió.
—Ya me di cuenta hace tiempo de que siempre andaban flirteando —declaró Molly—, pero juzgué que no se trataba de nada...
—De nada importante, ¿verdad? Pensaste que no habría nada de censurable en su actitud...
—Bien. ¿Y por qué...? —Molly hizo una pausa, intentando expresar su pensamiento con toda frialdad—. ¿Y usted no...? Me parece que no debiera hacerle ninguna pregunta.
—Puedes preguntar lo que quieras —dijo Evelyn—. Estoy cansada

de callar siempre, de aparecer a los ojos de todos como lo que no soy: una esposa mimada y feliz. Lucky es la culpable de que Edward haya perdido la cabeza. Fue tan estúpido como para ir en mi busca y contarme lo que pasaba. Me imagino que pensaría que esto haría que yo me sintiera mejor. Un hombre sincero, honorable. Sí. Todo lo que él quería, pero ni por un momento se le ocurrió pensar que aquel hecho podía ser para mí un golpe tremendo.
—¿Quiso dejarla?
Evelyn movió la cabeza, denegando.
—Tenemos dos hijos, ¿sabes? Les queremos mucho. Están, como internos, en un colegio de Inglaterra. No quisimos deshacer nuestra casa. Además, Lucky tampoco aceptaba divorciarse de su marido. Greg es un hombre muy rico. Su primera esposa le dejó una gran cantidad de dinero. Convinimos en vivir y dejar vivir... Edward y Lucky en su feliz inmoralidad, y Greg en su ciega ignorancia. Edward y yo quedamos como amigos.
Estas últimas palabras fueron pronunciadas por Evelyn con un claro acento de amargura.
—Pero... ¿Puede usted soportar una vida semejante?
—Una se acostumbra a todo. Sin embargo, a veces...
—Siga, siga usted, Evelyn.
—A veces siento deseos de matar a esa mujer.
Molly se asustó al observar la pasión con que Evelyn pronunció aquella frase.
—No hablemos más de mí —propuso Evelyn—. Ocupémonos ahora de ti. Quiero saber cuál es la causa de tus preocupaciones.
Molly calló un momento antes de responder:
—Pues no se trata más que de... Bueno, creo que no me encuentro muy bien.
—¿Que no te encuentras bien? A ver, a ver, explícate mejor.
Molly hizo un gesto de angustia.
—Estoy asustada, terriblemente asustada...
—Asustada... ¿por qué?
—Lo ignoro -repuso Molly-. Lo único que sé es que tengo miedo, un miedo terrible, cada vez más... Cualquier cosa me produce un gran sobresalto, un rumor en la arboleda, unos pasos... Me inquietan algunas frases de la gente que está a mi alrededor, empeñándome en hallar en las mismas sentidos que no tienen. Experimento en algunas ocasiones la sensación de que alguien me vigila, de que soy observada... Yo pienso que debe de haber una persona que me odia. En esto acabo afirmándome siempre.
—¡Pobre criatura! —exclamó Evelyn apenada—. ¿Desde cuándo te ocurre todo eso?

—No recuerdo... Ha sido una cosa gradual. Y paso por otras pruebas también.
—¿Qué clase de pruebas?
—Hay ocasiones en que no me acuerdo de nada por unos momentos.
—Es decir, sufres algo así como una amnesia temporal, ¿verdad?
—Sí, eso debe ser. En tales instantes no me es posible recordar qué hice una hora o dos antes.
—¿Cuándo suelen pasarte esas cosas?
—A cualquier hora del día. Siento como si hubiera estado en otros sitios, diciendo o haciendo algo que no consigo recordar, en compañía de otras personas.
Evelyn estaba verdaderamente impresionada.
—Querida Molly: debieras ir a ver cuanto antes a un médico.
—No, no. No quiero ver a ningún médico. ¡Ni hablar de eso, Evelyn!
Ésta escrutó el rostro de la joven, tomando afectuosamente una de sus manos entre las suyas.
—Es probable que todo lo que te asusta no sean más que figuraciones tuyas, Molly. Ya sabes que existen trastornos nerviosos que no encierran gravedad alguna. El médico a quien consultaras te fijaría un tratamiento adecuado y podrías recuperarte en seguida.
—Tal vez todo no fuera tan sencillo como asegura usted. Quizá me dijera que lo que a mí me pasa es algo muy grave, lo cual aún me descorazonaría más.
—Pero, criatura, ¿en qué te fundas para pensar así?
Molly guardó silencio de nuevo, respondiendo, de una manera más vacilante que nunca:
—Sí, ya sé que no hay en mi caso un motivo que justifique tal suposición...
—¿Tienes familia? ¿Vive tu madre? ¿Dispones de alguna hermana? ¿No podrían venir aquí para atenderte durante una temporada?
—No puede contar con mi madre. Nunca me entendí bien con ella. Tengo hermanas, sí. Están casadas, pero me imagino que vendrían aquí si yo las llamara, si tuviese necesidad de ellas. No es mi propósito, sin embargo. No quiero saber nada de nadie... de nadie que no sea Tim.
Evelyn inquirió curiosa:
—¿Está enterado de todo esto Tim? ¿Le has puesto al corriente?
—Debo confesar que no —repuso Molly—. Pero le veo triste y tan preocupado como yo. Vive pendiente de mis menores gestos. Se conduce como si intentara ayudarme, como si pretendiera interponerse entre mí y esos fantásticos enemigos de mis

pesadillas. Si él se comporta de este modo es porque estoy necesitada de protección, ¿no?
-A mí me parece que mucho de lo que a ti te pasa es efecto de una imaginación desbocada. Continúo pensando en que lo mejor sería, de todas maneras, que consultaras con un doctor.
—¿Con el viejo doctor Graham, por ejemplo? Creo que esto no me reportaría nada bueno.
—En la isla hay otros médicos.
-En realidad, me encuentro recobrada ya -alegó Molly-. No debo pensar más en esas cosas. Supongo que está usted en lo cierto: que sólo son jugarretas de la imaginación. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué tarde se me ha hecho! Debería estar ya en el comedor, trabajando. Perdóneme, Evelyn. No tengo más remedio que volver al hotel.
Molly se despidió de Evelyn Hillingdon con una expresiva mirada, echando a correr. Aquélla observó cómo su figura se desvanecía en la creciente oscuridad.

CAPITULO DOCE

«AQUELLOS POLVOS TRAEN ESTOS LODOS»

-Creo haber dado con algo bueno, hombre.
-¿Qué dices, Victoria?
-Creo haber dado con algo bueno, que nos puede proporcionar dinero y en abundancia.
-Ten cuidado, muchacha, no vayas a meterte en un lío. Mejor sería que me explicaras de qué se trata.
Victoria se echó a reír de buena gana.
-Aguarda. Ya verás. Yo sé muy bien cómo he de jugar esta baza. En este asunto hay dinero, en cantidad, sí. He visto unas cosas y adivino otras. Y me parece que no me equivoco.
De nuevo la chica soltó la espita de sus risas...

—Evelyn...
—¿Qué quieres?
Evelyn Hillingdon hablaba mecánicamente, sin demostrar el más leve interés. Ni siquiera miró a su esposo.
—Evelyn: ¿qué te parece si yo acabara con todo esto y regresáramos los dos a Inglaterra?
Ella había estado peinando sus oscuros cabellos. Ahora dejó caer los brazos abandonadamente a lo largo de su cuerpo. Volvióse hacia su marido.
—Pero... ¡Si acabamos de llegar aquí? No llevamos más de tres semanas...
—Ya lo sé. No obstante, ¿qué te parece mi propuesta?
Ella le miró incrédula.
—¿Quieres regresar de veras a Inglaterra, a nuestra casa? ¿Piensas separarte de Lucky?
Su marido pestañeó.
—¿Has estado siempre pendiente de eso? ¿Sospechabas que aún había algo entre los dos?
—Naturalmente.
—Nunca dijiste nada.
—¿Para qué? Dejamos solucionado ese asunto hace años, ¿no recuerdas? No quisimos romper del todo. Accedimos a seguir caminos distintos... salvando las apariencias. —Antes de que su esposo pudiera responder, Evelyn le preguntó—: ¿Por qué te muestras ahora dispuesto a volver a Inglaterra?

—No me es posible prolongar más tiempo esta situación, Evelyn. No, no puedo.
Evelyn apreciaba algo indudable: habíase operado una profunda transformación en Edward. Vio que las manos de éste temblaban, que tragaba saliva, que su calmosa faz, reacia a reflejar cualquier emoción, se desfiguraba como en una mueca de dolor.
—Por el amor de Dios, Edward, dime: ¿qué pasa?
—No pasa nada. Sencillamente, quiero marcharme de aquí.
—Tú te enamoraste apasionadamente de Lucky. ¿Qué? ¿Ya no hay nada de eso? ¿Es esto lo que querías decirme?
—Sí. Naturalmente, supongo que no volverás a ser la de antes...
—¡Oh! Por favor, dejemos esa cuestión a un lado. Yo quisiera descubrir cuál es la causa de tu trastorno, Edward.
—No estoy trastornado... -sostuvo él débilmente.
—Sí que lo estás. Y, ¿por qué?
—¿No es evidente la causa? —inquirió Edward traicionándose.
—No lo es —repuso Evelyn-. Reflejemos la situación en términos concretos. Tuviste un «asunto» con una mujer. Es algo que sucede a menudo. Y ahora todo ha terminado. ¿O no ha terminado? Tal vez no, por parte de ella. ¿Me equivoco? ¿Se ha enterado Greg? Me he hecho en diversas ocasiones esta pregunta.
—Lo ignoro — respondió Edward -. Él no ha dicho nunca nada. Yo le veo tan cordial como siempre.
—¡Qué torpes pueden llegar a ser los hombres! —exclamó Evelyn, pensativa-. Veamos... Quizá Greg haya centrado ahora su interés en una mujer determinada. Sí. Esto también puede ocurrir.
—Ha intentado conquistarte, ¿verdad? —preguntó Edward—. Respóndeme... Yo sé lo que él ha...
—¡Oh, sí! Pero eso no tiene nada de particular —dijo Evelyn, despreocupadamente-. Es lo que hace siempre que frecuenta el trato de una mujer, sea quien sea. Greg está hecho así. No pone corazón en sus intentonas. Se conduce de una manera puramente instintiva.
—¿Te interesa él, Evelyn? Preferiría saber la verdad.
—¿Hablas de Greg? Le he tomado afecto... Me divierte. Es un buen amigo.
—¿No hay más? Quisiera creerte.
—No acierto a explicarme qué puede importarte ese detalle a ti —manifestó Evelyn secamente.
—Supongo que me tengo más que merecida tu respuesta.
Evelyn se acercó a la ventana de la habitación, echó un vistazo al exterior y tornó a su sitio.
—Deseo muy de veras, Edward, que me digas qué es

concretamente lo que motiva tu inquietud actual.
—Ya te lo he dicho.
—Es extraño...
—Tú no comprendes, desde luego, hasta qué punto una aventura como ésta parece una auténtica locura cuando ha quedado atrás.
—Puedo forzar, en cambio, la imaginación. Hay una cosa que me preocupa: Lucky te retendrá, probablemente, con mano de hierro. No la veo en el papel de amante desdeñada. Será una tigresa con sus garras correspondientes. Tienes que decirme la verdad, Edward. No hay otro camino si deseas que yo permanezca a tu lado.
Edward bajó la voz para declarar:
—Si no me aparto de ella pronto... la mataré.
— ¿Hablas de matar a Lucky? ¿Por qué habías de hacer eso?
—Por lo que me obligó a llevar a cabo...
—¿Qué fue?
— La ayudé a cometer un crimen.
Las últimas palabras quedaron como flotando en el aire de la habitación... Hubo un silencio. Evelyn no perdía de vista a su marido.
—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?
—Sí. Yo no sabía lo que hacía... Me encargaba que le llevara ciertos productos de la droguería, acerca de cuyo destino no tenía la más leve idea... Logró hacerme copiar una receta que ella guardaba.
—¿Cuándo sucedió esto?
—Hace cuatro años. Estando nosotros en Martinica. Cuando... cuando la esposa de Greg...
—¿Te refieres a la primera esposa de Greg? ¿A Gail? ¿Sugieres que Lucky la envenenó?
—Sí. Yo la ayudé. Al comprender...
Evelyn interrumpió a su marido.
—En el momento en que comprendiste la situación, tal como se hallaba planeada, Lucky se apresuraría a recordarte que habías sido *tú* quien escribiera la receta, *tú* quien comprara las drogas... Te haría ver que en ese asunto andabais juntos y que no podíais separaros. ¿Me equivoco?
—No. Lucky me aseguró que había obrado de aquel modo por compasión, ya que Gail sufría, habiéndole rogado que arbitrara algún modo para acelerar su fin.
—¡La mató por piedad! ¿Y tú lo creíste?
Edward Hillingdon meditó su respuesta:
—No... En realidad, no. Acepté su explicación porque *necesitaba*

creerla. Lucky me dominaba entonces.
—Y más tarde, cuando contrajo matrimonio con Greg, ¿seguiste creyéndola?
-Me obstiné en eso...
-¿Y qué es lo que Greg sabe de todo esto?
-Nada en absoluto.
-Vamos, Edward. No querrás que sea tan crédula como tú, ¿verdad?
Edward Hillingdon pareció perder los estribos al llegar aquí.
-Evelyn... Deseo con toda mi alma apartarme de ella. Esa mujer me recuerda a cada paso lo que yo me presté a hacer. Sabe que ya no tiene influencia sobre mí y se vale de las amenazas para manejarme a su antojo. ¿Qué influencia va a tener si he llegado a odiarla? No obstante, aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para que no olvide que estoy ligado a ella, por la criminal empresa en que colaboramos...
Evelyn echó a andar de un lado a otro de la habitación. Después se detuvo, enfrentándose con su esposo.
-Lo que a ti te pasa, Edward, lo malo de tu carácter, es que eres ridículamente sensible e increíblemente apto para acoger las más disparatadas sugerencias. Esa endiablada mujer te ha llevado donde ha querido utilizando astutamente tu sentido personal de la culpabilidad. Voy a explicarte esto en claros y contundentes términos bíblicos... El delito que pesa sobre ti es el adulterio y no el asesinato. Te sentías culpable al iniciarse tu relación con Lucky y ésta se valió de ti como quiso al idear su criminal plan, logrando que compartieras moralmente su culpa. No hay duda de eso, prácticamente.
Edward echó a andar hacia su esposa...
-Evelyn...
Ésta retrocedió, escrutando su faz.
-Edward... ¿Es verdad todo lo que me has dicho? ¿Lo es? ¿O bien se trata de una invención tuya?
-¡Evelyn! ¿Por qué había de mentirte? ¿Qué podía lograr con ello?
-No lo sé -respondió ella-. Hablo así porque ahora me cuesta mucho trabajo creer a... quienquiera que sea, porque... ¡Oh, no sé! Supongo que ya no sé distinguir la verdad cuando ésta se ofrece a mis oídos o a mis ojos.
-Dejemos esta isla... Regresemos a Inglaterra.
-Sí. Eso es lo que haremos. Pero no ahora.
-¿Por qué no ahora?
-De momento debemos seguir llevando la misma vida. Procura que Lucky no sepa lo más mínimo acerca de esta conversación.

CAPITULO TRECE

MUTIS DE VICTORIA JOHNSON

La velada llegaba a su fin. Los miembros de la estrepitosa orquesta cedían ya en sus esfuerzos. Tim permanecía de pie, junto a una de las salidas que daban a la terraza. Apagó unas cuantas lamparitas correspondientes a varias mesas abandonadas ya por sus ocupantes.
De pronto percibió unas palabras pronunciadas por alguien a su espalda:
—¿Podría hablar con usted un momento, Tim?
Éste se volvió.
—Hola, Evelyn... ¿En qué puedo servirla?
Ella miró a su alrededor.
— Sentémonos un instante en esta mesa...
Condujo al joven hasta aquélla, situada en el otro extremo de la terraza. No vieron a nadie en torno a ellos.
—Dispense que le hable en estos términos, Tim. No quiero asustarle, pero debo confesar que Molly me preocupa mucho.
La expresión del rostro del joven cambió en seguida.
—¿Qué le sucede a Molly?
—No creo que se encuentre muy bien. La veo alterada, bajo los efectos de una profunda depresión nerviosa.
—Últimamente no es ella la única persona que se halla en tales condiciones. Todos andamos desquiciados por una razón u otra.
—A mí me parece que debiera consultar con un médico su caso.
—Sí, y yo pienso igual, pero ella se niega a ir a ver a nadie.
— ¿Por qué?
—¿Eh?
-Le he preguntado por qué se niega a consultar con un médico su esposa.
Tim dio una respuesta bastante imprecisa a estas palabras.
—Eso suele pasarle a mucha gente. No sé exactamente por qué motivo. Tales pacientes, pésimos enfermos, miran al doctor con aversión y temor.
—A usted Molly le ha estado preocupando estos días ¿verdad, Tim?
—En efecto. Y aún continúo lo mismo.
— ¿No podría usted hacer venir aquí a un familiar suyo para que cuidara de ella?

—No. Eso agravaría la situación.
—¿Qué pasa con la familia de su mujer?
—Nada que sea nuevo. Molly es muy severa, tiene otro carácter, y no se ha llevado nunca bien con los suyos, especialmente con su madre. Componen una familia... rara, más bien, en ciertos aspectos. Molly decidió finalmente, hace tiempo, romper con todos. Fue una medida acertada, sin lugar a dudas.
Evelyn apuntó, vacilante:
—De vez en cuando, Molly sufre ataques de amnesia, a juzgar por lo que ella me contó. La gente le da miedo. Padece frecuentemente en cierto modo de manía persecutoria.
—¡No diga usted eso! —exclamó Tim, enfadado—. ¡Manía persecutoria! Son muchos los que hablan así refiriéndose a otros. No ocurre más que esto: Molly está nerviosa... Nunca había vivido en estas tierras, las fabulosas Indias Occidentales. Ve muchos rostros oscuros a su alrededor. Ya sabe usted que se han inventado innumerables historias sobre la gente de estas islas y la tierra en que viven.
—Pero ese sobresalto continuo en que ahora vive Molly...
—La gente se asusta de las cosas más extrañas y dispares. Hay quien sería capaz de vivir en una habitación llena de gatos. Y hay quien se desmaya cuando le cae encima una insignificante sanguijuela.
—Me desagrada hacerle esta propuesta, pero... ¿no cree conveniente llevar a Molly a un psiquiatra?
—¡No! -respondió Tim, violento-. No consentiré que ese tipo de farsantes la conviertan en un conejillo de Indias. Esa gente agrava la situación de sus enfermos. Si su madre hubiese abandonado a los psiquiatras a tiempo...
—Así pues, ¿sufrió la madre de su mujer trastornos mentales? ¿Ha habido en su familia casos de... desequilibrio?
Evelyn había escogido con todo cuidado esta última palabra.
—No quiero hablar de ello. Separé a Molly de toda su gente y siempre se ha encontrado bien. Últimamente se ha dejado llevar demasiado de sus nervios... Pero, bueno, esas cosas, además, no son hereditarias. Esto lo sabe todo el mundo hoy en día. Molly es una mujer perfectamente normal. Es que... ¡Oh! Yo creo que fue la muerte de Palgrave el origen de sus actuales trastornos.
—Ya comprendo —contestó Evelyn pensativamente—. Pero, ¿qué preocupaciones podía acarrear a nadie el fallecimiento del comandante?
—Tiene usted razón, Evelyn. Sin embargo, no hay que negar que las muertes repentinas siempre resultan impresionantes.

Tim Kendal era la viva imagen del desaliento. Evelyn se conmovió. Dejó caer una mano sobre su brazo.
—Me consta que no necesita usted a nadie que le sirva de guía... No obstante, si precisa de mi ayuda, para lo que sea (por ejemplo podría acompañar a Molly a Nueva York), me tiene a su disposición. En esa ciudad o en Miami podría ser atendida por médicos de reconocida solvencia.
—Es usted muy amable, Evelyn, pero... Molly se encuentra perfectamente. Se sobrepondrá a esos trastornos de que hemos estado hablando.
Evelyn hizo un gesto de duda. Alejóse de Kendal, echando un vistazo al interior del salón. La mayor parte de los huéspedes se habían marchado a sus «bungalows». Evelyn se encaminaba lentamente hacia su mesa para comprobar si se había dejado algo en ella cuando oyó a su espalda una exclamación proferida por Tim. Volvió la cabeza rápidamente. El joven miraba fijamente en dirección a la escalinata del final de la terraza. Entonces contuvo el aliento, asombrada...
Molly subía por allí, procedente de la playa. Respiraba angustiada, entre continuos sollozos. Su cuerpo oscilaba cada vez que daba un paso, como si anduviera sin rumbo fijo... Tim gritó:
—¡Molly! ¿Qué te pasa, Molly?
Kendal echó a correr hacia ella y Evelyn le siguió. La chica se encontraba ya en la parte superior de la escalera, donde se quedó plantada señalando a lo lejos. Con voz entrecortada dijo:
—La encontré ahí... Está ahí, entre los arbustos... entre los arbustos... Mirad mis manos. Sí. Miradlas...
Tendió los brazos en dirección a Evelyn y Tim...
Observaron en seguida unas manchas extrañas, oscuras, en sus manos. Evelyn sabía muy bien que a la luz del día aquéllas hubieran aparecido rojas a sus ojos.
Tim preguntó a su esposa, atropelladamente:
—¿Qué ha sucedido, Molly?
—Ahí abajo... —la muchacha vaciló. Por un instante pareció ir a caer al suelo, desmayada-. En los arbustos...
Tim no sabía qué hacer. Miró a Evelyn. Luego obligó a Molly a que se aproximara a ella. A continuación empezó a bajar la escalera, a toda prisa.
Evelyn pasó un brazo en torno a los hombros de la joven.
—Vamos, Molly. Siéntate aquí, ¿quieres? Voy a darte algo de beber. Ya verás cómo te notas mejor.
Molly se derrumbó sobre una silla, echándose de bruces encima de la mesa, hundiendo el rostro entre sus brazos. Evelyn se abstuvo de

hacerle pregunta alguna en aquellos momentos. Pensó que era más prudente dejar pasar unos minutos para que la pobre chica se recuperara.
—Vamos, Molly, no te apures —le dijo luego—. Esto no es nada.
—No sé... no sé qué sucedió —murmuró Molly—. No sé nada. No recuerdo nada. Yo... -levantó la cabeza de pronto-. ¿Qué me pasa a mí? ¿Qué me pasa?
—Tranquilízate, muchacha. Vamos, tranquilízate.
Tim subía lentamente por la escalinata de la terraza. Una mueca horrible desfiguraba su rostro. Evelyn levantó la vista, enarcando las cejas inquisitivamente.
—Se trata de una de nuestras sirvientas —manifestó—. ¿Cuál es su nombre...? Sí. Victoria. Alguien la ha apuñalado.

CAPITULO CATORCE

INDAGACIONES

Molly estaba tendida en su lecho. El doctor Graham y su colega el doctor Robertson, médico de la Policía local, se habían situado a un lado de aquél. Tim se encontraba frente a ellos. Robertson había cogido una de las manos de la joven para tomarle el pulso... Hizo una seña al hombre que vestido con el uniforme de la Policía se hallaba al pie de la cama. Tratábase del inspector Weston, de las fuerzas policíacas de St. Honoré.
—Procure que el interrogatorio sea breve —dijo el doctor.
—Comprendido —contestó el otro.
A continuación, preguntó, mirando a Molly:
—¿Quiere decirnos, señora Kendal, cómo descubrió el cuerpo de esa muchacha?
Por un momento todos experimentaron la impresión de que la figura que yacía en el lecho no había oído las palabras del inspector Weston. Luego percibieron una voz débil, que parecía venir de muy lejos...
-En los arbustos... Blanco...
-Sin duda distinguió usted algo blanco en la semioscuridad del lugar y se acercó *allí para* ver qué era... ¿Fue eso lo que ocurrió?
-Sí... blanco... estaba tendida. Intenté... intenté levantarla. Ella... sangre... sangre en mis manos...
Molly comenzó a temblar.
El doctor Graham miró expresivamente a su colega. Robertson susurró:
—No está en condiciones de declarar nada.
—¿Qué estaba usted haciendo en el camino de la playa, señora Kendal?
—Me... encontraba a gusto allí... junto al mar.
— ¿Identificó en seguida a la chica?
— Sí... Era Victoria..., una chica muy agradable..., siempre reía... ¡Oh! Y ahora... No. Ya no volveremos a verla reír jamás... No podré olvidar esto nunca... nunca...
Molly levantó gradualmente la voz. Parecía ir a ser presa de un ataque de histeria.
—Tranquilízate, Molly... Vamos, querida...
Era Tim quien acababa de hablarle así.
—No hable, no hable... —le ordenó el doctor Robertson,

imponiéndose dulcemente—. Descanse un poco. Ya verá qué bien se queda. Un leve pinchazo y...
El médico preparó una jeringuilla.
—No se hallará en condiciones de ser interrogada hasta que pasen veinticuatro horas, por lo menos —declaró—. Ya le avisaré a usted, inspector Weston.

El atlético negro miró, uno por uno, los rostros de los hombres que se habían sentado tras la mesa.
—Juro que eso es todo lo que sé —dijo.
Gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Daventry suspiró. El inspector Weston, de la Brigada de Investigación Criminal, que presidía la reunión, hizo un elocuente ademán. El fornido Jim Ellis salió de la habitación lentamente, arrastrando los pies.
—Desde luego, no ha declarado todo lo que sabe —sancionó Weston, que hablaba con la suave entonación peculiar de los habitantes de la isla—. Claro que no lograremos sacarle más, por muchos esfuerzos que hagamos.
— ¿No le cree complicado en el suceso? —inquirió Daventry.
—No. Parece ser que los dos se llevaban bien siempre.
—No estaban casados, ¿verdad?
Los labios del inspector Weston se distendieron en una leve sonrisa.
—No, no estaban casados. Poca gente contrae matrimonio en nuestra isla. Sin embargo, bautizan a los hijos. Victoria dio dos a ese hombre.
—Sea lo que sea lo que haya tras esto, ¿estima usted que Jim Ellis estaba de acuerdo con... con su mujer?
—Es probable que no. Seguramente a él le daba miedo meterse en un lío. Y me atrevería a afirmar que Victoria no había llegado a descubrir ningún secreto trascendental.
— ¿Le bastaría, quizá, para hacer chantaje?
—Yo no sé siquiera si me atrevería a emplear esa palabra. Dudo de que la joven conociese su significado. Cuando se percibe una cantidad por ser discreto no se puede hablar de chantaje propiamente dicho. Fíjese en esto: algunas de las personas que se hospedan aquí pertenecen a una categoría social definida, que no tiene más misión que vivir lo mejor posible. Su conducta, en cuanto a la moral, generalmente, deja bastante que desear, y esto se aprecia de buenas a primeras, sin otro trabajo que el de realizar una investigación superficial. Weston se expresaba en tono muy severo.
—Sí. Suele hacerse eso que usted ha señalado —manifestó Daventry—. Cuando una mujer, por ejemplo, no quiere que se

divulguen sus andanzas recurre a la treta de regalar algo a la doncella que la atiende normalmente. Existe entonces un convenio tácito. Con tales atenciones se compra la discreción de la servidora.
—Exactamente.
—Ahora bien —objetó Daventry—, aquí no hubo nada de eso. Nos hallamos nada menos que ante un asesinato.
—Dudo que la víctima creyese que andaba metida en algo serio. Lo más seguro es que viese algo que excitara su curiosidad, que presenciara algún chocante incidente. En el mismo, aquel frasco de tabletas desempeñaba su papel. Pertenecían al señor Dyson, tengo entendido. Será mejor que le veamos.
Gregory apareció en el cuarto con su aire cordial de siempre.
—Aquí me tienen -dijo-. ¿Puedo servirles en algo? ¡Qué desgracia lo de esa chica! Era muy simpática. A mi mujer y a mí nos agradaba mucho. Supongo que habrá reñido con el hombre con quien viviera... Me extraña esto, no obstante, porque siempre la veíamos contenta y despreocupada. Anoche mismo le gastó unas cuantas bromas...
—Señor Dyson: ¿es cierto que usted toma con regularidad un medicamento denominado «Serenite»?
—Completamente cierto. Viene preparado en forma de tabletas de un ligero color rosado.
—¿Toma usted las mismas por prescripción médica?
—Naturalmente. Puedo mostrarles recetas, si lo desean. Como tanta gente hoy en día, tengo la tensión alta.
—Pocas son las personas que saben eso de usted.
—No suelo hablar de ello. He sido siempre un hombre muy fuerte, de excelente salud. Jamás me han sido simpáticos los individuos que se pasan el día hablando de sus dolencias.
—¿Cuántas tabletas acostumbra usted tomar durante la jornada?
—Tres.
— ¿Está bien provisto de ellas normalmente?
—Sí. Siempre llevo en mis maletas media docena de frascos. Los guardo bajo llave. Sólo tengo al alcance de la mano el que estoy usando.
—Ese frasco fue precisamente el que usted echó de menos no hace mucho, según me han dicho...
—Exacto.
—¿Es cierto que le preguntó a esa muchacha indígena, a Victoria Johnson, si lo había visto?
—Sí.
— ¿Qué le contestó ella?
—Me contestó que la última vez que lo viera estaba en uno de los

estantes de nuestro cuarto de baño. Me anunció que lo buscaría.
—¿Qué ocurrió luego?
—Más adelante fue en mi busca... Había encontrado las tabletas. «¿Son las suyas?», me preguntó.
—Y usted respondió...
—«Desde luego que sí. ¿Dónde estaban?» Declaró que en el cuarto del comandante Palgrave. Inquirí: «¿Cómo diablos fueron a parar allí?»
—¿Y qué le contestó a eso?
—Me contestó que no lo sabía. Pero...
Dyson, vacilante, se interrumpió unos instantes al llegar aquí.
—Diga, diga, señor Dyson.
—Bien... Me dio la impresión de que sabía algo más de lo que estaba diciendo. Sin embargo, no presté mucha atención al incidente. En fin de cuentas no tenía mucha importancia. Como ya he dicho, siempre dispongo de algunos frascos de repuesto. Pensé que podía haber dejado aquél en el restaurante o en otro sitio cualquiera, de donde el viejo Palgrave lo cogería por un motivo u otro. Tal vez se lo echara al bolsillo con el propósito de devolvérmelo, olvidándose de ello más adelante.
—¿Y es eso cuanto sabe acerca de este asunto, señor Dyson?
—Eso es todo lo que sé. Lamento no poder serles de más utilidad. ¿Tiene importancia lo que les he comunicado? ¿Por qué?
Weston se encogió de hombros.
—Tal como están las cosas cualquier detalle puede resultar de la máxima importancia.
—Ignoro qué papel cabría atribuir a mis tabletas. Yo me figuré que ustedes querrían saber cuáles fueron mis movimientos alrededor de la hora en que esa pobre muchacha fue apuñalada. He anotado todos aquéllos por escrito con el mayor cuidado posible.
Weston parecía pensativo.
—¿De veras? Hay que reconocer que es usted muy servicial, señor Dyson.
—Pensé que así les ahorraba trabajo —alegó Greg, tendiéndole un papel. Weston lo estudió. Daventry aproximó su silla a la de él y se puso a leer por encima de su hombro.
—Esto está muy claro —manifestó Weston un minuto o dos después—. Hasta las nueve menos diez minutos usted y su esposa estuvieron en su «bungalow», vistiéndose. A continuación se marcharon a la terraza, donde en compañía de la señora Caspearo bebieron algo. A las nueve y cuarto se unieron a ustedes los señores Hillingdon, entrando seguidamente todos al comedor. Por lo que usted recuerda, debieron acostarse a las once y media.

Se calló, esperando la contestación.
—Así es -dijo Greg-. No sé en realidad a qué hora fue asesinada esa joven...
Por la entonación, las palabras de aquél parecían más bien una pregunta. El inspector Weston, sin embargo, hizo como si no lo hubiera advertido.
—Tengo entendido que encontró el cadáver la señora Kendal. ¡Qué impresión tan terrible debió experimentar!
—Efectivamente. El doctor Robertson tuvo que administrarle un calmante.
-Eso ocurrió a una hora avanzada ya, ¿no?; es decir, cuando la mayor parte de los huéspedes se habían ido a la cama...
-Sí.
-¿Habían transcurrido muchas horas desde el momento de su fallecimiento? Me refiero al espacio de tiempo que medió entre el momento del asesinato y el macabro hallazgo de la señora Kendal.
-No sabemos exactamente a qué hora se produjo -declaró sencillamente el inspector.
- ¡Pobre Molly! ¡Qué experiencia tan desagradable le ha tocado vivir! La verdad es que anoche la eché de menos entre nosotros. Me figuré que la habría retenido en sus habitaciones alguna jaqueca o cualquier indisposición por el estilo.
-¿Cuándo vio usted por última vez a la señora Kendal?
-¡Oh! Muy temprano. Antes de regresar a mi «bungalow» para cambiarme de ropa. Estaba echando un vistazo a las mesas, dándoles los toques definitivos. Arreglaba los cubiertos, ponía un cuchillo en su sitio, etcétera.
-Ya, ya...
-La vi muy animada -señaló Greg-. Bromeó, incluso... Es una gran muchacha Molly. Todos la queremos. Tim es un hombre afortunado.
-Bueno, hemos de darle las gracias, señor Dyson. ¿No recuerda nada nuevo referente a la declaración de Victoria cuando le devolvió sus tabletas?
-No recuerdo más de lo que le he contado. Habiéndole preguntado a esa chica dónde había hallado mi frasco de «Serenite», me contestó que en la habitación de Palgrave.
-¿Quién lo pondría allí? ¿No tenía ella ninguna idea acerca de eso?
-No creo... En realidad, no recuerdo.
-Muchas gracias, señor Dyson. Gregory se marchó.
-¡Qué previsor! -exclamó Weston, tabaleando con las uñas de sus dedos índice y anular sobre el papel que tenía delante-. Ese hombre ha demostrado ciertamente un gran interés por darnos a conocer con toda exactitud lo que hizo anoche.

-Demasiado interés, ¿no le parece? -comentó Daventry.
-No sé qué decirle... Usted sabe que hay gente que vive en una perpetua inquietud, temiendo verse complicada en cualquier asunto sucio... Y no es porque sean culpables de algo quienes así sienten.
-Bueno, ¿y no pudo darse una oportunidad ideal, que el asesino aprovechara? Aquí casi nadie puede presentar una coartada perfecta, impecable, si pensamos en la existencia de la ruidosa orquesta y las entradas y salidas constantes del salón efectuadas por los que allí se encuentran. La gente se levanta, abandona las mesas, regresa. Los hombres salen a estirar las piernas. Dyson pudo haberse escabullido un momento. Cualquier otra persona dispuso de una ocasión semejante. Aquél parece empeñado en probar de una manera contundente que no salió —Daventry bajó la vista, fijándola pensativamente en el papel—. Tenemos a la señora Kendal ordenando los cuchillos en ésta o en aquella mesa... Yo me pregunto si ese hombre cogería uno de ellos con un propósito determinado.
-¿Le parece eso probable a usted?
El otro consideró un momento la pregunta.
-Lo estimo posible.
De pronto se oyó un gran alboroto al otro lado de la puerta de la habitación en que se encontraban los dos hombres. Alguien chillaba, exigiendo acaloradamente que le dejasen pasar.
-Tengo algo que declarar. Tengo algo que declarar. ¡Llévenme en presencia de esos señores!
Un policía uniformado abrió la puerta.
-Se trata de uno de los cocineros del hotel, señor -explicó aquél, dirigiéndose a Weston-. Insiste en verle a usted. Dice que hay algo que es necesario que se sepa.
Entró un hombre muy moreno, tocado con un gorro blanco. Era uno de los subalternos que trabajaban en la cocina del establecimiento. No había nacido en St. Honoré, sino en Cuba.
-Tengo que decirle algo, señor... Ella cruzó la cocina, cuando yo me encontraba en ella. Llevaba un cuchillo en la mano. Un cuchillo, sí. Llevaba un cuchillo en la mano... Desde la cocina pasó al jardín. La vi...
-¡Cálmese, amigo, cálmese! -recomendó Daventry-. ¿De quién nos está hablando?
-Voy a decirles de quién les hablo... Les hablo de la esposa del jefe. De la señora Kendal. Les hablo de ella, sí. Llevaba un cuchillo en la mano y se perdió en la oscuridad. Esto ocurrió antes de la cena... *Y la señora Kendal no regresó.*

CAPITULO QUINCE

PROSIGUEN LAS INDAGACIONES

-¿Podríamos hablar con usted unos minutos, señor Kendal?
-¡Por Dios, señores! ¡No faltaba más!
Tim había levantado la vista. Hallábase sentado tras su mesa de trabajo. Colocó a un lado varios papeles y señaló a sus visitantes unas sillas. Tenía la faz demacrada. Parecía estar extenuado.
-¿Qué tal van esas pesquisas? ¿Han dado algún paso adelante? —preguntó-. Cualquiera diría que alguien nos ha echado una maldición. Los huéspedes tienen prisa por irse; no hacen otra cosa que encargar pasajes aéreos. Y eso viene a sucedemos cuando todo marcha sobre ruedas, cuando el éxito parecía estar asegurado. ¡Oh! Ustedes no pueden imaginarse qué significa este negocio, este hotel, para mí y para Molly. Hemos invertido en él cuanto poseíamos.
-Se enfrenta usted con una dura prueba, efectivamente, señor Kendal —respondió el inspector Weston—. Lamentamos todos este alboroto, esta verdadera catástrofe.
-Si al menos pudieran ser aclarados los hechos rápidamente... -manifestó Tim-. Esa condenada chica, Victoria Johnson... ¡Oh! Desde luego, no debiera hablar así de ella... Victoria era una buena muchacha. Pero... Tiene que existir detrás de todo esto una razón muy simple, un justificante que convenza a primera vista... Yo pienso en una intriga, en un enredo amoroso... Quizás el marido de Victoria...
—Jim Ellis no era su marido. Por otro lado, la pareja daba la impresión de entenderse perfectamente.
—Si pudiera aclararse todo *rápidamente...* —insistió Tim—. Perdonen. Ustedes han venido aquí a hablarme de algo, a preguntarme algo...
—Sí. Queríamos referirnos a lo de anoche. De acuerdo con las declaraciones del forense, Victoria fue asesinada entre las diez y media de la noche y las doce. Dadas las circunstancias que aquí predominan, las coartadas son difíciles de probar. La gente estuvo, como es lógico, yendo de un lado para otro continuamente, unas veces bailando y otras paseando por la terraza...
—Cierto. Ahora bien, ¿piensan ustedes acaso que Victoria fuese asesinada por uno de los huéspedes del hotel?
—Hemos de considerar tal posibilidad, señor Kendal. Quisiera

hablarle de la declaración hecha por uno de sus cocineros.
—¿Qué? ¿Cuál?
—Este a quien deseo referirme es cubano, según creo.
—Con nosotros trabajan actualmente dos cubanos y un puertorriqueño.
—Enrico, que así se llama el hombre en cuestión, afirma que su esposa cruzó en determinado momento, anoche, la cocina, procedente del comedor, para dirigirse al jardín. Asegura que llevaba, en las manos, un cuchillo.
Tim se quedó inmóvil.
—¿Que Molly llevaba un cuchillo en las manos? Bien... ¿Y por qué no había de llevarlo? Quiero decir que... ¡Cómo! No pensarán ustedes... ¿Qué intenta sugerir?
—Le hablo del espacio inmediatamente anterior a la llegada de los huéspedes al comedor. Serían entonces las ocho y media, aproximadamente. Usted charlaba en esos momentos con el *maître,* Fernando.
—Sí, sí... Ya recuerdo.
—Su esposa entró procedente de la terraza, ¿eh?
—Sí —convino Tim—. Molly se encarga siempre de dar un último vistazo a las mesas. En ocasiones, los camareros colocan las cosas mal, olvidan piezas, etc. ¡ Ya está! Ya me figuro qué es lo que sucedió. Mi mujer debió de haber estado llevando a cabo su tarea de vigilancia y supervisión de costumbre. Es posible que encontrara en cualquiera de las mesas un cuchillo o una cuchara de más, esto es, el objeto que vio en sus manos el cocinero cubano.
—Al entrar ella en el comedor, ¿le dijo algo?
—Sí. Cruzamos unas palabras.
—¿Las recuerda usted?
—Creo recordar haberle preguntado con quién había estado charlando en la terraza. Me había parecido oír una voz fuera, una voz, desde luego, que no era suya.
—¿Qué le contestó su mujer?
—Que había estado hablando con Gregory Dyson.
—En efecto. Eso es lo que él declaró.
Tim prosiguió, diciendo:
—Tengo entendido que se dedicó a hacerle la corte... Es hombre muy dado a eso. Me irrité al oír su respuesta y proferí una exclamación. Molly se echó a reír, apresurándose a tranquilizarme. Es muy juiciosa... Comprenda usted. Nuestra posición aquí es a veces bastante delicada. No se puede ofender a un huésped así como así. Una mujer tan atractiva como Molly tiene que acoger ciertos cumplidos con alguna que otra sonrisa y un encogimiento de

hombros. Por otro lado, a Gregory Dyson le cuesta mucho trabajo dejar en paz a las señoras o señoritas de buen ver.
—¿Tuvieron algún altercado?
—No, no creo. Ella debió de tratarle con la cortés indiferencia de otras ocasiones.
—¿No puede usted decirnos categóricamente si ella era o no portadora de un cuchillo entonces?
—No recuerdo bien... Yo afirmaría que no. No, no, seguro que no.
—Pero usted acaba de afirmar...
—Un momento..., yo sólo he insinuado que por el hecho de haber estado en el comedor o en la cocina podía muy bien haber cogido un cuchillo, por una u otra razón. En realidad, y esto lo recuerdo perfectamente, Molly no llevaba nada en la mano al salir del comedor. *Nada en absoluto.* Con toda seguridad.
—Ya, ya...
Tim miró inquieto al inspector.
—¿A dónde quiere usted ir a parar? ¿Qué es lo que le contó ese necio de Enrico... de Manuel, quienquiera que sea su informador?
—Su cocinero nos dijo que al entrar en el lugar en que él se encontraba, su esposa, ésta parecía hallarse muy nerviosa y que llevaba un cuchillo en las manos.
—Hay gente que se empeña siempre en complicar las cosas que son normales, para darles un forzado carácter dramático.
—¿Volvió usted a hablar con su mujer durante la cena o con posterioridad a la misma?
—No. Me parece que no. La verdad es que yo anduve bastante ocupado.
El inspector indagó:
—¿Permaneció su esposa en el comedor mientras servían los camareros a sus huéspedes?
—Yo... ¡Oh!, sí. En tales ocasiones ambos solemos ir de una mesa a otra. Hemos de comprobar personalmente cómo marcha todo.
—¿Y no llegaron a cruzar ni una palabra?
—No, creo que no... Habitualmente, en estos instantes estamos muy ocupados. Cada uno ignora lo que está haciendo el otro y, por supuesto, no disponemos de tiempo para charlar.
—Es decir, usted no recuerda haber hablado con su esposa hasta tres horas después, al acabar de subir ella las escaleras de la terraza, tras el descubrimiento del cadáver de Victoria...
—Eso fue un golpe terrible para Molly.
—Me consta. ¿Cómo fue que su mujer se encontrase en aquellos momentos por el camino de la playa?
—Acostumbraba dar una vuelta por allí todas las noches, cuando se

había servido la cena. Eso le servía de sedante tras las interminables horas de trabajo. Quería, simplemente, permanecer alejada de los huéspedes unos minutos, tener un respiro...
—En el momento de su regreso tengo entendido que usted estaba hablando con la señora Hillingdon.
—Sí. Casi todo el mundo se había ido a la cama ya.
—¿Cuál fue el tema de su conversación con la señora Hillingdon?
—Uno de tantos, que no ofrecía nada de particular. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Qué es lo que ella le ha dicho?
—Hasta ahora ella no nos ha dicho nada. No la hemos interrogado aún.
—Charlamos acerca de muchas cosas. Hablamos, por ejemplo, de Molly y de las dificultades que presentaba el gobierno del hotel...
—En esos momentos fue cuando apareció su esposa en la escalinata de la terraza y les refirió lo que había ocurrido, ¿verdad?
—Así es.
—¿Vieron sangre en sus manos?
—¡Inmediatamente! La señora Hillingdon se acercó a Molly e intentó sostenerla, evitar que cayera al suelo, sin comprender qué era lo que ocurría. ¡Ya lo creo que vimos sangre en sus manos! Pero, ¡un momento! ¿Qué diablos está usted sugiriendo? Porque usted me está sugiriendo algo, ¿verdad?
—Cálmese, Kendal -medió Daventry-. Sabemos que todo es sumamente penoso para usted, pero hemos de hacer cuanto esté en nuestras manos para aclarar los hechos. Últimamente, su esposa, al parecer, ha estado algo delicada... ¿Es cierto eso?
—¡Bah! Molly se encuentra perfectamente. La muerte del comandante Palgrave la trastornó un poco. Es natural. Mi mujer es muy sensible.
—Tendremos que hacerle unas cuantas preguntas tan pronto se recupere -manifestó Weston.
—Sí, porque ahora no puede ser. El doctor le administró un sedante, recomendando que no la molestara nadie. No toleraré que la intimiden con su presencia, retrasando de ese modo su vuelta a la normalidad.
—No hemos pensado ni un momento en intimidarla, señor Kendal —respondió Weston—. Nos limitamos a hacer lo posible por poner las cosas en claro. No la importunaremos de momento, pero en cuanto el médico nos lo permita tendremos que charlar un rato con ella.
Weston se expresó en un tono cortés... e inflexible.
Tim se le quedó mirando. Luego abrió la boca. Pero no dijo nada.

Evelyn Hillingdon, tan serena como siempre, tomó asiento en la silla que se le había indicado. Luego consideró las preguntas que se le habían formulado, tomándose tiempo para reflexionar. Sus oscuros ojos, denotadores de una inteligencia nada común, se posaron por fin en Weston.

— Sí —contestó—. Me encontraba hablando con el señor Kendal en la terraza cuando apareció su mujer, quien nos notificó lo del crimen.

—¿No se hallaba su esposo presente?

— No. Se había acostado ya.

— Su conversación con el señor Kendal, ¿fue motivada por algo especial?

Evelyn enarcó las cejas... Su gesto era una clara negativa. Manifestó fríamente:

— ¡Qué pregunta tan rara la suya, inspector! No. Nuestra conversación no fue motivada por nada especial.

— ¿Se ocuparon de la salud de la señora Kendal? Evelyn reflexionó de nuevo unos segundos.

—En realidad no me acuerdo -repuso fríamente.

—¿De veras que no se acuerda?

—¿Cómo me voy a acordar? Es curiosa su insistencia en este punto... ¡Habla una de tantas y tantas cosas al cabo del día en distintas ocasiones!

—Tengo entendido que la señora Kendal no ha disfrutado de muy buena salud últimamente.

—No sé... Parecía estar bien. Algo cansada, quizá. Desde luego, dirigir un establecimiento como éste supone una serie grande de preocupaciones. Añada usted a eso que ella carece de experiencia. Naturalmente, en ocasiones se ve desbordada por los problemas pequeños y grandes que surgen a cada paso. Es fácil así sentirse a menudo confusa, aturdida...

—¿Confusa, aturdida? —repitió Weston—. ¿Considera usted estas palabras suficientemente expresivas para describir su estado?

—¿Le extraña que haya empleado esos dos vocablos? Pues yo creo que son tan buenos y exactos como los que se utilizan en la jerga moderna para hablar de éstas y otras cosas... Solemos decir «una infección de virus» para referirnos a un ataque de bilis, llamamos «neurosis de ansiedad» a las preocupaciones menores de la vida cotidiana...

La sonrisa de Evelyn hizo que Weston se sintiera un poco en ridículo. El inspector pensó que se las había con una mujer inteligente. Fijó la mirada en Daventry, cuya faz permanecía inalterable, preguntándose qué ideas pasarían por su cabeza en

aquellos momentos.
- Gracias, señora Hillingdon —respondió Weston.

—No quisiéramos molestarla, señora Kendal. Ahora bien, necesitamos contar también con su declaración. Deseamos saber cómo encontró usted el cadáver de esa chica indígena, Victoria. El doctor Graham nos ha dicho que ya puede hablar, puesto que se encuentra muy recuperada.
—Sí; sí —replicó Molly—. Me siento muy bien... —La joven sonrió nerviosamente—. Fue la impresión... Algo terrible, verdaderamente.
—Nos hacemos cargo de ello, señora Kendal... Según se nos ha dicho, salió usted a dar un paseo después de la cena...
—Sí... Yo... Es una cosa que hago frecuentemente. La joven miró a otro lado. Daventry observó que no cesaba de retorcerse las manos.
—¿Qué hora sería entonces, señora? —le preguntó Weston.
—No lo sé.
—¿Seguía tocando la orquesta aún en aquellos precisos momentos?
—Sí... Bueno, creo que sí... La verdad es que no lo recuerdo.
—¿Qué dirección siguió usted al iniciar su paseo?
— ¡Oh! Me limité a avanzar por el camino de la playa.
—¿Hacia la izquierda o hacia la derecha?
—¡Oh! Primero en un sentido y luego en otro... Yo... No me di cuenta...
—¿Por qué no se dio usted cuenta, señora Kendal?
—Supongo que estaba... Sí, eso: supongo que estaba pensando en mis cosas.
— ¿Pensaba en algo en particular?
— No... no... No se trataba de nada especial... Pensaba en las cosas que tenía que hacer, que ver, en el hotel. —Otra vez Molly empezó a retorcerse nerviosamente las manos—. Y luego... advertí algo blanco... en un macizo de hibiscos... «¿Qué será eso?», me pregunté. Me detuve y... —La muchacha tragó saliva, angustiada—. Era ella... Victoria... Estaba como acurrucada... Intenté levantarle la cabeza y entonces... me llené las manos de sangre.
Molly miró alternativamente a los dos hombres, repitiendo, como si aún estimara imposible aquel hecho:
— Me llené las manos de sangre...
— Sí, sí... La suya fue verdaderamente una experiencia sumamente desagradable. No es necesario que nos refiera más detalles relativos a esa parte del episodio. ¿ Cuánto tiempo llevaría usted paseando en el instante de *encontrarla...*?

— Lo ignoro. No tengo la menor idea.
—¿Una hora? ¿Media hora? ¿Más de una hora?
—No sé.
Daventry inquirió en un tono absolutamente normal:
—¿Llevaba usted consigo un cuchillo?
—¿Un cuchillo? —Molly hizo un gesto de sorpresa—. ¿Para qué podía yo quererlo en aquel sitio?
—Se lo pregunto porque uno de los hombres que trabajan en la cocina aseguró haberla visto a usted con uno en las manos en el instante de salir al jardín.
Molly frunció el ceño.
—Pero... ¡si yo no salí de la cocina! ¡ Ah, bueno! Usted quiere decir más temprano, antes de la cena... No, no creo que eso pudiera ser...
—Usted había estado dando los últimos toques a las mesas, ¿no es así?
— Es una cosa que hago con cierta frecuencia. Los camareros se equivocan... En ocasiones no ponen todos los cuchillos necesarios y otras se exceden en cuanto al número. Esto pasa también con las cucharas y los tenedores...
—¿Es *esto* lo que observó usted aquella noche?
—Es posible... Pudiera tratarse de algo semejante. La corrección de un error de tal tipo se hace de un modo instintivo. Ni siquiera se detiene una a pensar en el acto que realiza...
—¿Admite entonces que pudo haber abandonado la cocina siendo portadora de un cuchillo?
—No creo... Estoy segura de que no. —Molly se apresuró a añadir—: Tim estaba allí. Él es seguro que lo sabrá. Pregúntenle.
— ¿Le era a usted simpática la chica indígena, Victoria? ¿Llevaba a cabo bien su cometido?
—Sí. Tratábase de una muchacha excelente.
—¿No riñó nunca con ella?
— ¿Que si yo...? No, no.
—¿Nunca la amenazó?
— No le entiendo. ¿Qué quiere usted decir?
—Es igual... ¿No tiene usted idea alguna sobre la posible identidad de la persona que la asesinó?
— No, no, en absoluto.
Molly hablaba ahora con evidente seguridad.
—Bien. Le estamos muy agradecidos, señora Kendal. Habrá visto que esto ha sido menos malo de lo que se figuró al principio.
— ¿Es eso todo?
— Eso es todo, por ahora.

Daventry se puso en pie, abriendo la puerta de la habitación para que Molly saliera. Quedóse unos momentos plantado en el umbral, mirándola.
—Tim tendría que estar enterado de eso —manifestó en el instante de sentarse nuevamente—. En cambio afirma categóricamente que su mujer no era portadora de ningún cuchillo.
Weston indicó gravemente:
— Creo que eso es lo que cualquier esposo se sentiría obligado a declarar.
— Un cuchillo de mesa se me antoja un instrumento muy burdo para cometer un crimen.
—Tenga en cuenta, señor Daventry, que dentro de su clase era un tipo especial. En la cena de la noche en que se cometió el asesinato fueron servidos unos suculentos bistecs. Sí. Figuraban en el menú. Con seguridad que los cuchillos con que los comensales desmenuzaron aquéllos estaban bien afilados.
—Lo cierto es que no puedo creer que la chica con quien hemos estado hablando hace unos minutos sea la autora del crimen, inspector.
—No es necesario creer eso todavía, señor Daventry. Puede haber ocurrido muy bien que la señora Kendal saliera al jardín antes de la cena con un cuchillo que había retirado de una de las mesas por haber sido puesto de más... Es posible, incluso, que no se diera cuenta de que lo llevaba, dejándolo luego en cualquier parte. Otra persona pudo hacer uso de él... Pienso como usted. Es muy improbable que sea ella la autora del crimen.
—Y, sin embargo —añadió Daventry pensativamente—, estoy convencido de que no nos ha dicho todo lo que sabe. Su vaguedad en lo que se refiere a ciertas cosas es sorprendente... Olvida dónde estaba, qué hacía allí... Aquella noche, según lo manifestado por los comensales, nadie la vio en el comedor, al parecer.
—El esposo se encontraba en su sitio de costumbre, desde luego. Ella no...
— ¿ Cree usted que marchó en busca de alguien, de Victoria, por ejemplo ? Quizá concertaran una cita. ¿Cabe tal posibilidad, a su juicio?
— Pues... sí. También puede ser que la señora Kendal sorprendiera a una persona que pensara reunirse con Victoria.
—¿Está pensando en Gregory Dyson?
—Sabemos que éste habló con la joven con anterioridad... Tal vez se pusieran de acuerdo para verse de nuevo más tarde... Todo el mundo se movía libremente por la terraza, por el salón. Se bebía, se bailaba, se entraba y salía del bar a cada paso...

-Esas estrepitosas orquestas modernas pueden proporcionar a veces unas coartadas excelentes —observó Daventry con una mueca.

CAPITULO DIECISEIS

MISS MARPLE BUSCA AYUDA

Cualquiera que hubiese visto a aquella dama ya entrada en años que se encontraba frente a su «bungalow» de pie, en actitud meditativa, se habría figurado que pensaba única y exclusivamente en la manera de sacar el máximo fruto posible de la jornada que tenía por delante... ¿Qué hacer? Quizá no fuese mala idea visitar el Castillo de Cliff, o ir a Jamestown... Tampoco era mal plan comer en Penguins Point, o pasar tranquilamente la mañana en la playa...

Pero la dama en cuestión pensaba en aquellos instantes en cosas muy distintas. La verdad era que interiormente había adoptado una actitud militante, una actitud abocada a la acción.

«Es preciso hacer algo», se había dicho.

Además, estaba convencida de que no había tiempo que perder. Era indispensable actuar con toda urgencia. Ahora bien, ¿a quién hubiera podido convencer ella a su vez de que no andaba completamente equivocada?

Con tiempo de sobra se creía capaz de descifrar el enigma que contemplaba por sí misma. Ya había averiguado muchos detalles en relación con aquél. Pero no todos los que precisaba. Y el plazo de tiempo de que disponía era muy breve. Había advertido ya que dentro de aquella isla paradisíaca no contaba con ninguno de sus aliados habituales.

Pensó, apenada, en sus amigos de Inglaterra... En sir Henry Clithering, eternamente dispuesto a escucharla con la mayor indulgencia. En Dermot, su ahijado, quien, a pesar de su alta calificación en Scotland Yard, creía firmemente que cuando miss Marple emitía una opinión ésta era merecedora de un detenido análisis porque, normalmente, contenía algo sustancial...

En cambio, ¿qué atención podía prestar a las sugerencias de una anciana dama extranjera aquel policía indígena de la voz melosa que ella conocía? ¿Cabía pensar en el doctor Graham? No. Éste no era el hombre que ella necesitaba. Resultaba demasiado suave en sus maneras, demasiado vacilante... No era hombre de vivos reflejos, de rápidas decisiones.

Miss Marple, sintiéndose una humilde delegada del Altísimo, llegó casi a proclamar en alta voz su necesidad de aquellos instantes con bíblicas frases.

— ¿Quién vendrá por mí? ¿A quién seré enviada?

El sonido que percibió poco después no fue reconocido instantáneamente por ella como una respuesta a su plegaria... No, no. En absoluto. Mentalmente lo registró como la posible llamada de un hombre, pendiente de su perro.
-¡Eh!
Miss Marple, muy perpleja, prefirió apartar la atención de aquella voz.
-¡Eh!
Ahora el tono era más ronco. Miss Marple echó un vistazo a su alrededor.
-¡Eh! —gritó mister Rafiel impaciente, añadiendo—: ¡Sí, usted...!
A miss Marple le costó trabajo comprender que aquella llamada iba dirigida a ella. Tratábase de un método para establecer comunicación acerca del cual carecía de experiencia. Desde luego, el procedimiento tenía bien poco o nada de cortés. Miss Marple no se ofendió porque nadie se ofendía nunca con mister Rafiel, quien hacía muchas cosas arbitrariamente. La gente le aceptaba como era, igual que si dispusiera de una autorización especial. Miss Marple miró hacia el «bungalow» vecino. El viejo le hizo señas.
-¿Me estaba usted llamando? —inquirió miss Marple.
-Naturalmente que la estaba llamando -respondió mister Rafiel-. ¿A quién cree usted que llamaba si no? ¿A algún gato? Vamos, acérquese.
Miss Marple volvió la cabeza, buscando su bolso, lo cogió y cruzó el espacio que separaba una casita de otra.
-A menos que alguien me ayude, no puedo ir hacia usted -replicó mister Rafiel—, de manera que no hay más remedio que invertir los términos.
-Le comprendo perfectamente, mister Rafiel.
Éste le señaló una silla.
-Siéntese. Quiero charlar con usted. Algo muy extraño está ocurriendo en nuestra isla.
-Así es, en efecto -respondió ella, tomando asiento, de acuerdo con la indicación del anciano.
Impulsada por un hábito muy arraigado, miss Marple sacó del bolso sus agujas y su lana.
-Deje usted su labor a un lado -dijo mister Rafiel—. No puedo soportarla. Me disgustan las mujeres que pasan el tiempo entretenidas con esas tareas. Me sacan de quicio.
Miss Marple volvió a guardar dócilmente sus cosas en el bolso. En su gesto no hubo el menor amago de rebeldía. Antes bien, adoptó el aire de la enfermera dispuesta a tolerar las extravagancias de un enfermo veleidoso.

-Se habla mucho por ahí y apostaría lo que fuese a que usted está al corriente de eso -declaró el anciano-. Y lo que digo ahora de usted hágalo extensivo al canónigo y a su hermana.
-En vista de lo sucedido en el hotel recientemente parece muy natural que la gente formule comentarios de muy diversas clases - alegó miss Marple.
-Veamos... Esa chica nativa es hallada entre unos arbustos, asesinada. Ese incidente quizá no ofrezca nada de particular. Es posible que el hombre que vivía con ella fuese celoso y... También puede ser que anduviera con otra mujer, y la muchacha provocara una riña. Ya sabe usted lo que son estas cosas en el trópico. Algo por este estilo tiene que haber ocurrido. ¿Usted qué opina?
—No por ahí -dijo miss Marple vagamente, moviendo la cabeza.
—Las autoridades adoptan idéntica posición...
—Aquéllas le informarían a usted mejor que a mí siempre —señaló miss Marple.
—Sin embargo, estoy seguro de que usted está más enterada que yo. No en balde ha prestado oídos a cuanto se ha dicho por aquí sobre este asunto.
—Eso es cierto.
—Usted, aparte de eso, tiene poco que hacer, ¿eh?
—No hay otro modo de hacerse con una información de utilidad.
—Debo confesarle una cosa... -declaró mister Rafiel, estudiando detenidamente a miss Marple-. He incurrido en un error con respecto a usted. Yo no suelo equivocarme con la gente. Usted no es como yo me la imaginé en un principio... Estaba pensando en todos los rumores puestos en circulación con motivo de la muerte del comandante Palgrave. Usted cree que fue asesinado, ¿verdad?
—Mucho me temo que sí —contestó miss Marple.
—Yo estoy absolutamente convencido de ello.
Miss Marple contuvo el aliento.
—Es una respuesta categórica la suya, ¿no le parece?
—Sí que lo es -reconoció el viejo-. Se la debo a Daventry. No estoy traicionando ninguna confidencia porque al final habrá de ser conocido el resultado de la autopsia. Usted le dijo a Graham algo; éste se fue a ver a Daventry; Daventry visitó al administrador; la Brigada de Investigación Criminal fue informada oportunamente... Luego convinieron todos que existían algunas cosas nada claras en la muerte del pobre Palgrave. Optaron por desenterrar el cadáver de éste y echarle un vistazo, a fin de averiguar a qué causas obedeció la muerte.
— ¿Y qué es lo que encontraron? —preguntó miss Marple.
—Descubrieron que le había sido administrada una dosis mortal de

un producto cuyo nombre sólo es capaz de pronunciarlo bien un médico. Por lo que yo recuerdo suena como di-cloro-exagonal-etilcarbenzol. Por supuesto, ésa no es su denominación. Puedo decir que me he aprendido la música, pero no la letra. El médico del servicio policiaco utilizó esa palabra, u otra semejante, para que nadie supiera tanto como él. Lo más probable es que la droga lleve un nombre muy corriente, que se llame Evipan, Veronal o Jarabe de Easton... Algo así, en fin. Con la denominación oficial se chasca a los hombres de leyes. Bueno, el caso es que una pequeña dosis del producto es capaz de causar la muerte. Los síntomas que se presentan son los mismos que sufren los sujetos que padecen de hipertensión... agravada por el descuido y la afición al alcohol y a las veladas alegres. Por eso, al empezar toda la historia de la muerte de Palgrave la gente acogió ésta como algo natural, sin recelos. Todos exclamaron: «¡Pobre viejo!»,apresurándose a darle cristiana sepultura. Ahora los investigadores dudan de que tuviera el menor indicio de tensión. ¿Le confesó a usted algo en tal sentido el comandante?

—No.

—¡Exacto! Y, no obstante, todo el mundo dio eso por descontado.

—Me parece que el comandante Palgrave habló con algunas personas de eso.

—¡Bah! Es como cuando la gente ve fantasmas —manifestó mister Rafiel—. Jamás da uno con el tipo que afirme haberse encontrado frente al duende de turno. Siempre acaba por ser un primo, en segundo grado, de una tía, un amigo de ésta o un amigo de otro amigo. Todo el mundo pensó en la hipertensión porque en el dormitorio de la víctima fue hallado un frasco de tabletas, un preparado que acostumbran recetar los médicos a los pacientes aquejados de esa enfermedad. Ahora llegamos al punto más interesante de la cuestión... Yo creo que la muchacha indígena fue asesinada por haber dicho que las tabletas podían haber sido colocadas en el estante del lavabo de Palgrave no por éste, sino por otra persona. El frasco de tabletas lo había visto antes, en la habitación de un individuo llamado Greg...

—El señor Dyson padece de hipertensión. Su esposa lo declaró así -apuntó miss Marple.

—Repito: su frasco fue dejado en la habitación de Palgrave para sugerir su enfermedad y hacer aparecer su muerte como natural.

—Exacto. Luego se puso en circulación, hábilmente, un cuento: Palgrave dijo allí que padecía de tensión arterial... Bueno, ya lo sabe usted, resulta bastante fácil difundir un rumor. Sí, muy fácil. Yo he tenido ocasión de comprobarlo más de una vez prácticamente.

—No lo dudo, miss Marple.
—Sólo se requiere una leve murmuración en un par de puntos estratégicos. Nunca se afirma que la información fue lograda personalmente. Hay que decir, por ejemplo, que la señora B le dijo al coronel C, que según la opinión de X, etc. Las noticias son, invariablemente, de segunda, de tercera, ¡hasta de cuarta mano!, por lo que es imposible averiguar de quién partió el rumor. ¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que es factible eso! Después la gente repite ante nuevas personas la habladuría, que se propaga, que se amplía incluso, que corre con la velocidad de un reguero de pólvora.
—Aquí, entre nosotros, debe haber alguien de cuya inteligencia no cabe dudar —declaró mister Rafiel, pensativo.
—Sí, tiene usted razón.
—Victoria Johnson debió ver algo, debió descubrir algún secreto importante. Supongo que luego pensaría en hacer chantaje.
—Tal vez no llegara siquiera a eso. En estos hoteles grandes las doncellas se enteran de cosas que determinados huéspedes no quieren que se divulguen. Con tal motivo, menudean por parte de aquéllos las propinas espléndidas y hasta los presentes en metálico. Es posible que la chica no advirtiera de buenas a primeras la importancia de su hallazgo o descubrimiento.
—El caso es que lo único que ha sacado en limpio de este asunto ha sido una puñalada en la espalda -señaló mister Rafiel brutalmente.
—Sí. Evidentemente existe alguien interesado en que no hablara.
—De acuerdo. Ahora veamos qué piensa usted de todo esto.
Miss Marple miró con un gesto de extrañeza a su interlocutor.
—¿Por qué está usted empeñado en creer que yo poseo más información que usted?
—Bueno. Es probable que ande equivocado... De todos modos, lo que a mí me interesa es apreciar sus ideas acerca de lo que usted conoce.
—Pero... ¿con qué fin?
-Aquí no puede uno hacer muchas cosas... aparte de dedicarse a ganar dinero.
Miss Marple no pudo disimular su sorpresa.
—Habla usted de dedicarse a ganar dinero... ¿Aquí?
-Si usted quiere, desde ese mismo hotel es posible enviar diariamente media docena de cables cifrados. Así es como yo me divierto.
—¿Cursa usted apuestas? —inquirió miss Marple dudosa, en el tono de quien se expresa en un idioma extraño.
-Algo por el estilo -manifestó mister Rafiel-. Enfrento mi talento con

el de otros hombres. Lo malo es que esto no me ocupa mucho tiempo. He aquí la razón de que me haya interesado por lo sucedido en este mundillo del «Golden Palm». Ha conseguido picar mi curiosidad. Palgrave pasaba buena parte de su tiempo hablando con usted. No todo el mundo tiene la misma disposición para encajar un «rollo», miss Marple. ¿En qué se ocupaba normalmente?
—Me refería cosas de su juventud, de sus viajes...
-Estoy seguro de que era así. Y de que la mayor parte de sus relatos resultarían pesadísimos. Además, habría que oírlos las veces que a él se le antojaran...
—Los hombres, cuando envejecen, se vuelven así, me parece. Mister Rafiel se irritó.
-Yo no voy por ahí contando cuentos a nadie, miss Marple. Continúe. Todo empezó con una de las historias de Palgrave, ¿no?
—Me dijo que conocía a un asesino. En realidad, nada hay de especial en esto... Me imagino que casi todo el mundo ha pasado por una cosa semejante.
—No comprendo lo que quiere decir.
-Me explicaré. Si usted mira hacia atrás, mister Rafiel, fijando la atención en determinados acontecimientos de su vida, recordará ocasiones en que alguien, sin más ni más, ha pronunciado descuidadamente unas frases como éstas: «¡Oh, sí! Conocía muy bien a Fulano de Tal... Murió de repente. Se dijo por unos y por otros que fue envenenado por su esposa, pero yo aseguraría que sólo hubo habladurías...» ¿Verdad que sí ha oído a alguien expresarse en tales términos?
-Es posible, no sé... Claro que nunca hablando en serio, naturalmente.
-El comandante Palgrave gozaba lo suyo refiriendo aquella historia. Eso es lo que yo pienso. Afirmaba poseer una instantánea fotográfica en la que se veía la figura de un asesino. Se proponía enseñármela..., pero no lo hizo.
-¿Por qué?
—Porque en el instante preciso vio algo, o alguien, mejor dicho. Se puso muy encarnado y tornó a guardar la fotografía en su cartera de bolsillo, pasando a hablar de otro asunto.
—¿A quién vio?
-Eso me ha dado no poco que pensar -declaró miss Marple-. Yo me hallaba sentada junto a mi «bungalow» y él se había acomodado casi enfrente de mí. Sea lo que sea lo que viese hubo de distinguirlo mirando por encima de mi hombro.
—Alguien avanzaba entonces por el camino de la playa a espaldas de usted, hacia la derecha, procedente de la escollera y el

aparcamiento de coches...
—Sí.
—¿Divisó usted a alguien en ese camino a que he aludido?
—Por él avanzaba la señora Dyson con su marido y también los señores Hillingdon.
—¿No vio a nadie más?
—No... Desde luego, su «bungalow» caería asimismo dentro de su campo visual...
—¡Ah! Entonces nos vemos obligados a incluir otra pareja en el grupo: Esther Walters y Jackson, mi ayuda de cámara. ¿ Le parece bien? Cualquiera de los dos, supongo, pudo salir del «bungalow» y volver a entrar inmediatamente sin que usted lo advirtiera.
—Quizá... Yo no miré en seguida.
—Tenemos a los Dyson, los Hillingdon, Esther y Jackson... Uno de ellos es el criminal. También podría ser agregado yo a esa lista —dijo mister Rafiel.
Miss Marple sonrió levemente al oír sus últimas palabras.
—Palgrave se refirió a un asesino, concretamente, ¿no? ¿A un hombre, verdad ?
—Sí.
—Perfectamente. Eso nos obliga a prescindir de Evelyn Hillingdon, de Lucky y de Esther Walters. Así, pues, el criminal, suponiendo que todas las insensateces e hipótesis anteriores sean ciertas, hay que buscarlo entre Dyson, Hillingdon y mi querido Jackson, el individuo de las buenas palabras...
—Se ha olvidado de usted mismo —señaló miss Marple.
Mister Rafiel no hizo el menor caso de su mal intencionada observación.
—No diga cosas que pueden irritarme... —se limitó a indicar a miss Marple—. Le confesaré algo que me produce una gran extrañeza y en la cual usted no ha reparado, creo. Si el asesino era uno de esos tres hombres, ¿por qué diablos no lo reconoció Palgrave antes? Todos se habrían visto infinidad de veces a lo largo de las dos semanas precedentes. ¿No le parece que eso no tiene sentido?
—Sí, sí puede tenerlo —opinó miss Marple.
—Explíqueme eso.
—Ciñéndonos a la historia referida por Palgrave hemos de tener en cuenta que aquél no había visto jamás al hombre de la fotografía. El relato le fue hecho al comandante por un médico. Éste le regaló la instantánea a título de curiosidad. Es posible que Palgrave la mirase con atención cuando fue puesta en sus manos, pero luego se la guardaría en la cartera, entre otros papeles, convertida en un recuerdo más. Ocasionalmente, quizá, mostraría la cartulina a aquel

que escuchase su historia... Otra cosa, mister Rafiel: no sabemos de cuándo data. A mí no me facilitó ninguna indicación en este aspecto. Quiero decir que es posible que llevase años contando su historia. Algunos de sus relatos referentes a la caza de tigres son de veinte años atrás.

—Podían serlo, dada su avanzada edad —comentó mister Rafiel.

—En consecuencia, yo no creo ni por un momento que el comandante Palgrave identificara el rostro del hombre de la fotografía con el de otro que se enfrentara con él casualmente. Lo que a mí me parece que ocurrió, estoy casi completamente segura de ello, es que al sacar la instantánea de su cartera estudió la faz del personaje instintivamente, encontrándose al levantar la vista con otra *igual, o* muy semejante, cuyo dueño se aproximaba a él, hallándose en tal momento el desconocido a una distancia de tres o cuatro metros...

— Efectivamente. Su razonamiento es muy atinado.

—Palgrave se quedó desconcertado —prosiguió diciendo miss Marple—. Entonces se guardó a toda prisa la cartulina en la cartera, comenzando a hablar en voz alta de otra cosa.

—Por supuesto, aquella primera impresión no podía darle seguridades de ningún género —aventuró mister Rafiel.

—No. Pero más adelante, en cuanto se encontrara a solas, se pondría a examinar atentamente la fotografía, tratando de llegar a una conclusión: ¿había dado con una faz semejante o bien el hombre de carne y hueso que acababa de ver era el individuo de la fotografía?

Mister Rafiel reflexionó unos segundos. Luego movió la cabeza expresivamente.

—Aquí se ha deslizado algún error. La idea es inadecuada, absolutamente inadecuada. Él le estaba hablando a usted en voz alta, ¿no?

—Sí -respondió miss Marple-. Acostumbraba siempre a levantar la voz.

—Es cierto. Por consiguiente, cualquiera que se hubiera acercado a ustedes habría podido oírlo.

—Me imagino que su vozarrón era audible en bastantes metros a la redonda.

Mister Rafiel hizo otro movimiento denegatorio de cabeza.

—Es fantástico, demasiado fantástico —manifestó aquél—. ¿Quién no se echaría a reír al conocer tal historia? Aquí tenemos a un tipo ya entrado en años refiriendo un cuento que a su vez le fue relatado, mostrando a continuación una fotografía en la que aparece un individuo que tuvo que ver con un crimen cometido años atrás.

Un año o dos, pongamos. ¿Cómo diablos va a preocupar eso al sujeto en cuestión? No existen pruebas... Hay, todo lo más, habladurías, circulando por diversos sitios, una historia de tercera mano. Incluso hubiera podido admitir la semejanza, comentando despreocupadamente: «Pues es verdad que me parezco a ése de la fotografía, tiene gracia. Qué coincidencia, ¿eh?» Nadie hubiera aceptado la sugerencia de Palgrave en serio. El hombre no tiene por qué temer nada, absolutamente nada. De haberse formalizado una acusación hubiera podido reírse de ella tranquilamente. ¿Por qué demonios decidió asesinar a Palgrave? Me parece un crimen innecesario. Piense en eso...

—Ya pienso, ya, en ese extremo — replicó miss Marple—. Y por tal motivo no puedo estar de acuerdo con usted. He ahí la causa de que yo me encuentre tan nerviosa, tan desasosegada. Hasta tal punto es cierto esto, que anoche no llegué a pegar un ojo.

Mister Rafiel escrutó su rostro.

—Veamos qué es lo que está pasando por su cabeza en estos momentos...

—Es posible que esté equivocada —manifestó miss Marple, vacilando.

—Es lo más probable —confirmó mister Rafiel, con su habitual falta de cortesía-. De todos modos, déjeme oír lo que ha estado usted madurando a lo largo de las horas de la madrugada.

—Existiría un móvil perfectamente fundamentado si...

—Si... ¿qué?

—Si dentro de poco, dentro de muy poco tiempo, tenía que haber *otro asesinato.*

Mister Rafiel reflexionó. Luego intentó ponerse más cómodo en su silla.

—Aclárame eso.

—¡Oh! ¡Soy tan torpe a la hora de dar explicaciones! — Miss Marple hablaba atropelladamente y con alguna incoherencia. Tenía las mejillas arreboladas—. Supongamos que alguien había planeado cometer un crimen. Usted recordará que en su historia el comandante Palgrave se refirió a un hombre cuya esposa murió en misteriosas circunstancias. Más adelante, transcurrido cierto tiempo hubo otro crimen que presentaba idénticas características. Un hombre que llevaba otro apellido estaba casado con una mujer que falleció en condiciones parecidas y el doctor que contaba esto le identificó como el mismo sujeto pese a haber cambiado de nombre. Bueno. Todo indica, ¿verdad?, que el criminal pertenecía al tipo de los que repiten sus procedimientos...

—Sí. Se encuentran antecedentes de aquél, tanto en la literatura

como en la realidad. Continúe.
—Yo entiendo —prosiguió miss Marple—, de acuerdo con lo que he leído y oído asegurar, que cuando un hombre comete una acción de esta clase y todo le sale bien por vez primera se siente inclinado a la repetición. Ve por todos lados facilidades; se tiene por un ser inteligente. Así es cómo llega a la segunda edición de su «hazaña». Al final aquello se convierte en un *hábito.* Elige en cada ocasión escenarios diferentes, adoptando otros nombres. Pero sus crímenes presentan muchos datos semejantes. Así es como yo opino, aunque muy bien pudiera estar equivocada...
—Por un lado admite tal posibilidad y por otro no cree en ella —subrayó con brusquedad el astuto mister Rafiel.
Miss Marple continuó hablando, sin comentar las anteriores palabras.
—De darse dichas circunstancias, de tener ese individuo hechos todos sus preparativos con el fin de cometer un crimen aquí mediante el cual aspiraba a desembarazarse de otra esposa, siendo el mismo el que hacía el número tres o el cuatro, hay que pensar que la historia referida por el comandante cobraba una singular importancia. ¿Cómo iba a tolerar el principal interesado que fuesen puestas de relieve a cada paso ciertas similitudes? Así han sido capturados algunos delincuentes. Las circunstancias en que se cometió un crimen llaman, por ejemplo, la atención de alguien que se apresura a comparar aquéllas con las de otro caso acerca del cual existen abundantes informes, contenidos en una serie de recortes periodísticos. ¿Comprende ya por qué el desconocido criminal no puede consentir que, teniendo su acción minuciosamente planeada y a punto de ser llevada a la práctica, vaya el comandante Palgrave por ahí, refiriendo despreocupadamente su historia y mostrando la pequeña fotografía?
Miss Marple hizo una pausa al llegar aquí, dirigiendo una mirada suplicante a mister Rafiel, quien seguía escuchando con atención, antes de agregar:
—En esas condiciones usted comprenderá que es preciso que actúe con rapidez, con la mayor rapidez posible.
—En efecto -contestó el anciano-. Aquella misma noche, ¿eh?
—Eso es.
—Un trabajo algo precipitado, pero factible —manifestó mister Rafiel—. No hay más que poner las tabletas en la habitación de Palgrave, extender el rumor acerca de su enfermedad y añadir una leve cantidad de esa endiablada droga cuyo nombre tiene, más o menos, una docena de sílabas, al famoso «ponche de los

colonos»...

—En efecto... Pero eso ha pasado ya. No tenemos por qué preocuparnos por ello. Es el futuro lo que cuenta ahora. Eliminado el comandante Palgrave, destruida la fotografía, *ese hombre seguirá adelante con su plan, llevando a cabo el asesinato proyectado.*

De los labios de mister Rafiel se escapó un silbido.

—Ha pensado usted detenidamente en esto, ¿eh?

Miss Marple asintió. Con voz firme, casi dictatorial, nada acostumbrada en ella, dijo:

—Tenemos que impedir que suceda *eso,* mister Rafiel. *Tiene usted que impedirlo.*

—¿Yo? —inquirió el viejo, atónito—. ¿Por qué yo?

—Porque usted es un hombre rico e importante —dijo miss Marple—. La gente se inclinará a hacer lo que usted diga o sugiera. De mí no harían el menor caso. Todos afirmarían que soy una vieja dada a idear fantasías.

—Y puede que tuvieran razón —manifestó mister Rafiel con su brusquedad de siempre-. Claro que en este caso demostrarían ser unos necios. Yo me inclinaría a pensar que no habría ni una sola persona que la creyese con cerebro suficiente para discurrir como lo ha hecho. Razona usted, en verdad, de una manera muy lógica. Son pocas las mujeres capaces de acometer con éxito tal empresa —mister Rafiel, incómodo, se agitó penosamente en su silla—. ¿Dónde diablos se encontrarán Esther y Jackson? Necesito cambiar de posición. No. No lograremos nada con que usted intente ayudarme. Le faltan a usted fuerzas para eso. No sé qué es lo que se propondrá esa pareja dejándome aquí solo.

—Iré en su busca.

—Usted no va a ir a ninguna parte. Se quedará aquí, conmigo. Trataremos los dos de descifrar el enigma. ¿Quién es el asesino? ¿El brillante Greg? ¿El silencioso Edward Hillingdon? ¿Jackson, mi querido servidor? Uno de los tres tiene que ser, ¿no?

CAPITULO DIECISIETE

MISTER RAFIEL TIENE TAMBIÉN ALGO QUE DECIR

—Lo ignoro —replicó miss Marple.
— ¡Ahora me sale usted con ésas! ¿Qué queda entonces de lo que hemos estado hablando por espacio de veinte minutos?
—Acaba de ocurrírseme que puedo estar equivocada.
Mister Rafiel miró a miss Marple con cierta expresión de disgusto.
—¡Vaya! ¡Tan segura como parecía estar de sus afirmaciones!
—¡Oh! Tengo seguridad en todo lo que al *crimen* se refiere... Dudo, en cambio, en las cosas que atañen al *criminal.* Fíjese en esto: el comandante Palgrave, según he averiguado, solía contar más de una historia del corte de aquella a la cual he venido refiriéndome. Usted mismo me dijo que le había relatado otra que hacía pensar en una especie de Lucrecia Borgia reencarnada...
—Es verdad. Pero no se parecía en nada a la otra.
—Ya lo sé. Por su parte, la señora Walters me ha hablado de una tercera en la que el criminal empleaba el gas para sus tenebrosos fines...
—En cambio, en la que le contó a usted...
Miss Marple se permitió interrumpir a su interlocutor. Para el anciano mister Rafiel aquello constituía una experiencia inédita. Expresóse en unos términos en los que resaltaba una desesperada formalidad y una moderada incoherencia.
—Compréndalo... Me es muy difícil mostrarme *segura,* respecto a ciertos puntos. Todo radica en que, a menudo, una se distrae, no escucha. Pregúntele a la señora Walters. A ella le pasó lo mismo. Se empieza escuchando atentamente al que cuenta algo. Luego la mente se fija en otras cosas y de repente se advierte que nos hemos perdido parte del relato, del que fingimos estar pendientes. Me he preguntado si no hubo un *hueco* entre la alusión al protagonista de la historia por parte de Palgrave y el momento en que éste sacó la cartulina de su cartera para preguntarme: «¿Le gustaría ver la fotografía de un asesino?»
—Sin embargo, usted pensó que en todo el relato el comandante estuvo refiriéndose a un hombre, ¿no?
—Así es. Nunca se me ocurrió pensar lo contrario. No obstante, ¿cómo puedo estar ahora absolutamente segura de ello?
Mister Rafiel se quedó muy pensativo...
—Lo peor de usted es que resulta excesivamente escrupulosa -dijo

por fin—. Es ése un gran error... Fórmese siempre su composición de lugar y no divague. ¿Quiere que le diga lo que estoy pensando? Bien... Yo me figuro que en sus charlas con la hermana del canónigo y los demás se ha enterado de algo que la tiene intranquila.
—Tal vez esté usted en lo cierto.
—Bueno, pues olvídese es eso de momento. Siga la línea de sus reflexiones iniciales. Sí, porque nueve veces de cada diez el juicio original resulta acertado. Aquí habla la experiencia, miss Marple. Tenemos tres sospechosos. Examinemos su situación respectiva. ¿Tiene preferencia por alguno?
—No.
—Empezaremos por Greg, entonces. No puedo resistir a ese individuo. Sinceramente, me carga. Claro que no por eso le voy a convertir en un asesino. No obstante, hay una o dos cosas en contra de él. Las tabletas para la hipertensión proceden de su botiquín personal. El medicamento, por lo visto, lo tenía siempre a mano...
—Esto parece una cosa natural, ¿no? -objetó miss Marple.
—No sé... El caso era que había que hacer algo rápidamente. Disponía de sus tabletas, careciendo de tiempo para buscarse otras. Digamos que Greg es nuestro nombre. Conforme. Si deseaba quitar de en medio a su querida esposa, Lucky... (una tarea elogiable, afirmaría yo, y por eso apruebo su propósito), no llego a dar con el móvil. Él es hombre rico. El dinero procede de su primera esposa, que se lo dejó en abundancia. Con respecto a ella encaja como asesino probable. Pero esto es cosa del pasado. El caso de Lucky es distinto. Lucky estaba emparentada con su mujer. Era una pariente pobre. Aquí no hay «pasta», de modo que si Greg aspira a deshacerse de ella es porque pretende casarse con otra. ¿Circulan rumores en este sentido?
Miss Marple movió la cabeza de un lado a otro.
-No he oído decir nada... Ese hombre..., ¡ejem...!, es muy atento siempre con las mujeres.
-Esa es una manera muy delicada de señalarle -manifestó mister Rafiel—. Nos encontramos ante un Don Juan, un conquistador. ¡No es suficiente! Queremos hallar algo más. Pasemos a Edward Hillingdon, un tipo de lo más corriente...
-Yo no le tengo por hombre feliz -opinó miss Marple.
-¿Cree usted acaso que un criminal puede serlo?
Miss Marple tosió.
-He tenido relación con esa clase de personas -arguyó.
-No creo que su experiencia sea tan dilatada -dijo mister Rafiel,

convencido.
Esta suposición, como miss Marple hubiera podido demostrarle, era errónea. Pero aquélla se prohibió a sí misma rebatir la apreciación del anciano. Sabía muy bien que a los hombres no les gustaba que les hiciesen ver sus equivocaciones.
-Este Hillingdon... -comenzó a decir mister Rafiel-. Sospecho que pasa algo raro entre él y su esposa. ¿No ha notado usted nada extraño en sus relaciones?
-¡Oh, sí! Sí que lo he notado. El comportamiento de esa pareja en público, con todo, es impecable. No cabría esperar menos de ellos.
-Seguro que usted sabe más que yo acerca de esa gente. Todo marcha bien, pues... Pero estimo que existe la probabilidad de que de un modo caballeresco Edward haya pensado en deshacerse de Evelyn. ¿Está usted de acuerdo conmigo?
-De ser así tiene que haber por en medio una mujer...
-Sí, ¿pero cuál?
Miss Marple movió la cabeza, contrariada.
-Hay que reconocer que no es fácil dar con la solución del problema... —confesó.
-¿A quién vamos a estudiar ahora? ¿A Jackson? Yo me quedaré fuera de todo esto.
Miss Marple sonrió por vez primera.
-¿Y por qué se excluye usted de la lista de sospechosos, mister Rafiel?
-Si usted se empeña en discutir las posibilidades de que yo sea un criminal habrá de buscarse otra persona para conversar. Hablando de mí no haríamos otra cosa que perder el tiempo. Bueno, pero, ¿es que yo me encuentro en condiciones de desempeñar semejante papel? No me puedo valer por mí mismo, me tienen que vestir, tengo que ir de un lado para otro en esta silla, necesito contar con otra persona para dar un simple paseo... ¿Qué oportunidades se me pueden presentar a mí de matar a cualquiera de manera que no se entere nadie?
—Probablemente, decidido a seguir ese camino, disfrutaría de tantas oportunidades como cualquier otro hombre —contestó miss Marple sin la menor vacilación.
—A ver, a ver... Dígame algo más.
—No irá a negarme que usted es un hombre inteligente, ¿verdad?
—Desde luego que soy inteligente. Yo diría que soy tan inteligente como el que más de esta comunidad y que probablemente le dejo atrás -declaró mister Rafiel.
—Desplegando alguna inteligencia se pueden vencer los inconvenientes de tipo físico.

—¡Creo que eso me costaría bastante trabajo!
—Sí que le costaría trabajo —dijo miss Marple—. Pero luego, la satisfacción por lo conseguido, le compensaría los esfuerzos realizados.
Mister Rafiel fijó la mirada en miss Marple largo rato y después, inesperadamente, se echó a reír.
—¡Usted es una mujer que tiene algo detrás de la frente, sí, señor! No me recuerda en nada a las viejas damas de su porte, miss Marple. Por consiguiente, me cree usted un asesino, ¿no?
—No. No creo que sea usted un asesino.
—Y..., ¿por qué?
—Pues porque es usted un hombre inteligente. Utilizando su cerebro ha podido conseguir más cosas que si hubiera recurrido al crimen. El crimen es siempre una estupidez.
—Además, ¿a quién diablos iba yo a querer asesinar?
—He ahí una pregunta muy interesante -señaló miss Marple-. Necesitaría hablar con usted mucho más tiempo del que llevo hablando para poder elaborar una teoría relacionada con ese tema. Es decir, no le conozco a usted todavía lo suficiente para eso.
La sonrisa de mister Rafiel se acentuó.
—Conversar con usted puede ser algo peligroso -declaró.
—Las conversaciones son siempre peligrosas... cuando se intenta ocultar esto o aquello -repuso sencillamente miss Marple.
—Quizá tenga usted razón. Continuemos con Jackson. ¿Qué opina de Jackson?
—Me es muy difícil responder a su pregunta. No he cruzado nunca una palabra con ese hombre.
—Por lo tanto, no puede usted facilitarme ninguna impresión sobre él...
—Le diré que me recuerda en cierto modo -contestó miss Marple, tras haber reflexionado unos segundos— a un joven que trabajaba en una oficina del Ayuntamiento situado en las proximidades de mi casa. El joven en cuestión se llama Jonas Parry.
—¿Y qué tal era?
—Era ése un muchacho que dejaba que desear.
—A Jackson le pasa lo mismo. Claro, que a mí me va relativamente bien con él. En su trabajo se desenvuelve como el mejor y no le importa que le chille. Se sabe pagado espléndidamente y está dispuesto a aceptar lo que venga. Nunca le hubiera dado un cargo de confianza, pero, al fin, esto es distinto. Probablemente, su pasado es limpio, aunque también puede ocurrir que no sea así. Las referencias que aportó al entrar en mi casa eran correctas. Sin embargo, a mí me pareció descubrir tras ellas una nota como de

reserva. Afortunadamente no soy hombre de secretos censurables, de modo que no tengo por qué temer a los chantajistas.
-Usted tendrá también sus secretos; los relativos a sus actividades de hombre de negocios —observó miss Marple.
-Jackson no podrá nunca sorprenderlos. Caen fuera de su alcance. No. A Jackson no se le pueden oponer reparos, pero la verdad, no lo considero un probable criminal. Yo diría, incluso, que tal actividad no coincide con su carácter.
Mister Rafiel hizo una pausa. Luego, de pronto, comenzó a hablar:
-¿Quiere que le diga una cosa? Si uno se retira un poco para contemplar el escenario en que se desarrolla este fantástico asunto del comandante Palgrave y sus absurdas historias y todo lo demás, cabe llegar en el plano de simple espectador a una conclusión: yo soy una presunta víctima, la persona en quien el asesino debiera concentrar su atención.
Miss Marple miró al anciano, fuertemente sorprendida.
-Es una pauta, un modelito estereotipado —le explicó mister Rafiel—. ¿Quién es invariablemente la víctima en las novelas policíacas? El hombre de edad cargado de dinero...
-...a cuyo alrededor se mueve mucha gente, animada por excelentes razones para desear su pronta muerte, único procedimiento para hacerse con su fortuna —terminó miss Marple- ¿No es cierto eso también?
-Desde luego. Bien... —consideró mister Rafiel—. Yo podría contar hasta cinco o seis hombres en Londres que no estallarían precisamente en sollozos si leyeran mi esquela en *The Times.* Pero hay que decir también que son incapaces de hacer algo con vistas a mi eliminación definitiva. Y a fin de cuentas, ¿por qué tomarse tal molestia? El día menos pensado moriré. Esos granujas están asombrados. No se explican cómo duro tanto. Y los médicos comparten también su sorpresa.
-Por supuesto, es fácil apreciar en usted una gran voluntad, unos enormes deseos de vivir —declaró miss Marple.
-¿Le produce extrañeza ese fenómeno?
Miss Marple movió la cabeza, denegando.
-¡Oh, no! Me parece muy natural. La vida se nos antoja más llena de interés cuando estamos a punto de perderla. No debiera ser así, pero... Cuando se es joven, cuando se posee una salud espléndida y se tiene por delante toda una existencia, no suele dársele mucha importancia. Son los jóvenes quienes van fácilmente al suicidio, desesperados por efecto de algún fracaso amoroso, arrastrados a veces por las desilusiones y las preocupaciones. Sólo los viejos saben cuan valiosa es la vida, cuan interesante resulta...

- ¡ Ah! - exclamó mister Rafiel, con un bufido—.¡De que reflexiones son capaces este par de carcamales!
-¿Es que no considera usted cierto lo que acabo de decir? -le preguntó miss Marple.
-¡Oh, sí! Por supuesto que sí. Ahora bien, ¿no cree usted a su vez que tengo razón cuando afirmo que conforme a las normas clásicas en este género de asuntos, yo debiera ser una de las víctimas?
—Eso depende de los beneficios que reportara su muerte al asesino.
—Nadie se beneficiaría realmente con mi desaparición. Aparte, como ya he dicho, de mis competidores dentro del mundo de los negocios, quienes, por otro lado, saben que no duraré ya mucho tiempo. No soy tan estúpido como para dejar una fuerte cantidad de dinero dividida entre mis parientes. A poco tocarán éstos cuando el Gobierno haya entrado a saco en mi fortuna. ¡Oh, sí! Hace años que arreglé esa cuestión. Ciertas instituciones se la llevarán casi en su totalidad.
—Jackson, por ejemplo, ¿no sacaría nada en limpio?
—No obtendría ni un penique —dijo mister Rafiel gozosamente—. A ese joven le estoy pagando un salario que representa el doble de lo que percibiría en cualquier otro trabajo. Por tal motivo soporta con paciencia mi mal genio y se da cuenta perfectamente de que cuando yo muera él experimentará una gran pérdida.
—¿Qué me dice usted de la señora Walters?
—Lo que he declarado anteriormente es válido para Esther. Personalmente, la considero una buena muchacha. Es una secretaria de primera clase, inteligente, de buen carácter, se ha amoldado a mis maneras y no se afecta ni aun en el caso de que llegue a insultarla. Se conduce igual que una enfermera a la que hubiera tocado en suerte cuidar a un enfermo insoportable. Me irrita algo en ocasiones, pero no hay modo de evitar esto. No posee rasgos excesivamente sobresalientes. La veo como una mujer joven, de tipo bastante común. A mí me parece que hubiera sido difícil hallar otra persona más idónea para tratar conmigo. Esther ha pasado mucho a lo largo de su vida. Se casó con un hombre que no la merecía. Yo aseguraría que tal unión fue fruto de su inexperiencia con el sexo opuesto. Es frecuente esto entre las mujeres. Se enamoran del primero que les cuenta cuatro lástimas. Se hallan convencidas de que todo lo que el hombre necesita es la comprensión femenina. Una vez casados, él se decide a vivir su vida... Por suerte, su calamitoso marido falleció. Una noche bebió más de la cuenta en una reunión y en la calle fue atropellado por un autobús, sobre cuyas ruedas delanteras se había precipitado.

Esther tenía una hija que mantener y volvió a trabajar como secretaria. Hace cinco años que está conmigo. Le dije con toda claridad desde el principio que no abrigara esperanza de lograr algún beneficio en el caso de que yo falleciese. Empecé pagándole un salario alto, muy alto, el cual he ido aumentando año tras año, a razón de una cuarta parte más por cada período de tiempo. Por muy honrada que sea la gente no hay que confiar jamás en *nadie...* He ahí por qué le dije a Esther nada más contratarla que no debía esperar nada de mi muerte. Así pues, cuantos más años viva yo más ganará. Si ahorra casi todo el sueldo (y eso creo que ha venido haciendo), cuando yo desaparezca de este mundo será una mujer acomodada. Me he hecho cargo de la educación de su hija, habiendo depositado una suma en un Banco para que le sea entregada a aquélla en cuanto alcance la mayoría de edad. Usted ya ve que Esther Walters es una mujer ventajosamente situada en la vida hoy en día. Mi muerte, permítame que se lo diga así, significaría para ella un grave quebranto financiero. Esther sabe todo esto... Esther es una joven extraordinariamente sensata.

-¿Hay algo entre ella y Jackson?

Mister Rafiel pareció experimentar ahora un pequeño sobresalto.

-¿Ha observado usted alguna cosa entre ellos que le haya llamado la atención? Bueno, creo que, sobre todo últimamente, Jackson ha estado rondándola. Es un joven de buen ver, desde luego, pero, en mi opinión, ha perdido el tiempo. Citemos, por no decir más, un hecho: la diferencia de clases. Dentro de la escala social, Esther queda por encima de él, aunque no a mucha distancia. Ya sabe usted lo que pasa: los individuos de la clase media baja son gente muy especial. La madre de Esther era maestra nacional y su padre empleado de Banca. No. No creo que ella llegue a hacerle mucho caso a Jackson. Me atrevería a decir que éste pretende asegurarse el porvenir. Me inclino a pensar, no obstante, que no va a lograr su propósito.

- ¡Sssss! ¡Se acerca! -murmuró miss Marple.

En efecto, Esther Walters se aproximaba a los dos, procedente del hotel.

-Fíjese en que es una mujer muy bien parecida -dijo mister Rafiel-. Sin embargo, no brilla. No sé por qué, pero se la ve como apagada...

Miss Marple suspiró. Su suspiro podía haber salido del pecho de cualquier mujer de edad dedicada a considerar por unos minutos la serie de oportunidades perdidas a lo largo de su existencia. Miss Marple había oído muchas veces comentarios referentes a aquello, casi indefinible, de que carecía Esther. «No tiene *gancho»,* se decía

en tales casos. Y también: «Le falta *sex-appeal»,* o «no *dice* nada a los hombres...» Tratábase, en resumen, de una mujer en posesión de unos bonitos cabellos y una figura equilibrada, dueña de unos ojos almendrados poco comunes y una agradable sonrisa... Y pese a todo le faltaba *aquel* algo misterioso que obliga a los hombres instintivamente a volver la cabeza en la calle cuando se cruzan con determinadas mujeres.
Ambos se observaban mientras se acercaba.
-Debiera casarse de nuevo -susurró miss Marple.
-Sí. Esther sería una esposa excelente.
Esther Walters, por fin, se unió a ellos. Mister Rafiel, con voz ligeramente afectada, dijo:
-¡Vaya! ¡Menos mal que ha aparecido usted! ¿Qué es lo que la ha retenido tanto tiempo por ahí?
- Esta mañana todos parecen haberse puesto de acuerdo: no cesan de cursar cables y más cables... La gente tiene prisa por irse de aquí.
-¿De veras? ¿Como consecuencia del asesinato de esa chica indígena?
-Eso creo. Tim Kendal anda muy preocupado.
-Es lógico. Todo esto va a ser un duro golpe para la joven pareja.
-Tengo entendido que al hacerse cargo de este hotel emprendieron una aventura de dudosos resultados, dadas sus fuerzas. Naturalmente, han estado trabajando en todo momento con inquietud. El asunto marchaba, sin embargo...
-Saben lo que se traen entre manos, efectivamente. Él es un hombre muy capaz y un infatigable trabajador. Ella es una chica muy agradable, sumamente atractiva —manifestó mister Rafiel—. Los dos han trabajado como negros... Bueno, aquí esta expresión suena de un modo muy raro, pues, por lo que llevo visto en la isla, los «morenos» no están dispuestos a matarse, ni mucho menos, a la hora de rendir el cotidiano esfuerzo. ¡Cuántas veces he sorprendido alguno abriendo un coco para procurarse el desayuno, acostándose luego a dormir para el resto del día! ¡Qué vida!
Tras unos segundos de silencio, mister Rafiel añadió:
—Miss Marple y yo hemos estado ocupándonos del asesinato de Victoria Johnson.
Esther Walters pareció en aquellos momentos levemente sobresaltada. La joven volvió la cabeza hacia miss Marple.
—Me había equivocado con ella —declaró mister Rafiel, con su característica franqueza—. Nunca me han gustado mucho las mujeres del tipo de miss Marple, que se pasan el día dale que dale a las agujas y a la lengua. Esta miss Marple es otra cosa. Tiene

ojos y oídos y sabe muy bien usarlos.
Esther Walters dirigió una mirada de excusa a miss Marple, quien ni siquiera se dio por aludida.
—Eso, en boca de mister Rafiel, es más bien un cumplido —señaló Esther.
—Lo he comprendido en seguida —declaró miss Marple—. También me he dado cuenta de que mister Rafiel es un ser que disfruta de ciertos privilegios.
—¿Qué quiere dar a entender con eso? -quiso saber el anciano.
—Que puede mostrarse rudo cuando así le apetece, sin más —respondió miss Marple.
—¿He sido yo rudo? —inquirió mister Rafiel, sorprendido—. Si es así, le ruego me perdone. No he querido ofenderla.
—No me ha ofendido usted. Soy comprensiva.
—Bueno, Esther, ¿por qué no coge una silla y se sienta? Tal vez pueda ayudarnos.
Esther se fue hacia el «bungalow», regresando con un sillón de mimbre.
—Habíamos empezado hablando del viejo Palgrave, de su muerte y de sus interminables historias —manifestó el anciano.
—¡Oh! -exclamó Esther-. Tengo que reconocer que siempre que pude huí del comandante, temiendo que me «colocara» uno de sus «discos».
—Miss Marple demostró tener más paciencia —señaló mister Rafiel—. Díganos, Esther: ¿le contó a usted alguna vez el comandante cierta historia relacionada con un crimen?
—Pues, sí —repuso Esther—. En varias ocasiones...
—¿Cómo era, exactamente? A ver, haga memoria.
—Veamos... —Esther hizo una pausa, reflexionando—. Lo malo es —dijo en tono de excusa— que nunca escuché las palabras de aquel hombre con mucha atención... Tenía yo presente en tales momentos el cuento del león de Rodesia, que Palgrave había repetido hasta cansar a todos. Yo, como otras personas, fingía estar escuchándole cortésmente, pero la verdad era que, mientras él hablaba, me dedicaba a pensar en mis cosas.
—Díganos entonces, simplemente, lo que usted recuerde.
—Me parece que el relato se refería a un caso recogido por la Prensa. El comandante Palgrave decía que tenía en su haber una experiencia por pocas personas vivida: haberse visto frente a un auténtico asesinato.
—¿«Haberse visto»? ¿Se expresó él así realmente? —preguntó mister Rafiel.

Esther fijó en éste una confusa mirada.
—Creo que sí —dijo vacilando—. Puede también que él declarara: «Estoy en condiciones de mostrarle a usted un asesino.»
—Son dos cosas muy distintas. ¿Cuál estima válida?
—No estoy segura... Creo que me dijo que pensaba enseñarme una fotografía de alguien.
—Eso ya está mejor.
— Luego me echó un larguísimo discurso sobre Lucrecia Borgia.
—Sáltese lo referente a ella. Sabemos todo lo que hay que saber acerca de Lucrecia.
— Palgrave se puso a hablar de los envenenados y de que Lucrecia era muy bella, contando con unos hermosos cabellos rojizos. Añadió a esto una afirmación: «Es probable que diseminadas por el mundo, haya muchas más envenenadoras de las que nosotros nos figuramos.»
—Mucho me temo que eso sea cierto —manifestó miss Marple.
—Y calificó el veneno de «arma femenina».
—Por lo que veo, el hombre solía apartarse del tema central de sus relatos, entregándose a la divagación —declaró mister Rafiel.
—Eso era un hábito en él. Había que interrumpirle con algún monosílabo o frase breve: «Sí, sí», «¿De veras, comandante?» y «¡No me diga...!».
— ¿Qué hay de esa fotografía que dijo que pensaba enseñarle?
—No recuerdo... Debió referirse a una que viera en un periódico...
—¿No le mostró ninguna instantánea?
—¿Una instantánea? No —Esther movió la cabeza—. De eso sí que estoy segura. Dijo que ella era una mujer muy guapa y que mirándola a la cara nadie la hubiera juzgado capaz de cometer un crimen.
—¿Ella?
—Ya ve usted -apuntó miss Marple-. Ahora todo se hace más confuso todavía.
—¿Le habló de una mujer? —preguntó mister Rafiel.
—¡Oh, sí!
—¿Era el personaje de la fotografía una mujer?
—Sí.
—¡No puede ser!
—Pues lo era —insistió Esther—. Palgrave me dijo: «Ella se encuentra en esta isla. Ya le diré quién es. Luego le referiré la historia completa.»
Mister Rafiel lanzó una exclamación. A la hora de decir lo que pensaba del comandante Palgrave no midió las palabras.

—Es muy probable que no fuera verdad nada de lo que ese chiflado contara.
—Una comienza a dudar —murmuró miss Marple.
—Queramos o no, hemos de llegar a esa conclusión —dijo mister Rafiel—. El muy estúpido iniciaba sus peroratas con relatos de caza. Contaba minuciosamente cómo preparaba el cebo para las fieras; sus andanzas tras los tigres y los elefantes; los apuros en que se había visto, acosado por los leones... Una o dos de estas cosas serían verdad; varias habrían sido alumbradas por su calenturienta imaginación; una última parte, por fin, serían episodios vividos por otras personas. Después, invariablemente, abordaba el tema del crimen, rematándolo con una historia a propósito. Y, lo que es más, lo que contaba se lo atribuía, erigiéndose en protagonista. Apostaría lo que fuese a que sus historias procedían de los periódicos o de los seriales de la televisión.
Mister Rafiel señaló con un dedo acusador a su secretaria.
—Usted admite que escuchó más de una vez sin prestar atención casi a lo que ese hombre decía. Existe la posibilidad de que alterara el sentido de sus declaraciones, ¿no?
—Puedo asegurarle que Palgrave se refirió a una mujer —respondió Esther, obstinadamente-. Y puedo asegurárselo porque, naturalmente, me pregunté en seguida a quién se estaría refiriendo.
—¿Pensó usted en alguien en aquellos momentos? —inquirió miss Marple.
Esther se ruborizó, dando muestras de algún nerviosismo.
—¡Oh! En realidad, no... Quiero decir que no me gustaría...
Miss Marple no insistió. Se figuró inmediatamente que la presencia de mister Rafiel era un factor desfavorable a la hora de averiguar con precisión cuáles habían sido las suposiciones de Esther Walters en el transcurso de la conversación que mantuviera con el comandante. Aquéllas habrían aflorado fácilmente en un *tête-a-tête* entre las dos. Existía, por otro lado, la posibilidad de que la joven estuviese mintiendo. Desde luego, miss Marple no hizo la menor sugerencia en tal aspecto. Consideró eso un riesgo remoto, que se inclinaba a desestimar. No. No creía que la secretaria de mister Rafiel estuviera vertiendo una sarta de embustes en sus oídos. Y, en el caso contrario, ¿qué ventajas podía conseguir con sus mentiras?
—Veamos... —medió mister Rafiel, dirigiéndose a miss Marple—. Usted ha dicho que le refirió una historia relativa a un criminal y que le comunicó que poseía una fotografía suya, que se proponía enseñarle, ¿no es cierto?
—Eso es lo que imaginé, sí.

—¿Que usted se imaginó eso? ¡Pero si al principio me dio a entender que estaba absolutamente segura de ello!
Miss Marple replicó, sin amilanarse:
—No resulta nunca fácil repetir una conversación. Sí. Se hace sumamente difícil repetir con precisión todo cuanto los demás han dicho. Una se siente siempre inclinada a referir lo que cree que ellos han querido decir. A menudo se les atribuyen palabras que no han pronunciado. El comandante Palgrave me contó esa historia de que le he hablado, sí. Me comunicó que el hombre que, a su vez, se la había referido, el doctor, le había enseñado una fotografía del asesino. Pero si he de ser sincera tengo que admitir que lo que él realmente me dijo fue: «¿Le gustaría ver la foto de un criminal?» Naturalmente, supuse que se trataba de la misma instantánea de que había estado hablando, la de aquel particular delincuente. Ahora bien, hay que reconocer que es posible —aunque exista una posibilidad contra cien— que en virtud de una asociación de ideas saltase de la instantánea de la que había estado hablando a otra, tomada recientemente, en la que aparecía alguien de aquí, a quien miraba, convencido, como un asesino.
—¡Mujeres, en fin de cuentas! —exclamó mister Rafiel con desesperación—. ¡Todas son iguales! No sabrán hablar jamás con precisión. Nunca están seguras de si una cosa fue de esta manera o de esta otra. Ahora... -añadió irritadísimo—, ¿dónde estamos? ¿Adonde hemos ido a parar? -con un fuerte resoplido, preguntó-. ¿Pensaremos en Evelyn Hillingdon, o en Lucky, la esposa de Greg...? ¡Esto es un verdadero lío!
En aquel instante los tres oyeron una discreta tos.
Arthur Jackson se encontraba junto a mister Rafiel. Habíase acercado a ellos tan silenciosamente que nadie había advenido su presencia.
Inclinándose hacia el anciano, dijo:
-Es la hora de su masaje, señor.
Mister Rafiel dio rienda suelta inmediatamente a su mal genio, gritándole:
-¿Qué se propone usted deslizándose hasta aquí de este modo, produciéndome un sobresalto? ¿Qué es lo que ha hecho para que no le oyese venir?
-Lo siento, señor.
-Hoy no quiero ni oír hablar de masajes. Además, ¡para el bien que me reportan!
-No debiera decir eso, señor —Jackson atendía a mister Rafiel con una amabilidad de tipo profesional-. Pronto lo lamentaría usted si suspendiésemos esas sesiones.

Hábilmente, el joven hizo girar la silla de ruedas, orientándola hacia el «bungalow».
Miss Marple se puso en pie. Después de obsequiar a Esther con una sonrisa se encaminó a la playa.

CAPITULO DIECIOCHO

CONFIDENCIAS

La playa estaba más bien desierta aquella mañana. Greg braceaba en el agua con su habitual estilo natatorio, muy ruidoso. Lucky se había tendido en la arena, boca abajo. Su espalda, tostada por el sol, se hallaba profusamente untada de aceite y sus rubios cabellos habían quedado extendidos sobre los hombros.

Los Hillingdon no se encontraban allí. La señora de Caspearo, atendida como siempre por una corte de caballeros, yacía boca arriba, hablando el sonoro y cascabelero idioma español. Junto a la orilla reían y jugaban varios niños italianos y franceses. El canónigo y su hermana, la señorita Prescott, se habían sentado en sendos sillones, dedicándose tranquilamente a observar las escenas que se iban sucediendo ante ellos. El canónigo se había echado el sombrero sobre los ojos y parecía dormitar. No muy lejos de la señorita Prescott había un sillón desocupado, feliz circunstancia de la que se aprovechó sin la menor vacilación miss Marple.

Al sentarse junto a su amiga, aquélla suspiró.

-Estoy enterada de todo —manifestó la señorita Prescott.

Lacónicamente, las dos habían aludido al mismo hecho: el asesinato de Victoria Johnson.

—¡Pobre muchacha! —exclamó miss Marple.

—Un episodio muy triste, sí, señor —comentó el canónigo—. Un episodio verdaderamente lamentable.

—Por un momento se nos pasó por la cabeza, a Jeremy y a mí, la idea de marcharnos del hotel. Luego decidimos lo contrario porque tal cosa suponía una desatención para los Kendal. En fin de cuentas ellos no tienen la culpa de lo ocurrido... Lo de aquí podía haber sucedido en cualquier otro sitio.

—En medio de la vida ya nos hallamos muertos —dijo el canónigo.

—Esa pareja, ¿sabe usted?, tiene una gran necesidad de triunfar en su empeño. Han invertido todo el dinero que poseían en este hotel —señaló la señorita Prescott.

—Molly es una joven muy dulce —manifestó miss Marple—. Últimamente no parece encontrarse muy bien.

—Es muy nerviosa. Por supuesto, su familia...

La señorita Prescott movió la cabeza, dubitativamente.

—Yo creo, Joan, que hay cosas que es mejor... -El canónigo pronunció las palabras anteriores con un suave tono de reproche-.

—Eso lo sabe todo el mundo —contestó la hermana—. Sus familiares viven en la misma ciudad que nosotros. Uno de sus tíos, en cierta ocasión, se despojó de todas sus ropas en una estación del Metro. En Green Park, creo que fue donde sucedió ese bochornoso incidente.
—Joan: eso es algo que ni siquiera debieras mencionar.
—Es terrible -comentó miss Marple-. Sin embargo, me parece que esa forma de locura es bastante común. Recuerdo que hallándonos trabajando en una obra benéfica, un pastor ya anciano, hombre extraordinariamente sobrio y respetable, se vio afligido por el mismo trastorno. Hubo que telefonear a su esposa, quien acudió en seguida, llevándoselo a casa envuelto en una sábana.
—Desde luego, a los familiares más próximos de Molly no les ocurre nada de particular —dijo la señorita Prescott—. Ella no se llevó nunca bien con su madre... Claro que hoy en día esto no es raro.
—Una lástima —murmuró miss Marple—. Sí, porque las chicas deberían aprovechar la experiencia, el conocimiento del mundo que tienen sus madres.
—Exacto —convino la señorita Prescott—. Molly fue a dar con un hombre poco o nada adecuado para ella, según me han dicho.
—Es algo que ocurre a menudo.
—Sus familiares, naturalmente, se le enfrentaron. Ella no les había dicho nada y tuvieron que enterarse de lo que ya estaba en marcha, por personas extrañas. Inmediatamente, su madre le indicó la conveniencia de que presentara a los suyos el pretendiente. Creo que la chica se negó a proceder así. Señaló que eso era humillante para el muchacho. Había de resultar incluso ofensivo para el joven verse sometido a un minucioso examen por parte de la familia de la novia, igual que si hubiese sido un caballo de carreras. Esto fue lo que Molly puso de relieve.
Miss Marple suspiró.
—Se necesita desplegar un gran tacto a la hora de tratar a los jóvenes -declaró.
-Bueno, el caso es que le prohibieron a Molly que volviera a ver a su amigo.
-Pero, ¡eso no se puede hacer en nuestros días! Actualmente las muchachas se colocan, ocupan toda clase de empleos, se ven obligadas a alternar con las gentes más diversas, quieran o no.
-Más tarde, afortunadamente, Molly conoció a Tim Kendal -prosiguió diciendo la señorita Prescott-. El otro se esfumó. Ya se puede usted figurar qué suspiro de alivio se les escapó a los familiares de la muchacha.

-En mi opinión, aquéllos no procedieron como debían —declaró miss Marple-. Con semejante conducta lo único que se logra es que las chicas no se relacionen con los muchachos más indicados para ellas.
-Sí, eso es lo que pasa.
-Yo misma recuerdo que en cierta ocasión...
Miss Marple evocó cierto episodio de su juventud. En una reunión había conocido a un chico... que le había parecido amable en sumo grado, alegre. Contra todo lo esperado, y después de haber frecuentado su trato, al visitarle más de una vez, había descubierto que era un hombre aburrido, muy aburrido.
El canónigo daba la impresión de haberse adormecido de nuevo y miss Marple abordó el tema que había estado ansiando tratar a lo largo de aquella conversación.
-Desde luego, usted parece saber mucho acerca de este lugar —murmuró—. Son ya varios los años que vienen por aquí, ¿no?
-Tres, exactamente. Nos gusta St. Honoré. Siempre damos con gente muy agradable. No se ven por estos parajes los deslumbrantes nuevos ricos que una encuentra en cualquier otra parte.
-Así, pues, me figuro que conocen bien a los Hillingdon y a los Dyson...
-Sí, sí. Bastante bien.
Miss Marple tosió discretamente, bajando la voz.
-El comandante Palgrave me refirió una interesante historia -dijo.
-Contaba con un verdadero repertorio de ellas, ¿verdad que sí? Claro, ¡había viajado tanto! Conocía África, India, China, incluso, me parece.
-En efecto -confirmó miss Marple-. Pero yo no me refería a uno de sus típicos relatos. La historia a que he aludido afectaba... ¡ejem...!, afectaba a una de las personas que acabo de mencionar.
-¡Oh! -exclamó la señorita Prescott, simplemente.
-Sí. Yo me pregunto ahora... -miss Marple paseó la mirada por toda la playa, deteniéndola en la grácil figura de Lucky, que continuaba tostándose pacientemente la espalda-. Un color moreno muy bonito el suyo, ¿eh? -observó-. En cuanto a sus cabellos... Son preciosos, verdaderamente. Tienen el mismo tono que los de Molly Kendal, ¿no cree usted?
-La única diferencia que hay entre las dos cabelleras es que el matiz de la de Molly es natural, en tanto que la otra tiene que recurrir a la química para lograr un color semejante —se apresuró a subrayar la señorita Prescott.
-Pero... ¡Joan! -protestó el canónigo, despertando cuando menos lo

esperaban las dos mujeres-. ¿No crees que eso que dices es, sencillamente, falta de caridad?
-No es falta de caridad -repuso su hermana con acritud-. Es sólo un hecho irrebatible.
—A mí los cabellos de esa señora me parecen muy bonitos.
—Naturalmente. Para eso se los tinta. Pero tengo que decirte con toda seguridad, mi querido Jeremy, que esa mujer no podrá nunca engañar a otra en ese terreno. ¿No es así, miss Marple?
—Bueno... Mucho me temo carecer de la experiencia que usted tiene, pero... sí, yo me inclinaría a decir al primer golpe de vista que ese color de sus cabellos *no es natural.* Cada cinco o seis días, por su parte inferior, presentan un tono...
Miss Marple no acabó la frase. Fijó la mirada en la señorita Prescott y las dos mujeres hicieron un gesto de afirmación. Ya se entendían.
El canónigo pareció estar dormitando de nuevo.
—El comandante Palgrave me contó una historia verdaderamente extraordinaria -murmuró miss Marple-, acerca de... Bien. Lo cierto es que no llegué a oírla en su totalidad. En ocasiones me quedo como sorda. Pareció decir... o sugerir...
Miss Marple hizo una estudiada pausa.
—Ya sé a qué desea referirse. Circularon rumores en aquella época...
— ¿Está usted pensando en aquella en que...?
—Hablo de cuando murió la señora Dyson. Su muerte sorprendió a todo el mundo. En efecto, todos la tenían por una *malade imaginaire...* Era una hipocondríaca. Al sufrir un ataque y morir tan inesperadamente... Bueno. El caso es que la gente dio en murmurar...
—¿No... no pasó nada entonces?
—El médico se mostró desconcertado. Era muy joven y no poseía mucha experiencia. Tratábase de uno de esos doctores que confían en curarlo todo mediante los antibióticos. Supongo que sabrá a qué tipo de galenos me refiero: a esos que no se molestan en estudiar a fondo al paciente, que no estudian nunca la causa de la enfermedad. Esos médicos se limitan siempre a recetar unas píldoras y cuando ven que las mismas no van bien, recurren a cualquier otro preparado. Yo creo que el hombre se mostró algo confuso ante aquel caso... Por lo visto la señora Dyson sufrió anteriormente una complicación de tipo gástrico. Esto, al menos, dijo su esposo. Y entonces no parecía existir razón alguna para creer que allí existiese algo anormal.
—Pero usted pensó que...
—Pues... Yo me esfuerzo por ver el lado bueno de la gente. Sin

embargo, uno se pregunta a veces... Y teniendo en cuenta las afirmaciones de algunas personas...

— ¡Joan! —el canónigo se había incorporado, adoptando ahora una actitud beligerante—. No me gusta... Decididamente no me gusta oírte hablar así... Y lo que es más importante, ¡no hay que pensar mal! Este debiera ser el lema de todos los cristianos, hombres y mujeres.

Las dos mujeres guardaron silencio. Acababan de ser amonestadas y aguantaron y compartieron la reprimenda en señal de respeto al sacerdote. Pero interiormente se hallaban irritadas y nada arrepentidas. La señorita Prescott miró a su hermano con animosidad. Miss Marple volvió a su interminable labor de aguja. Afortunadamente para ellas la diosa Casualidad estaba de su parte.

— *Mon pére* —dijo alguien con débil y chillona voz.

Había hablado uno de los niños franceses que habían estado jugando junto al agua. Aquél habíase acercado al grupo sin que nadie se diese cuenta, quedándose al lado del canónigo Prescott.

— *Mon pére* —repitió la aflautada voz.

—¡Hola! ¿Qué hay, pequeño? *Oui, qu'est-ce qu'il y a, mon petit?*

El chiquillo le explicó lo que ocurría. Habíase producido una disputa entre sus camaradas de juegos. No se sabía a ciencia cierta ya a quién le tocaba valerse de las calabazas que utilizaban alternativamente para aprender a nadar. Existían otras cuestiones de etiqueta que convenía aclarar. El canónigo Prescott amaba extraordinariamente a los niños. Le encantaba que éstos recurrieran a él para actuar como arbitro de sus disensiones. Abandonó su sillón de buena gana para acompañar al chiquillo hasta el sitio en que se hallaban sus amigos. Miss Marple y la señorita Prescott suspiraron sin el menor disimulo, volviéndose ávidamente la una hacia la otra.

—Jeremy, siempre tan recto, desde luego, se opone terminantemente a las murmuraciones —manifestó la hermana del canónigo—. Pero por mucho que uno quiera, no se puede ignorar lo que afirma la gente. Y, como ya le he dicho, en los días en que ocurrió la muerte de la señora Dyson, aquélla no se cansó de hacer comentarios.

—¿De veras?

Estas palabras de miss Marple no tenían otro objeto que el de acelerar las declaraciones de su amiga.

—Esa joven, entonces la señorita Greatorex, según creo (no lo sé con seguridad), era prima, o algo por el estilo, de la señorita Dyson, a la cual cuidaba. Se preocupaba de que tomase los medicamentos a sus horas y otras cosas semejantes -la señorita Prescott hizo aquí

una breve y significativa pausa—. Tengo entendido que la señorita Greatorex y el señor Dyson paseaban juntos en algunas ocasiones. Eran muchos los que les habían visto en ese plan. En los sitios pequeños es muy difícil que estas cosas escapen a la observación de los demás. Por otro lado circuló una curiosa historia acerca de un producto que Edward Hillingdon había adquirido en una droguería...

—¡Oh! ¿Entra Edward Hillingdon en esta historia?

—¡Ya lo creo! Y que daba muestras de estar deslumbrado. La gente se dio cuenta de ello. Lucky, la señorita Greatorex, jugó con los dos hombres, enfrentándolos: Gregory Dyson y Edward Hillingdon... Siempre había sido una mujer muy atractiva. Hay que reconocerlo: lo es aún.

—Si bien, naturalmente, resulta ahora menos joven que antes. ¿Comprende lo que quiero decir? —inquirió miss Marple.

—Perfectamente. No obstante, se *aguanta...* Por supuesto, no hay que buscar en ella a la chica deslumbrante de los años en que vivía con la familia como pariente pobre, aunque no se la mirase como tal. Siempre demostró un gran afecto por la inválida.

—En cuanto a esa historia que circuló sobre la adquisición de un producto en una droguería, compra efectuada por Edward Hillingdon, ¿cómo pudo llegar la misma a divulgarse?

—Creo que eso no ocurrió en Jamestown sino en Martinica. Los franceses, según tengo entendido, son menos rigurosos en lo tocante a drogas... El dueño del establecimiento habló un día con un amigo y el relato comenzó a circular... ¿A qué decir más? Ya sabe usted cómo se propagan esos comentarios.

Miss Marple lo sabía bien, en efecto. Nadie mejor informada que ella en tal aspecto.

-El hombre refirió que el coronel Hillingdon le había pedido una cosa que no conocía... El nombre de la misma había sido escrito en un papel, que consultara al formular su petición. Bueno, ya le he dicho que todo eso eran habladurías.

-Pero es que no me explico por qué el coronel Hillingdon...

Miss Marple frunció el ceño, perpleja.

-Imagino que fue utilizado como instrumento. Sea lo que sea, la verdad es que Gregory Dyson se casó muy poco tiempo después de la muerte de su primera mujer. Un mes más tarde, tal vez. Aquello fue una vergüenza.

Las dos mujeres se miraron.

-Pero, ¿nadie llegó a concebir realmente sospechas? -preguntó miss Marple.

-No, no. Todo quedó en eso: en habladurías, en simples

murmuraciones. ¡ Mujer! Siempre existía la posibilidad de que no hubiese absolutamente nada de extraño en aquello.

-El comandante Palgrave no pensaba así.

-¡Ah! ¿Se lo dijo a usted?

-La verdad es que le estuve escuchando sin prestarle mucha atención —confesó miss Marple-. Yo me preguntaba ahora si... ¡ejem...! Si llegó a contarle las mismas cosas a usted.

-Fue muy explícito conmigo cierto día...

-¿Sí?

-En realidad, me figuré en un principio que estaba refiriéndose a la señora Hillingdon. Siseó un poco, soltó una risita y me dijo: «Fíjate en esa mujer. En mi opinión es autora de un grave crimen, habiendo conseguido burlar a la Justicia.» Yo me quedé muy impresionada, desde luego. Respondí: «Seguro que está usted bromeando, comandante Palgrave.» Él me contestó entonces: «Sí, sí, querida señorita Prescott, dejémoslo en eso, en broma.» Los Dyson y los Hillingdon se habían sentado en una mesa cercana a la nuestra y temí que lo hubiesen oído todo. Palgrave tornó a reír, manifestando: «No me extrañaría nada que hallándome en cualquier reunión alguien pusiera en mis manos un cóctel debidamente *preparado.* Eso sería algo así como una cena con los Borgia.»

-¡Qué interesante! -exclamó miss Marple-. ¿No mencionó en ningún momento de su conversación cierta... cierta fotografía?

-No recuerdo... ¿Se refiere usted a algún recorte periodístico?

Miss Marple, a punto de hablar, cerró la boca. Una sombra se interpuso entre sus ojos y el sol... Evelyn Hillingdon acababa de detenerse junto a las dos mujeres.

-Buenos días -dijo la recién llegada.

-Me estaba preguntando adonde habría ido usted -declaró la señorita Prescott, levantando la vista.

-Fui a Jamestown, a comprar algunas cosas.

-¡Ah, ya!

La señorita Prescott miró a su alrededor, en un involuntario movimiento, y Evelyn Hillingdon se apresuró a decir:

—Edward no me acompañó. A los hombres les disgusta ir de tiendas.

—¿Dio con algo interesante?

—No iba buscando nada de particular. Lo que necesitaba podía encontrarlo en cualquier droguería.

Evelyn Hillingdon se despidió de miss Marple y de la señorita Prescott con una sonrisa, continuando despacio su camino.

—Los Hillingdon son gente muy agradable —manifestó la hermana del canónigo—. Ella, sin embargo, no sé... Tiene un carácter un

poco intrincado. Es una persona simpática, complaciente y todo lo que usted quiera, pero da la impresión de ser una de esas mujeres a las que una no acaba de conocer nunca.
Miss Marple, pensativa, hizo un gesto de asentimiento.
—No sabe una jamás qué es lo que piensa realmente —declaró luego la señorita Prescott.
—Quizá sea eso lo mejor —comentó miss Marple.
—¿Cómo?
—¡Oh! En realidad quería aludir a una impresión puramente personal que he experimentado siempre ante esa mujer. No sé si estaré equivocada, pero estimo que sus pensamientos podrían resultar bastante desconcertantes. En ocasiones, al menos.
—Creo comprenderla perfectamente -murmuró la señorita Prescott, un tanto confusa, abordando seguidamente otro tema—. Parece ser que poseen una casa encantadora en Hampshire. Tienen un hijo, ¡no!, son dos, que en la actualidad se encuentran en Winchester... Bueno, uno de ellos, según tengo entendido.
—¿Conoce usted Hampshire bien?
—Ni bien ni mal. Su casa, me han dicho, cae cerca de Alton.
Miss Marple guardó silencio un instante antes de preguntar a la señorita Prescott:
—¿Y dónde viven los Dyson?
—En California. Es decir, allí tienen su casa. Les agrada mucho viajar a los dos.
—Una, realmente, ¡sabe tan pocas cosas sobre las personas que va tratando en el transcurso de sus viajes! -exclamó miss Marple-. Bueno... Quiero decir que... ¿Cómo explicaría esto? Se conoce siempre, exclusivamente, lo que otros desean contarnos. Por ejemplo: usted no sabe a ciencia cierta si los Dyson viven en California o no.
La señorita Prescott pareció sobresaltarse.
—Estoy segura de que así me lo dijo el señor Dyson.
—Sí, eso es. A ello deseaba referirme. Lo dicho rige también para los Hillingdon, quizá. Me explicaré... Al asegurar usted que viven en Hampshire no hace otra cosa que repetir todo lo que esa pareja le indicó, ¿es verdad o no?
La señorita Prescott hizo ahora un gesto que denotaba su alarma.
—¿Quiere darme a entender que no es cierto que vivan allí? -preguntó.
—No, no, en absoluto —se apresuró a contestar miss Marple—. Les utilizaba únicamente como ejemplo, para demostrarle de un modo práctico que una, hablando en términos generales, sólo sabe de la gente lo que ésta le cuenta. Sigamos con otro ejemplo. Yo le he

dicho a usted que vivo en St. Mary Mead, sitio del que, indudablemente, no habrá oído hablar jamás. Pero este dato no lo ha averiguado usted, digámoslo así, por sus propios medios, directamente, ¿eh?

La señorita Prescott no quiso responder que a ella, realmente, le tenía sin cuidado saber si miss Marple vivía en St. Mary Mead o no. Le constaba que este lugar quedaba hacia el sur de Inglaterra, en plena campiña, y ahí terminaban sus conocimientos sobre el particular.

-Me parece haberla comprendido perfectamente -declaró—. Sé muy bien que cuando se va por el mundo todas las precauciones son pocas.

-No es eso exactamente lo que yo quise decir -contestó miss Marple.

En aquellos instantes cruzaron por la mente de aquélla unas ideas muy raras. Bueno, ¿sabía ella misma en realidad si el canónigo Prescott y su hermana eran de verdad lo que aparentaban ser? Eso afirmaban los dos. Carecía de pruebas con que refutar unos argumentos que esgrimían pasivamente. A ningún hombre le hubiera costado mucho trabajo procurarse un cuello blanco como el que llevaba el canónigo, junto con las ropas adecuadas, hablando siempre en el tono conveniente. Si a todo esto se agregaba un móvil.

Miss Marple conocía a fondo el carácter y los modales de los sacerdotes que vivían en su región. Ahora bien, los Prescott procedían del norte de su país. Durham, ¿no? Indudablemente, se trataba de los hermanos Prescott... Y, sin embargo, tornó al mismo pensamiento de antes. Se creía siempre lo que la gente deseaba que creyéramos.

Tal vez lo prudente fuera mantenerse en guardia contra eso. Quizá... Miss Marple movió la cabeza pensativamente.

CAPITULO DIECINUEVE

UNA NUEVA APLICACIÓN DE UN ZAPATO

El canónigo Prescott regresó de la orilla de la playa bastante fatigado. (Los juegos con los niños resultaban siempre extenuantes.) Habiéndoles parecido que allí empezaba a hacer mucho calor, él y su hermana volvieron al hotel.
La señora de Caspearo hizo un desdeñoso comentario cuando se hubieron ido:
—No me lo explico... ¿Cómo puede parecerles una playa calurosa? Eso es una insensatez. A todo esto, ¡hay que ver cómo va vestida ella! ¡Si se tapa hasta el cuello! Quizá sea preferible que proceda así. Tiene una piel horriblemente fea. ¡Piel de gallina, seguramente!
Miss Marple suspiró profundamente. Ahora o nunca... Estimaba llegado el momento de sostener una conversación con la señora de Caspearo. Desgraciadamente, no se le ocurría nada. Al parecer no existía un terreno común dentro del cual las dos pudieran encontrarse.
—¿Tiene usted hijos, señora? -le preguntó.
-Tengo tres ángeles —respondió la otra, besándose las yemas de los dedos.
Miss Marple no supo, de momento, a qué carta quedarse. ¿Estaba la descendencia de la señora de Caspearo en el cielo o bien había querido aquélla referirse a la dulzura del carácter de sus hijos?
Uno de los caballeros que le hacían la guardia permanentemente formuló una observación en español y la señora de Caspearo volvió la cabeza hacia él con un gesto de desprecio, echándose a reír, cosa que hizo con fuerza y melódicamente.
-¿Ha entendido usted lo que ha dicho? -preguntó luego a miss Marple.
-Pues, a decir verdad, no. Ni una palabra -contestó aquélla.
-Mejor. Es un hombre perverso.
A estas palabras siguió un breve diálogo en español, en tono más bien jocoso.
-Es una infamia, un atropello sin nombre -manifestó la señora de Caspearo, volviendo al inglés con repentina gravedad—, esto de que la Policía no nos permita abandonar la isla. He vociferado a placer, he rabiado y pataleado sin conseguir lo más mínimo. Todos me dicen lo mismo: no, no y no. ¿Quiere que le diga cómo va a terminar esto? Pues siendo asesinados... Sí. Aquí no quedará ni

uno para contarlo.
Su guardián intentó tranquilizarla.
-Sí... Este lugar sólo puede traernos la mala suerte. Lo supe desde un principio. Ese viejo comandante, tan feo... Ejerció sobre todos un influjo maléfico. Era portador del mal de ojo. ¿No lo recuerda? Era bizco. ¡Eso trae siempre desgracias! Cada vez que me miraba, yo hacía la señal particular en estos casos para neutralizar su influencia, sacando los dedos índice y meñique y recogiendo el anular y el corazón, la «señal del cuerno». —La señora de Caspearo, sobre la marcha, llevó a cabo una demostración—. Pero, naturalmente, por el hecho de ser bizco el comandante yo no advertía con exactitud la dirección de sus miradas...
-Llevaba un ojo de cristal -dijo miss Marple, interesada en dar una explicación—. Perdió el suyo como consecuencia de un accidente, siendo el pobre Palgrave muy joven todavía, según me informaron. De este defecto no era él el culpable.
-Yo le digo que el comandante trajo aquí la desgracia... Sí. Llevaba consigo ese poder pernicioso del mal de ojo.
La señora de Caspearo alargó una mano, en la que se encogieron rápidamente los dedos anular y corazón, estirándose el índice y el meñique. Se trataba de la tan conocida señal italiana, que rechaza, según dicen, eficazmente, la mala suerte...
-Bien —añadió la supersticiosa mujer animadamente-. El ya ha muerto. Ya no podré verle más. No me agrada mirar aquello que es feo.
Miss Marple pensó que a nadie hubiera podido ocurrírsele un epitafio tan cruel para la tumba del comandante Palgrave.
Lejos de allí se veía a Gregory Dyson que acababa de salir del agua. Lucky había invertido la posición sobre la arena. Evelyn Hillingdon la contemplaba y la expresión de su rostro, por una razón desconocida, provocó en miss Marple un estremecimiento.
«Seguro que bajo este sol abrasador es imposible mantenerse fría», pensó.
Levantóse, regresando seguidamente, con lentos pasos, a su «bungalow».
Vio a mister Rafiel y a Esther Walters que descendían por la playa. El viejo le guiñó un ojo. Miss Marple no correspondió a su gesto, obsequiándole con una mirada que no era de agrado precisamente.
Miss Marple entró en su casita, tendiéndose inmediatamente en el lecho. Sentíase vieja, cansada y atormentada por una gran preocupación.
Estaba absolutamente segura de que no había tiempo que perder... Se iba haciendo tarde ya. El sol no tardaría en ponerse... El sol... Al

mirar hacia éste era indispensable hacerlo a través de unos lentes ahumados... ¿Dónde paraba aquel trozo de cristal ahumado que alguien le regalara?
En fin de cuentas ya no tendría necesidad de él. No. En absoluto. Porque una sombra había atenuado el resplandor de los rayos del astro diurno, eliminándolo. Una sombra. La de Evelyn Hillingdon... No. No era la de Evelyn... La Sombra... ¿Cómo era la frase de su cita? *La Sombra del Valle de la Muerte.* Ella temía que... ¿Cómo se llamaba la señal? La «señal del cuerno»... Ella tenía que hacer la «señal del cuerno» para anular el influjo maléfico, el «mal de ojo» que el comandante Palgrave ejercía sobre todas las personas que estaban o habían estado anteriormente a su alrededor.
Entreabrió los párpados... Había estado durmiendo. Pero había notado una sombra. La de alguien que permaneciera unos momentos asomado a su ventana.
La sombra se había alejado... Y entonces miss Marple pudo distinguirla perfectamente. Y descubrir, saber de quién se trataba. Era Jackson.
«¡Qué impertinencia, espiarme con ese descaro!», pensó. A continuación añadió, como en un «entre paréntesis» mental: «Exactamente igual que Jonas Parry.»
Esta comparación no implicaba ningún elogio para Jackson.
¿Y por qué había estado espiándola Jackson? ¿Habría querido comprobar, quizá, si se encontraba a la sazón dormida?
Se levantó, entrando en el cuarto de baño, acercándose cautelosamente a la ventana del mismo.
Arthur Jackson hallábase de pie junto a la puerta del «bungalow» vecino, el de mister Rafiel. Miss Marple le vio mirar receloso a su alrededor antes de penetrar rápidamente en la pequeña construcción. «Muy interesante», pensó aquélla. ¿Por qué tenía aquel hombre que adoptar una actitud furtiva? Nada en el mundo podía parecer más natural que su entrada en el «bungalow» del anciano millonario, donde Jackson contaba con una habitación en la parte posterior del edificio. ¡Si se pasaba el día entrando y saliendo de éste por un motivo u otro! ¿A qué mirar a su alrededor, temeroso, indudablemente, de que le viese alguien? «Esto sólo tiene una respuesta», se dijo miss Marple. «El» quería asegurarse de que nadie le estaba viendo en ese momento especial, porque se proponía hacer algo también de orden completamente particular en el interior del «bungalow».
Desde luego, todo el mundo, a aquella hora, se encontraba en la playa, exceptuando los que se habían marchado de excursión. Jackson no tardaría más de veinte minutos en volver a ella, con

objeto de ayudar a mister Rafiel a darse su cotidiano baño. Si quería hacer algo allí dentro sin que nadie le observara, había escogido un buen momento. Ya se había cerciorado de que miss Marple estaba durmiendo en su lecho tranquilamente, comprobando a continuación que por los alrededores no había nadie a mano que se fijase en sus movimientos. De acuerdo... Miss Marple, tras repasar mentalmente los hechos, llegó a la conclusión de que ella debía imitar hasta cierto punto la actitud de Jackson.

Sentándose en el lecho, miss Marple se quitó sus sandalias, calzándose unos zapatos de lona con suelas de goma. Luego movió la cabeza, vacilando, tornó a quedarse descalza y se puso a rebuscar en una de sus maletas, extrayendo de la misma un par de zapatos de tacón regularmente alto. El de uno de ellos aparecía en mal estado. Con la ayuda de una navaja casi acabó de soltarlo. Después abandonó el «bungalow». Sólo el fino tejido de las medias protegía los pies de miss Marple. Con más precauciones que las que hubiera podido adoptar un cazador en el momento de acercarse a una manada de antílopes, aquélla se deslizó lo más cautelosamente que pudo, alrededor de la casita de mister Rafiel.

Luego se puso uno de los zapatos que había cogido, dando un último tirón al tacón desprendido, apostándose de rodillas junto a una de las ventanas del «bungalow». Si Jackson oía algún ruido, si se aproximaba a la ventana y terminaba asomándose, sólo podría ver a una dama entrada en años que se había caído a consecuencia del accidente del tacón estropeado. Pero, evidentemente, Jackson no había oído nada.

Muy, muy, muy lentamente, miss Marple fue levantando la cabeza. Las ventanas del «bungalow» quedaban muy bajas. Ocultándose tras la cortina se asomó poco a poco al interior de aquel cuarto.

Jackson se había arrodillado ante una maleta. La tapa de ésta se hallaba levantada. Miss Marple comprobó que había sido acondicionada para unos fines determinados, pues observó en su parte inferior diversos departamentos que contenían papeles. Jackson iba leyendo los mismos. Sacaba a veces diferentes cuartillas guardadas en sobres alargados.

Miss Marple no permaneció mucho tiempo en su puesto de observación. Únicamente había querido saber qué hacía Jackson dentro del «bungalow». Ya lo había averiguado. El servidor de mister Rafiel estaba husmeando en los papeles de su señor. ¿Buscaba entre ellos alguno especial? ¿Hacía eso dejándose llevar de sus instintos naturales? Miss Marple no podía dilucidar tal cuestión. Pero ahora quedaba confirmada su creencia en que Arthur Jackson y Jonas Parry se hallaban unidos inmaterialmente por una

serie de afinidades que iban bastante más allá de la semejanza física.

Su problema inmediato era retirarse de allí. Lentamente, se agachó de nuevo, arrastrándose por el césped, hasta situarse a una distancia prudente de la ventana. Entonces se incorporó, encaminándose a su «bungalow». Guardó los zapatos con el tacón desprendido de uno de ellos. Antes contempló los mismos con afecto. Era un ardid excelente aquél. Tal vez tuviera que recurrir a idéntica treta el día menos pensado. Después de calzarse las sandalias se dirigió a la playa, absorta en sus pensamientos.

Aprovechando unos instantes en que Esther Walters se encontraba en el agua, miss Marple se acomodó en el sillón que aquélla había abandonado.

Gregory y Lucky reían y charlaban con la señora de Caspearo, armando los tres un gran alboroto.

Miss Marple habló en voz baja, casi en un susurro, sin mirar a mister Rafiel, junto al cual tan oportunamente se había instalado.

-¿Sabía usted que Jackson acostumbra a curiosear entre sus papeles?

-No me sorprende lo que usted dice. ¿Le ha cogido *in fraganti*?

-Hice lo posible para observarle desde una de las ventanas del «bungalow». Había abierto una de sus maletas, poniéndose luego a leer algunos documentos.

-Se habrá procurado por no sé qué medio una llave de ella. Es un individuo que no carece de recursos. Sufrirá una desilusión, sin embargo. Nada de lo que puede conseguir por esos desleales procedimientos le hará una pizca de bien.

-Ya baja... -indicó miss Marple, que había estado mirando unos segundos en dirección al hotel.

-Ha llegado la hora de esa estúpida zambullida cotidiana.

Mister Rafiel agregó en un suave murmullo:

-He de darle un consejo... No se muestre usted tan emprendedora. No quiero que el próximo funeral sea el suyo. Acuérdese de los años que tiene y ándese con cuidado. Tenga presente que no muy lejos de nosotros se encuentra una persona no sobrada de escrúpulos, ¿me entiende?

CAPITULO VEINTE

ALARMA

Llegó la noche... Las luces de la terraza del hotel se encendieron... La gente, mientras cenaba, reía y charlaba, si bien menos ruidosa y alegremente que uno o dos días atrás... Los músicos no descansaban.
El baile, no obstante, terminó temprano. La gente no paraba de bostezar, llegada cierta hora. Uno tras otro, los presentes decidieron acostarse... Fueron apagadas las luces... Reinaba una gran oscuridad en la terraza, una calma absoluta. El «Golden Palm» dormía...

-¡Evelyn, Evelyn!
El susurro era apremiante, denotaba una gran urgencia... Evelyn Hillingdon se agitó en su lecho, volviéndose hacia la puerta del cuarto.
-Evelyn... Despiértese, por favor.
Evelyn Hillingdon se sentó bruscamente en la cama. A los pocos segundos se enfrentaba con Tim Kendal, plantado en el umbral del dormitorio. Miró enormemente sorprendida al intempestivo visitante.
-Por favor, Evelyn, ¿podría usted acompañarme? Se trata de Molly... Está enferma. No sé qué es lo que le pasa. Creo que debe haber tomado algo.
Evelyn actuó rápidamente, con decisión.
-De acuerdo, Tim. Iré con usted... Ahora regrese a su lado, no se separe un instante de ella. Yo no tardaré más de unos segundos.
Tim Kendal desapareció. Evelyn se echó encima una amplia bata y miró hacia el otro lecho. Su marido, al parecer, no se había despertado. Seguía tendido en su cama, con la cara vuelta hacia el otro lado. Oíase el suave rumor de su acompasada respiración. Evelyn vaciló un momento... Luego pensó que lo mejor era no decirle nada. Abandonó la habitación, dirigiéndose rápidamente hacia el edificio principal y más allá, al «bungalow» de los Kendal. Tim no había hecho más que entrar en el mismo.
Molly estaba acostada. Tenía los ojos cerrados y su respiración, bien se apreciaba a primera vista, no era normal. Evelyn se inclinó sobre ella, levantó uno de sus párpados, le tentó el pulso y fijó la mirada en la mesita de noche. Había en ésta un gran vaso que daba la impresión de haber sido usado. Al lado del mismo descubrió

Evelyn un frasquito vacío. Cogió éste, estudiando la etiqueta.
-Es un somnífero -explicó Tim-. Ayer o anteayer el frasco estaba casi lleno de píldoras. He pensado que... He pensado que Molly debió tomárselas todas.
-Vaya a por el doctor Graham. Por el camino despierte al cocinero que le coja más a mano. Dígale que prepare un café muy cargado, cuanto más cargado mejor. ¡Eche a correr, Tim! ¡No hay que perder un minuto!
Kendal obedeció. Nada más llegar a la puerta de la habitación tropezó con Edward Hillingdon.
- Lo siento, Edward.
-¿Qué es lo que sucede aquí? —inquirió Hillingdon—. ¿Qué pasa?
-Molly... Evelyn se encuentra con ella. He de ir a buscar al doctor. Supongo que debí avisarle antes que a nadie, pero..., no sé, no tenía seguridad en lo que hacía y pensé que Evelyn podría sacarme del apuro. Además, Molly se habría puesto furiosa si requiero los servicios del médico para una cosa sin importancia.
Tim, sin más, echó a correr. Edward Hillingdon contempló su figura unos segundos, adentrándose después en el dormitorio.
-¿Qué ocurre? -preguntó Edward, preocupado-. ¿Es grave esto?
-¡Ah, eres tú, Edward! Me pregunté si te habríamos despertado. Esta estúpida chiquilla ha ingerido la mayor parte del contenido de un frasco normal de píldoras contra el insomnio.
-¿Es eso malo?
-Depende de la cantidad que se haya administrado. La cosa tendría remedio si hubiéramos llegado a tiempo. Ya he sugerido la conveniencia de hacer café. Si podemos lograr que se lo beba...
-Pero, ¿por qué razón hizo eso, Molly? ¿No pensarás que...? Edward guardó silencio.
-No pensaré, ¿qué? -preguntó Evelyn.
-Supongo que no habrá pasado por tu cabeza que tal decisión sea consecuencia de todas estas indagaciones que la Policía efectúa actualmente...
-Siempre existe esa posibilidad, por supuesto. Una persona nerviosa puede sentirse desquiciada ante los acontecimientos que estamos viviendo.
-Molly no ha sido nunca víctima de sus nervios.
-En realidad, no sabe una nunca a qué atenerse en este aspecto -afirmó Evelyn-. A veces, frente a ciertos hechos, pierden los estribos las personas consideradas por todos como más serenas.
—Sí. Me acuerdo, precisamente, de que...
Edward tornó a callar.
—La verdad es que nunca sabemos una palabra de los demás —

sostuvo Evelyn, quien añadió a continuación—: Ni siquiera los seres más allegados...

—A mi juicio, Evelyn, esto nos lleva demasiado lejos... ¿No estaremos exagerando?

—No creo. Se piensa en la gente de acuerdo con la imagen que de ella nos forjamos.

—Yo te conozco a ti bien —manifestó Edward Hillingdon calmosamente.

—Eso es lo que tú te imaginas.

— No. Estoy seguro de todo lo que a ti se refiere. Tal es tu situación también con respecto a mí.

Evelyn escrutó el rostro de su marido unos segundos. Después se volvió hacia la cama. Cogiendo a Molly por los hombros la sacudió levemente.

—Debiéramos hacer algo por nuestra cuenta. Pero quizá sea mejor esperar a que llegue el doctor Graham... ¡Oh! Alguien se acerca ya...

— ¡Magnífico!

El doctor Graham dio un paso atrás, secó la frente de la chica con un pañuelo y suspiró aliviado.

—¿Cree usted que se salvará, doctor? —preguntó Tim ansiosamente.

—Sí, sí. Hemos llegado a tiempo. De todos modos, lo más probable es que no ingiriera una cantidad excesiva de píldoras. Dos días de reposo y se encontrará completamente recuperada. Naturalmente, antes habrá de pasar algunas horas con molestias. —El doctor Graham examinó ahora el frasquito del somnífero—. ¿Quién le aconsejó que tomara ese medicamento? —quiso saber.

—Un médico de Nueva York. A Molly le costaba trabajo conciliar el sueño.

—Bien, bien. Actualmente los médicos recurrimos con excesiva frecuencia a estos remedios. A ningún profesional se le ocurre decir nunca a una joven paciente que cuando no pueda dormir se dedique a contar imaginarias ovejas, o que escriba un par de cartas y vuelva a acostarse. Remedios instantáneos, eso es lo que la gente exige del doctor en la actualidad. En ocasiones me inclino a creer que es una lástima que accedamos a los deseos de nuestros clientes. Hay que aprender a enfrentarse con las contrariedades que ofrece la vida y a intentar vencerlas. Estoy conforme con que se le administre a un bebé un preparado cuando se pretende que calle... -El doctor Graham dejó oír su risita—. Apuesto lo que ustedes quieran a que si preguntamos a miss Marple qué es lo que

hace cuando no puede dormirse, nuestra buena amiga nos respondería que «contar ovejas...»
El doctor se acercó nuevamente a la cama. Molly se movía. Había abierto los ojos. Paseó la mirada por los rostros de los presentes sin demostrar la menor viveza. Pareció no haberles conocido. El médico le cogió una mano.
—¿Quiere usted explicarnos, estimada Molly, qué es lo que ha estado haciendo?
Molly parpadeó durante unos momentos, sin responder nada.
—¿Por qué hiciste eso, Molly? ¿Por qué? ¡Dímelo!
Tim, un tanto emocionado, se había apoderado de la otra mano.
Los ojos de la joven quedaron inmóviles. Luego todos experimentaron la impresión de que se habían fijado en Evelyn Hillingdon. Quizá su expresión hubiese podido traducirse como una pregunta, pero era difícil asegurar nada en tal sentido. Sin embargo, Evelyn habló igual que si hubiese oído la voz de la chica.
—Tim fue a buscarme y me pidió que viniera —dijo sencillamente.
Molly posó su mirada en Tim y luego en el doctor Graham.
—Se pondrá usted buena en seguida, Molly... —dijo el último—. Y, por favor, no vuelva a intentar una cosa semejante.
—Yo estoy convencido de que Molly no quiso atentar contra su vida. Quiso, simplemente, procurarse una noche de absoluto reposo. Tal vez las píldoras no surtieron efecto al principio y ella entonces repitió la dosis. ¿Verdad que fue así, Molly?
Tim observó horrorizado que su esposa hacía un movimiento denegatorio de cabeza, apenas perceptible, ciertamente.
-¿Quieres decir... que las tomaste a sabiendas de lo que hacías, a sabiendas de que te iba la vida en ello?
Molly habló ahora.
—Sí —respondió.
—Pero, ¿por qué, Molly? ¿Por qué? La joven cerró los ojos.
—Tenía miedo...
Apenas eran audibles sus palabras.
—¿Miedo? ¿Que tenías miedo? ¿De qué?
Molly guardó silencio.
—Será mejor que la deja usted descansar —sugirió el doctor Graham a Kendal.
Pero éste prosiguió. Y ahora de una manera impetuosa.
—¿Qué fue lo que te inspiraba miedo? ¿La Policía? ¿Por qué razón? ¿Porque sus hombres habían estado haciéndote preguntas y más preguntas? Eso no me extraña... Todo el mundo se siente intimidado en las circunstancias en que nos hallamos aquí. Tienes que ser comprensiva, sin embargo. Los agentes se limitan a cumplir

con su deber. No hay una animosidad personal en sus actos. Nadie ha podido pensar ni por un instante que...
Kendal se interrumpió bruscamente.
El doctor Graham hizo un significativo gesto.
—Quiero dormir —dijo Molly.
—Nada le irá mejor que eso —manifestó el doctor. Encaminóse hacia la puerta y los demás le siguieron.
—Ya verá cómo duerme profundamente durante varias horas.
—¿Qué cree usted que podría hacer yo ahora, doctor Graham? -preguntó a éste Tim, quien hablaba con el tono ligeramente aprensivo que adopta casi siempre el hombre ante la enfermedad.
—Quédese aquí si ése es su gusto -replicó Evelyn amablemente.
-¡Oh, no! No me es posible...
Evelyn se aproximó al lecho.
—¿Desea que me quede un rato a hacerle compañía, Molly?
Molly abrió los ojos de nuevo.
—No —repuso.
Tras una breve pausa agregó:
—Tim... Sólo Tim...
Éste tomó asiento junto a la cama.
—Aquí me tienes, Molly -dijo su marido tomando una de sus manos-vamos, duérmete. No pases cuidado que yo no me iré.
Molly suspiró débilmente.
—Fuera ya del «bungalow», el doctor se detuvo. Los Hillingdon le habían seguido hasta la entrada.
—¿Está usted seguro de que esa chica no necesitará de mí todavía? -le preguntó Evelyn al médico.
—No, no, gracias, señora. La compañía de su marido le hará bien. De momento, eso es lo mejor. Mañana, quizás... En fin de cuentas el hombre tiene que dirigir el hotel. Desde luego, a Molly no debemos dejarla sola.
—¿Sería posible que llevase a cabo una segunda intentona? —preguntó Hillingdon.
Graham se frotó la frente.
—Estos casos nunca se conocen a fondo. No obstante, en el de Molly lo juzgo improbable. Como ustedes han podido ver, el método para lograr el restablecimiento resulta desagradable en extremo. Claro, jamás se puede uno confiar. No hay modo de pisar aquí terreno firme. ¿Y si Molly hubiera ocultado en cualquier rincón de su cuarto otro frasco de somnífero?
—Jamás se me hubiera ocurrido pensar que una muchacha como Molly fuese capaz de tomar tal decisión -declaró Hillingdon.
Graham respondió secamente:

—No es la gente que habla constantemente de acabar con su vida la que llega al suicidio. Quienes proceden así hallan normalmente en eso una válvula de escape y no pasan de ahí.
—Molly me pareció siempre una joven muy feliz. Quizá sería preferible... —Evelyn vaciló—. Debiera referírselo a usted, doctor.
Evelyn Hillingdon contó al doctor Graham su entrevista con Molly en la playa la noche en que Victoria Johnson muriera asesinada. La expresión de Graham era bastante grave al finalizar ella su relato.
—Me alegro de que me haya dicho usted todo esto, señora Hillingdon. Hay indicaciones claras en sus palabras de que existe una perturbación íntima, profunda, bien arraigada. Sí. Por la mañana hablaré con el marido de Molly.

—Quiero hablar con usted, Kendal, y muy en serio. Estoy pensando, naturalmente, en su esposa.
Hallábanse sentados en el despacho de Tim. Evelyn Hillingdon había vuelto a su sitio, junto a la cama de Molly. Lucky prometió también su asistencia, declarando que relevaría a Evelyn más tarde. Miss Marple, asimismo, ofreció su colaboración. El pobre Tim, entre las preocupaciones del hotel y la derivada del estado de salud de su esposa y el último incidente, estaba destrozado.
—No puedo comprenderlo —dijo—. No entiendo a Molly. Ha cambiado mucho de poco tiempo a esta parte. No, no es la misma de antes.
—Tengo oído que sufría frecuentes pesadillas... ¿Es cierto esto?
—Sí. Aludía constantemente a sus sueños.
— ¿Cuánto tiempo ha venido durando eso?
—¡Oh! No lo sé... No lo sé con exactitud. Supongo que un mes. Quizá seis o siete semanas... Ni ella ni yo dimos nunca importancia a esas pesadillas. Las juzgábamos una cosa pasajera.
—Claro, ya me hago cargo. Pero hay algo que me preocupa de esas manifestaciones. Molly parece temer a alguien. ¿Formuló alguna queja en ese sentido ante usted?
—Pues... sí. Me dijo en una o dos ocasiones que... ¡Oh!..., que la gente la seguía.
—Esto es, que la espiaba, ¿no?
—Sí. Tal fue la palabra que empleó. Señaló que los que la seguían eran enemigos suyos.
—¿Tenía enemigos su esposa, señor Kendal?
—No. Por supuesto que no.
—¿No fue nunca protagonista de algún incidente especial en Inglaterra? ¿No supo usted de algo en cierto modo particular e interesante relativo a su persona y anterior a su matrimonio?

—¡Oh, no! Molly no se llevaba bien con sus familiares, eso es todo. Su madre era una mujer excéntrica más bien, con la que le costaba trabajo convivir, pero...
—¿Ha padecido alguno de esos familiares trastornos de tipo mental?
Tim abrió la boca impulsivamente, tornándola a cerrar sin decir nada. Mecánicamente, jugueteó con una pluma estilográfica que tenía delante, sobre la mesa.
El doctor Graham apuntó:
—Me veo en la precisión de insistir, Tim. Sería mejor que respondiese a mi pregunta.
—De acuerdo, doctor Graham. He de darle una contestación afirmativa. Una tía de mi mujer estuvo algo trastornada de la cabeza. Nada grave, eso sí. La cosa, a mi juicio, carece de importancia. Quiero decir que es rara la familia dentro de la cual no se encuentra un caso semejante.
—Tiene usted razón. No me proponía alarmarle, ni mucho menos. Ahora bien, determinados antecedentes en ese aspecto hubieran podido mostrarnos una tendencia a los desórdenes mentales conducentes a decisiones trágicas o, por lo menos, a la invención de peligrosas fantasías.
—En realidad sé muy poco de todo eso -declaró Tim-. La gente suele mostrarse reservada con cuanto se refiere a las vidas de sus familiares, sobre todo si éstos no pueden ser catalogados entre los seres normales.
—Conforme, señor Kendal. Y Molly... Supongo, esto es muy natural, que tendría amigos... ¿No estuvo prometida a ninguno? ¿No se relacionó con ningún muchacho capaz de amenazarla, impulsado por los celos? ¿No hubo nada en su vida por el estilo de lo que pretendo indicar con tales ejemplos?
-Lo ignoro. Me inclino a creer que no... Respecto a su primera pregunta debo decirle que Molly estuvo prometida a otro hombre antes de conocerme a mí. Sus padres se oponían a su unión con el mismo, según tengo entendido, y yo pienso que ella prolongó sus relaciones con aquél por efecto de la oposición hallada entre los suyos, por el afán de desafiar a éstos y satisfacer un amor propio mal entendido. — Kendal sonrió—. Ya sabe usted lo que suele suceder con estas cosas cuando somos jóvenes. Un simple flirteo y basta que nos digan que no tajantemente nuestros padres, porque ellos advierten el peligro, para que nos interese más que nunca el juego.
El doctor Graham esbozó también una sonrisa.
—Es verdad —comentó—. Los padres deben actuar con mucho

tacto al hacer uso de sus derechos. Habitualmente, los chicos se obstinan en llevarles la contraria, sobre todo en el terreno sentimental. Ese hombre de que me ha hablado, ¿no amenazó nunca a Molly?

—Estoy seguro de que no hizo nada de eso. Molly me lo habría dicho. Ella alegó que le había tomado cierto apego por su aureola de conquistador y desenvueltos ademanes, que le habían granjeado una reputación nada favorable. Ahora bien, esas cosas, en la época juvenil producen un efecto totalmente contrario al normal, como usted sabe.

—Sí, sí, claro. Bueno, el caso es que ese incidente carece de importancia. Toquemos otro tema... Al parecer, su esposa ha sufrido recientemente períodos de amnesia. Durante ellos, Molly se olvidaba por completo de ciertas acciones pasadas. ¿Estaba usted informado de eso, Kendal?

—No, no. Molly no mencionó jamás eso ante mí. Verdad es que en determinadas ocasiones se expresaba con alguna vaguedad... Lo he recordado ahora mismo, por haber tocado usted ese tema. -Tim guardó silencio unos segundos. Reflexionaba. Seguidamente añadió-: Sí. Eso aclara algunas cosas extrañas. Yo no me explicaba a veces cómo olvidaba hasta los encargos más sencillos. En ocasiones no recordaba siquiera en qué momento del día vivía. Supuse que se estaba volviendo extraordinariamente distraída.

—Resumiendo, Tim: yo le aconsejo que lleve usted a su esposa a un buen especialista.

Tim encontró extraño el consejo del doctor y pareció irritarse. Su rostro enrojeció...

—A un especialista en enfermedades mentales, quiere usted decir, ¿no?

—Vamos, vamos, Kendal. No nos obstinemos en recurrir a los marbetes más alarmantes o molestos. Vea a un neurólogo o un psicólogo, a alguien, en fin, especializado en lo que el vulgo denomina, generalizando, trastornos nerviosos. En Kingston trabaja un profesional de gran renombre. Trasládese a Nueva York si no, donde encontrará los médicos que guste dedicados a esa rama de la Medicina. Los terrores que atormentan a su esposa han de tener forzosamente una causa. Busque consejo para ella, Tim. ¡Ah! Y hágalo lo antes posible.

El doctor Graham oprimió significativa y afectuosamente un hombro del joven, poniéndose a continuación en pie, disponiéndose a salir.

—De momento, no tiene usted por qué preocuparse. Su esposa está rodeada de buenos amigos aquí y todos haremos lo que podamos por cuidarla.

—Molly no... ¿Cree usted que intentará de nuevo... lo de antes?
—Lo considero muy poco probable —manifestó el doctor Graham.
—No está usted seguro...
—No se puede estar nunca seguro de nada dentro del campo de la Medicina. He aquí una de las primeras cosas que se aprenden en nuestra profesión. -Con la mano todavía sobre uno de los hombros de Tim, Graham agregó-: Todo se arreglará. No se preocupe, Kendal.
Éste esperó a que el médico hubiese abandonado la habitación para exclamar:
—¡Qué fácil es decir eso! ¡Que no me preocupe! Pero, bueno, ¿de qué cree ese hombre que estoy hecho?

CAPITULO VEINTIUNO

JACKSON ENTIENDE DE COSMÉTICOS

-¿Seguro que no le importa, miss Marple? -preguntó Evelyn Hillingdon.
-No, no, de veras, querida -contestó miss Marple-. Me encanta ser útil a los demás de una forma u otra. A mi edad, ¿sabe usted, Evelyn?, se tiene a veces la impresión de que una no sirve para nada. Tal impresión es más fuerte en sitios como éste, donde todo el mundo se dedica, simplemente, a pasarlo lo mejor posible. Es natural. Se carece de deberes apremiantes que atender... Por supuesto que me encantará hacer compañía a Molly. Usted no se preocupe: disfrute todo lo que pueda en esa excursión. Se proponen visitar Penguin Point, ¿verdad?
-Sí. A Edward y a mí nos encanta ese lugar. No nos cansamos de observar a las aves abatiéndose a regulares intervalos para remontar el vuelo unos minutos después con su pez de turno en el pico. Tim está con Molly ahora. Pero tiene obligaciones urgentes, cosas que reclaman su inmediata atención... Por otro lado, no quiere que su mujer se quede sola.
-Y yo lo apruebo -manifestó miss Marple-. En su puesto, creo que pensaría igual. Cuando una persona ha realizado una intentona como la de Molly todas las precauciones son pocas. Nunca se sabe... Bien, Evelyn... Váyase, váyase, querida.
Evelyn, efectivamente, se marchó para reunirse con el pequeño grupo que la estaba esperando. Figuraban en éste los Dyson, su esposo y tres o cuatro personas más. Miss Marple comprobó el contenido de su bolso, cerciorándose así de que llevaba consigo su equipo de costumbre, encaminándose luego al «bungalow» de los Kendal.
Cuando se encontraba junto al mismo oyó la voz de Tim. Una de las ventanas de la pequeña construcción estaba entreabierta...
-¡Si al menos accedieras a decir por qué lo hiciste, Molly! ¿Qué es lo que te impulsó a dar ese paso? ¿Te he ofendido en algo? Tiene que existir alguna causa que explique tu decisión. ¡Sé sincera conmigo, Molly!
Miss Marple se detuvo. Hubo una breve pausa antes de que Molly hablara. Pronunciaba las palabras con un tono que revelaba su cansancio.
-No puedo explicarte nada, Tim. ¿Qué quieres que te diga?

Supongo que... que fue una idea que se me ocurrió de pronto.
Miss Marple llamó con los nudillos en la puerta un par de veces, pasando al interior a continuación.
—¡Ah, es usted, miss Marple! No sabe cuánto agradezco su atención.
-No tiene que agradecerme nada. Esto carece de importancia. Me encanta servir al prójimo. ¿Puedo sentarme en esta silla? Ha mejorado mucho su aspecto, Molly. Me alegro, ¿eh?
-Sí. Me encuentro bien, muy bien -repuso Molly-. Un poco amodorrada, quizá.
—No debemos hablar, Molly. Usted calle ahora. Limítese a descansar. Yo me entretendré haciendo labor, como siempre.
Tim Kendal salió de la habitación no sin antes dirigir a miss Marple una mirada que denotaba su agradecimiento.
Molly reposaba. Habíase tendido sobre el lado izquierdo. Sus ojos carecían de brillo, revelando la gran fatiga que la poseía. Con una voz que era casi un susurro dijo:
—Es usted muy amable, miss Marple. Creo... creo que voy a dormir un poco.
Acurrucóse, cerrando los ojos. Su respiración era más regular ahora, aunque distaba mucho de ser normal. Una prolongada experiencia en aquellos menesteres llevó a miss Marple, en un movimiento casi involuntario, a estirar las ropas del lecho, ordenándolas. Al hacer esto sus dedos tropezaron con un objeto duro, de forma rectangular, embutido bajo el borde del colchón. Sorprendida, tiró de aquél. Tratábase de un libro...
Los ojos de miss Marple se fijaron en una rápida mirada en el rostro de la joven. No se movía. Habíase quedado durmiendo, evidentemente. Miss Marple abrió el libro. Era, según apreció en seguida, una obra sobre las enfermedades de tipo nervioso. El libro vino a abrirse por un capítulo consagrado a la descripción de las manías persecutorias en sus comienzos y otras manifestaciones esquizofrénicas y síntomas afines.
No era aquélla una obra de carácter técnico sino de divulgación, que, por tanto, podía ser en sus detalles comprendida por el público profano. La grave expresión que se dibujó en el rostro de miss Marple se acentuó a medida que leía... Unos minutos después cerró el libro, quedándose pensativa. Luego se inclinó hacia delante, volviéndolo a colocar donde lo había hallado, bajo el colchón.
Movió la cabeza, perpleja. Procurando no hacer el menor ruido, abandonó su silla. Acercóse a la ventana más próxima y entonces, repentinamente, volvió la cabeza. Por una fracción de segundo vio los ojos de Molly abiertos... Miss Marple vaciló. No sabía a qué

atenerse. La furtiva y rapidísima mirada de Molly, ¿había sido fruto de su imaginación? ¿Estaba Molly fingiendo que dormía? Aquello podía ser, sin embargo, algo natural. Tal vez hubiese pensado que miss Marple empezaría a hablarle si comprobaba que estaba despierta. Sí. Eso era lo que había ocurrido.

¿Había sorprendido en aquella mirada brevísima de Molly un destello de astucia? De ser así le resultaba sumamente desagradable, aparte de intrigante. «Nunca sabemos nada de nada», se dijo miss Marple, más cavilosa que de costumbre.

Decidió que en cuanto se le presentara la ocasión charlaría con el doctor Graham. Tornó a su silla, junto al lecho. Cinco minutos después se dijo que Molly dormía realmente. Despierta no hubiera podido permanecer tan inmóvil como la veía ni su respiración habría sido tan acompasada. Miss Marple volvió a ponerse en pie. Hoy llevaba sus zapatos de lona con suelas de goma. Quizá no fuese aquél un calzado muy elegante, pero lo cierto era que se acomodaba perfectamente al clima del lugar y resultaba confortable y holgado para sus pies.

Recorrió silenciosamente todo el dormitorio, deteniéndose junto a las dos ventanas, desde las cuales se observaba el terreno circundante en dos direcciones.

Reinaba allí la más absoluta tranquilidad. No se veía a nadie por las inmediaciones. Miss Marple se retiró... En el momento en que iba a alcanzar su asiento se quedó quieta. Le parecía haber oído un débil ruido fuera. Algo así como el roce de la suela de unos zapatos sobre el pavimento. Parpadeó, pensativa... Luego se encaminó a la ventana que acababa de abandonar, dejándola entreabierta.

Seguidamente se dirigió hacia la puerta de la habitación y al abrir aquélla volvió la cabeza para decir:

-Estaré ausente unos minutos tan sólo, querida. Quiero acercarme a mi «bungalow». No sé dónde demonios he puesto ciertas instrucciones que me dieron para poder hacer la labor que tengo entre manos. Estaba segura de habérmela traído. Supongo que no pasará nada porque vaya a salir un momento, ¿eh? -Las últimas palabras de miss Marple fueron, simplemente, un pensamiento expresado en voz alta—: «Se ha dormido. Lo mejor que podía sucederle, indudablemente.»

Una vez hubo descendido por la escalera de la entrada torció a la derecha, comenzando a deslizarse por el camino que pasaba por allí. Un observador casual se hubiera quedado sorprendido al ver a miss Marple cruzar un macizo de flores para llegar rápidamente a la parte posterior del «bungalow», volviendo a entrar en el mismo por la segunda puerta de la casita. Esta conducía a un pequeño cuarto

que Tim utilizaba en ocasiones como despacho «no oficial». Desde éste se pasaba al saloncito de estar.
Aquí había unas grandes cortinas, medio corridas para que aquél se mantuviera fresco. Miss Marple se apostó tras ellas. Esperó pacientemente... Desde la ventana de esta parte de la casa podría divisar facilmente a cualquier persona que se dirigiese al dormitorio de Molly. Transcurrieron unos minutos, cuatro o cinco, antes de que viera algo...
Jackson, embutido en su blanco uniforme, subía por la escalera de acceso de la entrada. Detúvose un minuto en la galería y a continuación pareció llamar discretamente, rozando apenas la puerta. Miss Marple no oyó ninguna respuesta. Jackson miró a su alrededor, furtivamente, decidiéndose por fin a penetrar en la casa. Miss Marple se trasladó a la puerta que llevaba directamente al dormitorio. No la franqueó. Limitóse a mirar por la cerradura de la misma.
Jackson acababa de entrar allí. Acercóse a la cama, contemplando unos momentos el rostro de la chica, que dormía. A continuación se encaminó, no al cuarto de estar sino a la puerta que comunicaba con el cuarto de baño. Miss Marple enarcó las cejas, sorprendida. Reflexionó... Unos segundos después se deslizaba por el pasillo, penetrando en el cuarto de baño por la otra puerta del mismo.
Jackson, que se encontraba en aquellos instantes examinando el estante de cristal del lavabo, giró en redondo... para poner acto seguido una cara de asombro indescriptible, cosa que, desde luego, no era de extrañar.
-¡Oh! —exclamó—. No... no me...
-Señor Jackson... —acertó a decir miss Marple, no menos sorprendida que aquél.
-Creí poder encontrarla por aquí, en esta casa...
-¿Deseaba usted algo? —preguntó, intrigada, miss Marple.
-En realidad — contestó Jackson—, sólo me proponía averiguar la marca de la crema facial que usa la señora Kendal.
Miss Marple advirtió entonces que Jackson tenía en las manos, efectivamente, un tarro. Hábilmente, se había referido a éste en seguida.
-Esto huele muy bien —dijo el servidor de mister Rafiel, aproximando la nariz al tarro-. Todos los cosméticos de esta casa suelen ser magníficamente preparados. Las marcas más baratas no se acomodan a todas las pieles. No dan tampoco el mismo resultado. Pasa igual con los polvos faciales...
-Al parecer, usted domina el tema, ¿eh? -manifestó miss Marple, con cierta ironía.

-Trabajé por algún tiempo en el ramo de drogas -declaró Jackson-. Dentro de éste acaba uno aprendiendo muchas cosas en relación con los cosméticos. Son muchos los fabricantes que no hacen otra cosa que lanzar al mercado tarros de fantasía, cuyo contenido deja mucho que desear... Atraídas por el lujoso envase, las mujeres adquieren aquéllos y los comerciantes resultan ser los únicos beneficiados.
- ¿Es eso lo que...? —inquirió miss Marple, sin terminar deliberadamente su frase, convencida de que Jackson la entendería sólo con oír aquellas cuatro palabras.
-No, no he venido aquí para hablar de cosméticos -respondió Jackson, dócilmente.
«Tú, amiguito, no has dispuesto del tiempo necesario para forjar una mentira —pensó miss Marple—. Veamos, veamos qué se te ocurre.»
-La verdad es que ha pasado lo siguiente: la señora Walters prestó a la señora Kendal su lápiz de labios, el otro día. Vine aquí a por él. Llamé a la puerta y habiendo comprobado después que la señora Kendal se hallaba profundamente dormida pensé que nada tenía de particular que entrara yo en este cuarto de baño y buscara la barra de carmín de la secretaria de mister Rafiel.
-Ya, ya... ¿Y qué? ¿Dio con ella?
Jackson denegó con un movimiento de cabeza.
-La señora Kendal ha debido guardarla en uno de sus bolsos —dijo despreocupadamente-. Bueno..., es igual. La señora Walters no va a disgustarse por eso, ni mucho menos. Mencionó el incidente de paso, por casualidad. —Jackson examinó los frascos restantes, que ocupaban casi todo el espacio del estante del lavabo—. Pocas cosas tiene aquí la señora Kendal, ¿no le parece? ¡ Ah, claro! A su edad no se precisa mucho de estos preparados. La piel, como es natural, resulta fresca, suave, fina...
-Usted no debe mirar a las mujeres con los ojos de los demás hombres -subrayó miss Marple, sonriendo agradablemente.
-Tiene usted razón. Los diversos oficios que he tenido que ejercer han alterado en mí el punto de vista común.
-Usted sabe bastante sobre drogas, ¿verdad?
-¡Oh, sí! Ha sido trabajando como me he familiarizado con ellas. ¿Quiere que le sea sincero? Yo creo que actualmente se abusa de ellas. Existen en el mercado demasiados tranquilizantes, excesivas píldoras vigorizadoras, infinitos medicamentos milagrosos. Nada hay que decir de aquéllos que se adquieren por prescripción facultativa. Ahora bien, son muchísimos los que se expenden libremente. Algunos de éstos constituyen un auténtico peligro.

-Estoy de acuerdo con usted, sí, estoy de acuerdo -murmuró miss Marple.

- Las drogas influyen poderosamente en la conducta humana. Usted habrá oído hablar de los arranques histéricos de la juventud actual... ¿Causa determinante de los mismos? Sencillamente: los chicos han tomado esto o aquello. ¡Oh! Lo que le digo no constituye ninguna novedad. En el Este (bueno, hablo así, pero no porque haya estado allí, ¿eh?), en el Este ocurren todos los días cosas muy extrañas. Se sorprendería usted si supiera la de pócimas raras que las mujeres indias administran a sus esposos. Examinemos el caso de una joven casada con un hombre decrépito. Desde luego, no es que piense ella en desembarazarse del marido... Eso la llevaría a ser quemada en la pira funeraria, quizá, si no era repudiada por la familia. Una viuda lo puede pasar muy mal en la India. Por tal motivo aquélla recurre a la treta de administrar secretamente a su esposo ciertas drogas que mantienen al hombre sumido en un sopor continuo, produciéndole alucinaciones, que lo convierten en un enfermo mental. -Jackson, reflexivo, movió la cabeza -. Sí, ya sé qué es lo que va a decirme: que es un sucio trabajo el que llevan a cabo esas mujeres...

Tras una breve pausa, el servidor de mister Rafiel prosiguió diciendo:

-Hablemos ahora de las brujas. Se conocen numerosos detalles a ellas referentes. ¿Por qué acababan confesando siempre? ¿Por qué admitían con tanta facilidad su naturaleza, aclarando haber sido vistas volando sobre escobas, rumbo a los lugares en que celebraban sus reuniones sabatinas?

-Supongo que eso fue logrado mediante la tortura -manifestó miss Marple.

-No en todos los casos -declaró Jackson-. ¡Oh, sí! Por supuesto que la tortura influyó mucho en ese sentido. Pero es que las confesiones a que he aludido datan de una época anterior a la primera mención de aquélla. Encuéntranse no pocos alardes en las mismas. La verdad se reducía a eso: las personas calificadas de brujas acostumbraban a untar sus cuerpos con determinadas sustancias. Algunos de los preparados, a base de belladona, atropina y otras cosas semejantes, en contacto con la piel, les proporcionaban una sensación de aligeramiento, de ingravidez. ¡Llegaban a pensar que flotaban en el aire! ¡Pobres criaturas! Y ahora le hablaré de los Asesinos, pueblos del medievo, enclavado en Siria, en el Líbano, alrededor de esos puntos... Ingiriendo cannabina, sus habitantes lograban sumergirse en un paraíso artificial, lleno de huríes, donde se disfrutaba sin limitación de tiempo... Enseñábase a los jóvenes

que eso era lo que les esperaba después de la muerte, si bien para alcanzar tal meta era preciso también cometer el crimen de ritual. ¡Oh! Estoy empleando un lenguaje muy simple para contarle eso, pero es que en realidad todo estaba reducido a lo que le he referido.
—Podríamos extraer una conclusión de cuanto lleva dicho, Jackson. Ésta: la gente es muy crédula.
—Pues... sí, me parece que tiene mucha razón, miss Marple.
—La mayor parte de las personas se muestran propensas a creer cuanto se les dice. Se trata de una inclinación casi natural. -A continuación, miss Marple añadió, insinuante—: ¿Quién le contó a usted esas historias de la India, relativas a jóvenes esposas? —Antes de que Jackson tuviera tiempo de contestar inquirió-: ¿Fue el comandante Palgrave?
Jackson se quedó ligeramente sorprendido.
—Sí, sí... En realidad fue él. Oí de sus labios muchos relatos semejantes. Por supuesto, éstos databan de una época muy anterior a su juventud. No obstante, daba la impresión de hallarse bien informado.
—El comandante Palgrave estaba convencido de que dominaba materias muy diversas -informó miss Marple—. Con frecuencia incurría en inexactitudes ante sus auditorios. El comandante Palgrave creía tener respuesta para todo.
Oyóse un leve ruido en el dormitorio. Miss Marple volvió la cabeza rápidamente. Apresuróse a penetrar en el cuarto de baño. Entonces vio a Lucky Dyson plantada delante de la puerta.
—Yo... ¡Oh! No esperaba encontrarla a usted aquí, miss Marple.
—Acababa de entrar en el cuarto de baño —explicó miss Marple, con cierta reserva.
Jackson, aún en el interior de aquél, sonrió. Hallaba divertida la actitud de aquella dama.
—Me pregunté si habría algún inconveniente en que hiciese un rato de compañía a Molly —manifestó Lucky, mirando en dirección al lecho—. Está dormida, ¿no?
—Creo que sí —repuso miss Marple—. Pero lo importante es que se encuentra perfectamente. Vaya, vaya a divertirse un poco, querida. Estaba segura, casi, de que se había marchado también de excursión.
—Ése fue mi propósito al principio -explicó Lucky—. Pero luego sufrí un terrible dolor de cabeza y desistí de acompañar a los demás en el último momento. Después me dije que quizá pudiera ser de alguna utilidad a la enferma.
—Una atención muy de agradecer —subrayó miss Marple. Volvió, luego, a ocupar su silla junto a la cama de Molly, iniciando su labor

de costumbre, agregando—: No se preocupe por mí. Me encuentro en esta habitación muy a gusto.

Lucky pareció vacilar un momento... Luego dio la vuelta, saliendo del dormitorio. Miss Marple aguardó unos instantes, acercándose a continuación de puntillas al cuarto de baño. Pero Jackson se había marchado ya, utilizando, indudablemente, la otra puerta. Miss Marple cogió el tarro de crema facial que él tuviera en las manos, guardándoselo en uno de los amplios bolsillos de su vestido.

CAPITULO VEINTIDOS

¿UN HOMBRE EN SU VIDA?

Aquello de enzarzarse por vía normal en una charla con el doctor Graham no se presentaba tan fácil como miss Marple esperara. No quería abordarle sin más porque deseaba evitar que él diese importancia a las preguntas que pensaba formularle.

Tim había vuelto junto a Molly. Miss Marple se puso de acuerdo con él para relevarle durante la hora de la cena. En esos momentos era necesaria la presencia del joven en el comedor del hotel. Kendal le notificó que la señora Dyson se encargaría de buena gana de atender a su mujer, si no lo hacía la señora Hillingdon, pero miss Marple se mostró intransigente en ese punto, alegando que las dos se hallaban en la edad de divertirse o de pasarlo lo mejor posible y que ella, en cambio, prefería la tranquilidad del dormitorio después de tomar, a primera hora, una ligera colación. De esta manera, añadió, las tres quedarían satisfechas. Una vez más, Tim le dio las gracias calurosamente.

Mientras avanzaba por el camino que unía a varios «bungalows», entre los cuales se hallaba el del doctor Graham, miss Marple se dedicó a planear sus próximos pasos.

Tenía en la cabeza un montón de contradictorias ideas. Esto era precisamente lo que más podía disgustar a miss Marple, más que ninguna otra cosa en el mundo. Aquel asunto, en sus comienzos, había estado bien claro. Miss Marple evocó la figura del comandante Palgrave, su lamentable capacidad como narrador de historias, su indiscreción, que alguien había sorprendido, y la consecuencia de la misma: su muerte veinticuatro horas después. Aquellos prolegómenos no habían ofrecido muchas dificultades, se dijo ella.

Pero luego, tuvo que reconocer a su pesar, habían surgido varios obstáculos, uno tras otro, quedando marcadas distintas orientaciones... ¿Adonde se habían encaminado primeramente, limitándose a aceptar la conveniencia de no creer nada de lo que le hubieran dicho, de no confiar en nadie? ¿Qué fruto había podido sacar basándose en el parecido de las personas que había conocido allí con ciertos seres que habitaban en St. Mary Mead?

Pensaba constantemente en la víctima... Alguien iba a ser asesinado en breve y ella no cesaba de decirse que era forzoso que supiese quién era aquel *alguien.* Allí había algo raro... ¿Algo que

oyera, que observara indirectamente, que viera con sus propios ojos?
Una de aquellas personas que la rodeaban durante el día le había dicho una palabra o una frase que daban sentido al caso. ¿Habría sido Joan Prescott? Joan Prescott había hablado una infinidad de cosas, relativas a un sinfín de gentes. ¿Se trataba de una murmuración? ¿Había incurrido en pecado de escándalo? ¿Qué era exactamente lo que Joan Prescott le había dicho?
Gregory Dyson, Lucky... La mente de miss Marple quedó saturada momentáneamente de aquélla. Lucky se había visto profundamente afectada por la muerte de la primera esposa de Gregory. Todo tendía a poner de relieve esto. ¿Sería posible que la víctima predestinada que la preocupaba hora tras hora fuese Gregory Dyson? ¿Sería posible que Lucky intentara probar suerte con otro esposo, ansiando además de la libertad la gran herencia que percibiría por el hecho de convenirse en la viuda de Greg?
«En realidad -pensó miss Marple-, todo esto es pura conjetura. Soy una estúpida. Lo sé perfectamente. La verdad debe ser muy simple en el presente caso. Creo que la apreciaríamos si lográsemos apartar la "paja", mucho detalle accesorio, que es lo que siempre lo complica todo.»
—¿Habla usted a solas? —inquirió mister Rafiel.
Miss Marple se sobresaltó. No se había dado cuenta de que aquél se le estuviera acercando. Apoyado en Esther Walters, el viejo se encaminaba lentamente a la terraza del hotel.
—No le había visto, mister Rafiel.
—Observé que sus labios se movían... ¿En qué ha quedado aquella prisa de que hacía gala?
—La urgencia subsiste. Lo que pasa es que no sé cómo...
—Supongo que su desorientación será pasajera. Bueno, ya sabe que si precisa de alguna ayuda puede contar conmigo.
Mister Rafiel volvió la cabeza. Jackson se aproximaba al grupo.
—Por fin aparece usted, Jackson. ¿Dónde diablos se mete que jamás logramos encontrarle a usted cuando nos es más necesario?
—Lamento lo ocurrido, mister Rafiel.
Moviéndose con destreza, el joven sustituyó a Esther Walters. Mister Rafiel se sintió, a partir de aquel momento, más seguro.
—¿Desea ir a la terraza, señor?
—Lléveme al bar. Ya puede usted marcharse, Esther. ¿No quería cambiarse de ropa? Búsqueme en la terraza dentro de media hora.
Jackson y mister Rafiel se marcharon. La señora Walters se dejó caer en la silla que había junto a miss Marple, frotándose varias veces el brazo en que había estado apoyado el anciano.

—Mister Rafiel parece pesar poco, pero la verdad es que tengo este brazo entumecido. No la he visto en toda la tarde, miss Marple.
—He estado haciendo compañía a Molly Kendal —explicó miss Marple-. Da la impresión de encontrarse muchísimo mejor.
—Si quiere usted saber mi opinión, le diré que no creo que le pasara nada grave -declaró Esther Walters.
Miss Marple enarcó las cejas. Esther había hablado en un tono decididamente seco.
—Pero entonces... Usted piensa que su intento de suicidio...
—Yo no creo que hubiese ningún intento de suicidio, sencillamente —repuso Esther Walters—. No he creído ni por un momento que ingiriese una dosis excesiva de somnífero y estimo que el doctor Graham piensa igual que yo.
—Esa afirmación suya despierta mi interés. ¿En qué basa sus manifestaciones?
—Estoy convencida de que no me equivoco. ¡Oh! Se trata de algo que sucede muy a menudo. Es un procedimiento tan eficaz como cualquier otro de llamar la atención.
— «¿Estarás pesaroso cuando yo haya muerto?» —citó miss Marple.
—Una cosa por el estilo —replicó Esther Walters inmediatamente—. Sin embargo, me inclino a pensar que en este caso particular se trataba de algo distinto. Lo que ha insinuado usted es lo que sucede en un matrimonio cuando el marido es ligero de cascos y la esposa está muy enamorada de él.
—¿Es que no cree usted que Molly esté enamorada de Tim?
—¿Usted sí? —inquirió Esther Walters.
Miss Marple consideró detenidamente aquellas dos palabras y el tono con que había sido formulada la pregunta.
—Yo me había figurado que sí, quizás erróneamente —contestó. Esther esbozó una sonrisita irónica.
—Sepa que me he enterado de algunas cosas respecto a su persona... -dijo.
—¿Gracias a la señorita Prescott?
—¡Oh!, llegaron a mi conocimiento por muy diversos conductos. Hay un hombre por en medio... Alguien a quien Molly quiso mucho, pero que se vio rechazado por sus familiares.
—Sí. Estoy enterada de eso.
—Más tarde, Molly contrajo matrimonio con Tim. Tal vez sintiese por él gran afecto en cierto modo. Pero el «otro» no renunció. En más de una ocasión me he preguntado: ¿Habrá sido capaz de seguirla hasta aquí?
—Es posible. Y..., ¿quién, quién es ese hombre?

—No tengo la menor idea sobre su identidad —manifestó Esther—. Me imagino que esa pareja debe haber adoptado algunas precauciones...

—¿Cree usted que Molly aún quiere a ese hombre?

Esther se encogió de hombros.

—Yo aseguraría que el individuo en cuestión es una «mala pieza»
-declaró—. Ahora bien, así suelen ser muchísimas veces los sujetos que saben lo que hay que hacer para conquistar la voluntad de una mujer.

—¿Nunca le facilitaron particularidades sobre ese misterioso personaje?

Esther movió la cabeza.

—No. Nunca. Hay quien ha aventurado algunas suposiciones, pero no se puede sacar nada en limpio de ellas... Es posible que nuestro hombre fuese casado. Puede que se viese rechazado por tal circunstancia, o por llevar una vida irregular, o por haberse entregado a la bebida, o por ser un delincuente... ¡Vaya usted a saber! Una cosa debo advertirle, sin embargo: Molly se siente interesada todavía por él. He aquí un detalle del que estoy segura.

—¿Qué ha visto usted? ¿Qué ha oído? —se aventuró a preguntar miss Marple.

—Sé muy bien lo que me digo —repuso Esther.

Habíase expresado con sequedad, dando a sus palabras una entonación nada cordial.

—Esos crímenes... —empezó a decir miss Marple.

—¿No puede usted olvidarse de ellos un momento? —preguntó Esther Walters-. Ha conseguido interesar en los mismos al propio mister Rafiel. Vamos, olvídelos... De todas maneras no logrará averiguar nada más. ¡Oh! También de esto último estoy segura.

—Usted cree estar al cabo de la calle sobre todo esto, ¿eh? —inquirió hablando muy despacio.

—Ciertamente.

—¿Y no piensa que sería conveniente que dijese cuanto sabe? Habría que hacer algo...

—¿Por qué he de hablar? ¿Qué lograría con ello? No me sería posible probar nada. ¿Qué podría suceder de todas maneras? Además, actualmente, las personas que cometen algún delito recuperan la libertad sin muchas dificultades. No sé... Se habla de «responsabilidad disminuida» y de otras lindezas por el estilo. Unos cuantos años en prisión, muy pocos, y después a la calle, como si nada.

—Supóngase usted que por guardar silencio alguien más muere asesinado...

Esther hizo un gesto, denegando, un gesto que delataba una confianza absoluta en sí misma.
—Eso no sucederá, miss Marple.
—He aquí algo acerca de lo cual no puede usted abrigar la menor seguridad.
—Se equivoca. Y, sea como sea, no puedo comprender quién... —la señora Walters frunció el ceño-. Tal vez eso —añadió, inconsecuentemente, al parecer— sea considerado también un caso de «responsabilidad disminuida». Quizá no se puede evitar... Sí, claro, por el hecho de tratarse de una criatura mentalmente desequilibrada. ¡Oh! No sé a qué atenerme... Lo mejor sería que ella se marchase con quien fuera... Los demás nos esforzaríamos luego por olvidar ciertas cosas.
Esther consultó su reloj de pulsera, reprimiendo una exclamación de asombro. Púsose en pie.
—Tengo que ir a cambiarme de ropa todavía.
Y se dirigió hacia la casa.
Miss Marple fijó pensativa la mirada en su figura mientras se alejaba. Sus palabras se le habían antojado bastante enigmáticas... ¿Atribuía aquélla acaso la responsabilidad de la muerte del comandante Palgrave y de Victoria Johnson a una mujer? De sus palabras parecía deducirse eso. Miss Marple continuó reflexionando...
—¡Hombre! Aquí tenemos a miss Marple, sentada tranquilamente, sola... y sin hacer su habitual labor de aguja.
El doctor Graham, a quien había estado buscando infructuosamente largo rato, acababa de expresarse en aquellos términos. Espontáneamente, se disponía a sentarse frente a ella, seguro que con el propósito de hacerle compañía unos minutos. Miss Marple se dijo que su charla sería breve, ya que él tendría que ir a su «bungalow» para cambiarse de traje, con vistas a la cena, y solía ser de los huéspedes que se presentaban a primera hora en el comedor. Comenzó explicándole que se había pasado la tarde junto al lecho de Molly Kendal.
-Me extraña muchísimo que haya podido recuperarse tan rápidamente —declaró luego.
-Bueno... No hay por qué sorprenderse. En realidad, ¿sabe, usted?, no ingirió una dosis exagerada de somnífero.
-¿Cómo es eso? Yo tenía entendido que se había tomado medio frasco de píldoras.
En el rostro del doctor Graham apareció una sonrisa de indulgencia.
-Yo no pienso que tomara tantas. Me atrevería a decir que en un principio, probablemente, eso fue lo que se propuso. Después, sin

duda, desistió de ello, deshaciéndose de la mayor parte. Los presuntos suicidas no son tan decididos como pudiera suponerse. Se resisten interiormente a afrontar el fin. En ocasiones como ésta la dosis calculada queda por debajo de la prevista. No es que se engañen deliberadamente, no. Es que el subconsciente vela por su integridad física...
-¡Oh! ¿No podría ser una cosa proyectada con un objetivo determinado? Quizás ella quisiera haber dado la impresión de que...
Miss Marple guardó silencio de pronto.
-Es posible -confirmó el doctor Graham.
-Tal vez ella y Tim hubiesen reñido y...
-Tim y Molly no discuten nunca. Parecen quererse mucho. Naturalmente, en alguna ocasión aislada puede ser que surjan puntos de vista distintos entre ellos. No hay una sola pareja humana que no pase por eso. ¡ Ah! Me resisto a creer ahora que Molly se encuentre tan mal que no pueda levantarse e ir de un lado para otro, como de costumbre. Esto, ya lo sé, no es conveniente, sin embargo. Sí. Vale más que permanezca acostada un día o dos, descansando...
El doctor Graham se puso en pie, saludó a miss Marple con una leve reverencia y echó a andar hacia el hotel. Ella continuó sentada durante unos minutos más en el mismo sitio.
Cruzaron varias ideas por su cabeza... Pensó en el libro que había hallado bajo el colchón del lecho de Molly; en el momento en que ésta fingiera estar durmiendo... Recordó las cosas que le había dicho Joan Prescott y, más adelante, Esther Walters...
Trasladóse luego mentalmente al principio de todo, evocando la figura del comandante Palgrave.
Algo impreciso forcejeaba en su cerebro, pugnando por abrirse paso. Y tratábase de *algo* relativo al comandante Palgrave...
Si lograra al menos llegar a recordarlo...

CAPITULO VEINTITRES

EL ÚLTIMO DÍA

«*Y la mañana y la noche fueron las del último día», *se dijo miss Marple. Luego, ligeramente confusa, se irguió en su silla. Había estado dormitando, algo increíble, pues la orquesta del hotel no había dejado de tocar un momento y la persona capaz de tal hazaña... Bien. Esto demostraba que miss Marple se iba acostumbrando a aquel lugar. ¿Qué era lo que había estado diciéndose? Probablemente se trataba de una cita que no recordaba al pie de la letra. ¿El último día? El *primer* día. No... no era aquél el primer día... Y posiblemente tampoco el último.

Irguióse un poco más. La verdad era que se sentía extraordinariamente fatigada. Se dedicó a analizar aquella ansiedad que sentía, la impresión que experimentara de notarse desplazada en algún sentido... Recordó, molesta, una vez más, aquella mirada que sorprendiera en los ojos de Molly, entreabiertos. ¿Qué era lo que había pasado por la cabeza de aquella chica? Miss Marple pensó: «¡Qué distinto le había parecido todo al principio!» Tim Kendal y Molly se le habían antojado dos felices jóvenes, que formaban una pareja perfecta. Y en los Hillingdon había visto unas personas sumamente agradables, bien educadas... ¿Y qué decir del alegre Greg Dyson y de la risueña Lucky, que hablaban por los codos, que parecían encantados de ser como eran, que parecían hallarse a gusto dentro del mundo en que les había tocado vivir...? El cuarteto se llevaba a las mil maravillas. Sí. Esto había pensado nada más conocerles. El canónigo Prescott... ¡Qué hombre tan cortés! Su hermana, Joan, resultaba algo agria en ocasiones, pero en fin de cuentas se le figuró una buena mujer, y son muchas las buenas mujeres que cifran todas sus distracciones en las chismorrerías. Han de saber qué es lo que sucede a su alrededor, y cuándo dos y dos son cuatro, y si es posible estirar este resultado hasta cinco. Tales personas no suelen hacer daño a nadie nunca: Sus lenguas no descansan normalmente, pero son piadosas para el caído en desgracia. De mister Rafiel cabía asegurar que era un hombre de carácter, un hombre al que se podía olvidar difícilmente una vez se le conocía. Sin embargo, a miss Marple se le ocurrió pensar ahora que en realidad sabía muy pocas cosas con respecto a él.

Tiempo atrás los médicos habían abrigado escasas esperanzas

acerca de su restablecimiento. Ahora eran ya más exactos en sus predicciones. Mister Rafiel sabía que sus días estaban contados.
En virtud de tal certeza, ¿habría decidido el anciano emprender ciertas acciones cuyo alcance escapaba a miss Marple?
Ésta consideró detenidamente la pregunta que acababa de formularse.
Quizá la respuesta correspondiente revistiese una gran importancia.
¿Qué era concretamente lo que él le había dicho? Recordaba haberle oído levantar la voz. Había hablado muy seguro de sí. En lo tocante a las entonaciones miss Marple era una criatura auténticamente experta. Se había pasado muchísimas horas a lo largo de su vida escuchando...
Mister Rafiel le había dicho algo que no era verdad.
Miss Marple miró a su alrededor. La suave brisa nocturna inundó sus pulmones, refrescándolos. Percibió el perfume entremezclado de las flores. Contempló las mesitas, con las luces. Estudió las figuras de las mujeres, cubiertas con sus lindos vestidos de noche. El de Evelyn, muy ajustado a su cuerpo, era oscuro. Lucky vestía de blanco; sus dorados cabellos brillaban. Todo el mundo parecía contento y lleno de vida. Hasta Tim Kendal sonreía cuando se acercó a su mesa para decirle:
-No sé cómo agradecerle cuanto ha hecho por nosotros. Molly vuelve a ser prácticamente la de antes. El doctor ha dicho que mañana podrá levantarse ya.
Miss Marple correspondió a las anteriores palabras con una sonrisa, manifestando que la alegraban mucho aquellas noticias. No obstante, le costó trabajo hacer aquel gesto. Decididamente, estaba muy fatigada...
Se levantó, encaminándose lentamente a su «bungalow». Le habría gustado continuar reflexionando, hacer cabalas, insistir en sus esfuerzos por recordar, probar a conjuntar determinados hechos, palabras y miradas. Pero no se sentía capaz de tal hazaña. Su cansada mente se le rebelaba. Ésta le ordenaba escuetamente: «¡A dormir! ¡Tienes que dormir!»
Miss Marple se desnudó, tendiéndose en su lecho. Luego tomó el «Kempis», que se encontraba sobre su mesita de noche, leyendo unos cuantos versículos del mismo. Seguidamente apagó la luz. Sumida en la oscuridad de la habitación musitó una plegaria. Ella sola no podía hacerlo todo. Andaba precisada de ayuda.
—Esta noche no ocurrirá nada —murmuró esperanzada.
Miss Marple se despertó de pronto, sentándose inmediatamente en el lecho. Los latidos de su corazón habían sufrido una brusca aceleración. Encendió la luz y consultó el pequeño reloj que tenía

junto a la cama. Las dos de la madrugada. Las dos. Y a todo esto fuera se notaba cierta actividad. Miss Marple abandonó la cama embutiéndose en su bata, tras haber introducido los pies en las zapatillas. Rodeó su cabeza con una bufanda de lana y salió del dormitorio. Distinguió a varias personas que se movían por los alrededores, provistas de linternas. Entre ellas descubrió al canónigo Prescott, al cual se acercó para preguntarle:
—¿Qué pasa?
—¡Oh! ¿Es usted, miss Marple? Buscamos a la señora Kendal. Su esposo se despertó, advirtiendo entonces que había abandonado el lecho, desapareciendo... Lo estamos registrando todo.
El canónigo Prescott se alejó de ella a buen paso. Miss Marple echó a andar maquinalmente tras aquél. ¿Adonde habría ido Molly? ¿Cuál había sido el motivo de su decisión? Existía la posibilidad de que lo hubiese planeado todo de antemano... ¿Habíase propuesto escapar de allí tan pronto se viera menos vigilada, aprovechando el sueño de su esposo? ¿Con qué fin? ¿Es que había por en medio, como Esther Walters sugiriera insistentemente, otro hombre? En caso afirmativo, ¿quién podría ser él? ¿O es que había otra causa más misteriosa?
Miss Marple continuó andando, escudriñando entre los arbustos que hallaban al paso. Inesperadamente, oyó una débil llamada:
—Aquí... Por aquí...
La voz, pensó miss Marple, procedía de un punto situado en las inmediaciones de la pequeña cascada que quedaba tras el hotel. La corriente de agua se encaminaba desde allí al mar, directamente. Miss Marple empezó a moverse con toda la celeridad que le permitían sus torpes piernas.
A Molly no la buscaban tantas personas como se figurase en un principio. La mayor parte de los huéspedes del hotel debían estar durmiendo. Miss Marple divisó unas figuras. Alguien pasó corriendo a un lado, en dirección a las mismas. Era Tim Kendal. Un minuto después oyó su voz.
Finalmente, miss Marple logró incorporarse al pequeño grupo. Formaban parte de éste uno de los camareros cubanos, Evelyn Hillingdon *y* dos de las doncellas indígenas. Habíanse apartado un poco para permitir el paso a Tim. Miss Marple llegó allí en el instante en que Kendal se agachaba para mirar...
—Molly...
Lentamente, el joven se hincó de rodillas en el suelo. Miss Marple vio entonces con toda claridad el cuerpo de la muchacha, tendida en el cauce, con el rostro boca abajo inmediatamente debajo de la superficie del agua. Sus rubios cabellos habían quedado extendidos

sobre el chal gris pálido con que se había cubierto los hombros... En conjunto, aquélla parecía una escena de *Hamlet,* en la que Molly fuese *Ofelia,* ya muerta...
Cuando Tim alargaba una mano para tocar su cuerpo, miss Marple reaccionó, autoritaria. Se imponía obrar con sentido común.
—No la toque usted, señor Kendal —dijo-. No debe cambiar su cuerpo de posición.
Tim levantó la vista, confuso.
—Pero... es que... Se trata de Molly... Tengo que...
Evelyn Hillingdon le puso una mano en el hombro.
—Está muerta, Tim. Yo no la moví, pero tenté su muñeca, en busca del pulso.
—¿Muerta? -preguntó Tim, incrédulo-. ¿Muerta? ¿Quiere usted decir que... *se ahogó?*
—Creo que sí. A juzgar por lo que aquí vemos...
—Pero, ¿por qué? —el joven formuló esta pregunta con un tono de voz que evidenciaba su desesperación-. ¿Por qué? Molly estaba contenta... Hablamos de nuestros proyectos inmediatos. ¿Por qué había de apoderarse de ella su terrible obsesión? ¿Por qué huyó de mi lado, abandonando nuestro «bungalow», para morir ahogada aquí? ¿Qué era lo que a ella le inquietaba? ¿Por qué no se confió a mí?
—Lo siento, Tim. No soy capaz de responder sus preguntas, desgraciadamente.
Intervino miss Marple.
—Habrá que avisar al doctor Graham. Sí. Cuanto antes. Y otra persona tendrá que encargarse de telefonear a la Policía.
—¿Habla usted de telefonear a la Policía? —inquirió Tim con una amarga sonrisa—. ¿Qué ventajas nos reportará esto?
—Es preciso poner este hecho en conocimiento de los agentes de la autoridad. Siempre se procede así en los casos de suicidio —subrayó miss Marple.
Tim se puso lentamente en pie.
—Iré a buscar a Graham —dijo con voz ronca—. Quizás... aún ahora... pueda hacer algo.
Echó a andar, vacilante, hacia el hotel.
Evelyn Hillingdon y miss Marple, una al lado de la otra en aquellos instantes, fijaron los ojos en el cadáver de la chica.
Evelyn movió la cabeza, entristecida.
—Es tarde ya para eso. Su cuerpo está frío. Debe haber muerto hace una hora, por lo menos. Es posible, incluso, que haya transcurrido más tiempo. ¡Qué tragedia! ¡Tan feliz como parecía esa pareja! Supongo que ella fue siempre una muchacha

desequilibrada.
—No. Yo no opino igual —manifestó miss Marple.
Evelyn, curiosa, estudió su rostro.
—¿Qué quiere usted decir con eso?
La luna había desaparecido hacía unos segundos tras una nube. Por fin aquélla brilló de nuevo en el firmamento. Los cabellos de Molly quedaron bañados en un plateado resplandor.
Miss Marple lanzó una exclamación de pronto. Inclinándose, tocó la cabeza *de* la muchacha. Al hablar con Evelyn su voz tenía un tono diferente.
—Creo que sería mejor que nos asegurásemos en lo tocante a nuestra suposición inicial...
Evelyn replicó, perpleja:
—Pero... usted le dijo a Tim que no debía tocar nada...
—Ya lo sé. Ahora bien, en aquellos instantes la luna no brillaba tanto. No pude ver...
Suavemente, las manos de miss Marple entraron en contacto con la espesa mata de cabellos rubios de aquella cabeza, que apartó, para descubrir la nuca, el comienzo de la espalda...
Evelyn, asombrada, lanzó una exclamación:
—¡Lucky!
Unos segundos después musitó como si quisiera convencerse a sí misma:
—No es Molly... sino... Lucky.
Miss Marple asintió.
—Las dos tienen los cabellos rubios, de un matiz dorado casi idéntico; pero, naturalmente, en las raíces de los de Lucky se observaba una zona oscura, consecuencia inevitable del... tinte.
—¿Y cómo es que llevaba el chal de Molly?
—Le gustó desde la primera vez que lo vio. Le oí decir que pensaba comprarse uno igual. Eso es lo que hizo, probablemente.
—Así es, pues, cómo nos hemos engañado...
Evelyn calló al mirar a miss Marple a los ojos.
—Alguien —sugirió la última— tendrá que decírselo a su marido. Prodújose otra breve pausa en la conversación, tras la cual Evelyn respondió:
—Conforme. Yo me encargaré de eso.
Dando media vuelta, echó a andar por entre las palmeras. Miss Marple permaneció inmóvil unos momentos. Luego volvió la cabeza a un lado repentinamente, inquiriendo:
—¿Qué hay, coronel Hillingdon?
Edward Hillingdon abandonó el refugio de unos árboles próximos para colocarse junto a ella.

—¿Sabía usted que estaba ahí?
—Vi su sombra proyectada en el suelo -explicó miss Marple con sencillez.
Los dos guardaron silencio.
Luego, él, más bien como si hablara consigo mismo, murmuró:
—Así, pues, Lucky ha ido demasiado lejos tentando su suerte.
—Usted, por lo que veo, se alegra de su muerte, ¿eh?
—¿Y le sorprende eso? Pues bien, no puedo negarlo. Sí, me alegro de que Lucky haya muerto.
—La muerte es, a menudo, una solución para muchos problemas. Edward Hillingdon volvió la cabeza lentamente. Miss Marple buscó sus ojos.
—Si cree usted que...
La frase, incompleta, fue pronunciada con el tono de una amenaza. Al mismo tiempo, el coronel Hillingdon dio un paso hacia su interlocutora. Esta respondió serenamente:
—Dentro de unos segundos su esposa estará de vuelta, en compañía del señor Dyson. El señor Kendal regresará con el doctor Graham, probablemente.
Edward Hillingdon pareció tranquilizarse, fijando la mirada en el cadáver.
Miss Marple se separó de él sin hacer el menor ruido. Después aceleró el paso.
Poco antes de llegar a su «bungalow» se detuvo. Se encontraba en el mismo sitio en que días atrás había estado hablando con el comandante Palgrave, al principio de todo aquel asunto. Miss Marple evocó la figura de aquél rebuscando en su cartera, deseoso de enseñarle la fotografía de un auténtico asesino...
Recordó que al levantar la vista había observado que la faz de Palgrave se tornaba roja como la grana, purpúrea... «¡Qué feo es!», había llegado a decir la señora Caspearo. «Trae consigo el "mal de ojo".»
El «mal de ojo»...

CAPITULO VEINTICUATRO

NÉMESIS

La noche había sido pródiga en alarmas y toda clase de ruidos, pero mister Rafiel no se enteró de nada...
Hallábase acostado, durmiendo profundamente.
Roncaba de una manera suave incluso, cuando sintió que alguien le cogía por los hombros, sacudiéndole con violencia.
—¿Qué? ¡Ejem! ¿Qué diablos significa esto?
—Soy yo -dijo miss Marple-. Claro que ahora podría ser algo más elocuente... Creo que los griegos poseían una palabra reveladora en estas o parecidas circunstancias. Era ésta: «Némesis», si no ando equivocada.
Mister Rafiel se incorporó, apoyándose trabajosamente en su almohada. Escrutó el rostro de miss Marple. Ésta se había plantado frente a él, quedando su figura bañada en la luz de la luna. Con la cabeza cubierta con un plumoso pañuelo de lana, había que hacer un gran esfuerzo imaginativo para pensar en la diosa de la mitología griega.
—Así, pues, usted es Némesis, ¿no? —inquirió mister Rafiel tras un corto silencio.
—Espero serlo... con su ayuda...
—¿Quiere usted explicarme de una vez por qué se expresa en esos términos a hora tan avanzada de la noche?
—Pienso que es posible que tengamos que actuar rápidamente. He sido una estúpida. Hubiera debido saber a qué atenerme desde el comienzo de todo. ¡Resulta tan sencillo!
—¿Qué es lo que se le antoja tan sencillo? Concretamente, ¿de qué me está usted hablando?
—Ha estado usted durmiendo a gusto —respondió miss Marple—. Bien. Le pondré al corriente de los últimos acontecimientos... Ha sido hallado un cadáver. Primero creí que era el de Molly Kendal. Me equivoqué... Tratábase del de Lucky Dyson. Se ahogó en ese pequeño río que desemboca en el mar no muy lejos de aquí.
—Lucky, ¿eh? ¿Que se ahogó, dice usted? ¿No la ahogarían?
—La ahogarían, sí.
—Ya comprendo. Bueno, eso creo yo. Por tal motivo habló usted antes de una problemática sencillez, ¿verdad? Greg Dyson fue siempre la primera posibilidad y ahora se ve que constituye la auténtica, ¿no es eso? ¿Es eso lo que está pensando ? Y lo que

usted teme ahora es que escape al castigo, ¿ eh ?
Miss Marple suspiró.
—Habrá de confiar en mí, mister Rafiel. Tenemos que impedir que sea cometido un crimen.
—Me parece haberle oído decir que el crimen se había cometido ya.
—Ese crimen fue cometido por error. De un momento a otro, ahora, puede ser que se repita el hecho. No hay tiempo que perder. Debemos impedirlo a todo trance. Tenemos que actuar inmediatamente.
—Es muy fácil hablar así -respondió mister Rafiel-. «*Tenemos* que actuar inmediatamente», acaba de decir usted. ¿Me cree acaso capaz de hacer algo? ¡Si ni siquiera podría andar por mí mismo! ¿Qué cree usted que podríamos intentar los dos? Usted tiene ya muchos años y yo estoy casi impedido.
— Pensaba en Jackson - explicó miss Marple -. Jackson hará lo que usted le ordene, ¿no?
— En efecto. Especialmente si le sugiero que no va a perder su tiempo. ¿ Es eso lo que usted desea?
—Sí. Dígale que me acompañe. Indíquele que habrá de obedecerme ciegamente.
Mister Rafiel reflexionó unos instantes. Luego, contestó:
—Concedido. Me parece que me expongo a correr ciertos riesgos. Bueno. No será la primera vez... -mister Rafiel levantó la voz-: ¡Jackson! —al mismo tiempo oprimió el botón del timbre que tenía junto a sus manos.
A los pocos segundos Jackson abrió la puerta que comunicaba con la habitación contigua.
—¿Ha llamado usted, señor? ¿Ocurre algo?
El joven fijó la vista en miss Marple, con un gesto inquisitivo.
—Tengo que decirle algo, Jackson. Habrá de acompañar a miss Marple, esta dama aquí presente. Vaya adonde ella le indique y actúe de acuerdo con sus instrucciones. Habrá de obedecerla en todo, ¿comprendido?
-Yo...
-¿Comprendido ?
-Sí, señor.
-Si se conduce como es debido, no perderá nada. Valoraré sus servicios generosamente.
-Agradecido, señor.
-Vámonos, señor Jackson -dijo miss Marple. Esta se volvió hacia mister Rafiel-. Avisaremos a la señora Walters por el camino. Pídale que le saque de la cama y que le lleve.
-Que me lleve..., ¿adonde?

-Al «bungalow» de los Kendal -respondió miss Marple-. Creo no estar equivocada al afirmar que Molly no tardará en regresar a él.

Molly subía por el camino, procedente de la playa. Avanzaba con los ojos fijos en una imprecisa lejanía. De vez en cuando se escapaba de su boca un débil quejido...
Acercóse al «bungalow», deteniéndose unos instantes. Luego abrió una ventana y penetró en el dormitorio de la casita. Hallábanse encendidas las luces del cuarto, pero allí dentro no vio a nadie. Molly se aproximó a la cama, sentándose en su borde. Así permaneció varios minutos. A veces se pasaba una mano por la frente, frunciendo el ceño.
Después de mirar cautelosamente a su alrededor rebuscó bajo el colchón, extrayendo de debajo de éste un libro. Lo abrió, pasando unas páginas, hasta dar con lo que ella quería.
Llegó entonces a sus oídos un rumor de pasos procedentes del exterior. Con un rápido movimiento ocultó el libro tras ella.
Tim Kendal, jadeante, entró, dando un profundo suspiro de alivio al verla.
—¡Gracias a Dios, Molly! ¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes.
—Fui al río.
—Fuiste a...
—Sí. Fui al río. Pero yo no podía esperar allí... Me era imposible. Vi un cuerpo en el agua... Se trataba de un cadáver.
—Quieres decir que... ¿Sabes? Pensé en el primer momento que eras tú. No he hecho más que enterarme de que aquél era el cadáver de Lucky.
—Yo no la maté. De veras, Tim. Estoy segura de no haberla matado. Deseaba explicarte que... De haber hecho eso yo me acordaría, ¿verdad?
Tim se sentó lentamente en la parte inferior del lecho.
—Tú no... ¿Estás segura de que...? No, no, ¡por supuesto que no la mataste! —Kendal había levantado la voz levemente—. No empieces a decirte esas cosas, Molly. Lucky se ahogó. Nadie es culpable de eso. Hillingdon había reñido con ella. Lucky se tiró al río y...
—Lucky no hubiera hecho eso nunca, ¡jamás! Pero... es cierto que yo no la maté. Juro que no la maté.
—Pero, querida, ¡naturalmente que no la mataste!
Tim intentó abrazar a Molly, pero ésta se apañó de él.
—Odio este lugar. Debiera estar bañado en su totalidad por la luz del sol. Sin embargo... No. Nada hay de eso. Veo una sombra, una

sombra negra, de gran tamaño... Y yo me encuentro en el centro... No puedo salir...

Molly comenzó a hablar a gritos.

—Cállate, Molly. Silencio, ¡por el amor de Dios!

Tim penetró en el cuarto de baño, del que salió con un vaso en la mano.

—Toma. Bébete esto. Te tranquilizará.

—No... No puedo beber nada. Me castañetean demasiado los dientes.

—¿Dejarás de poder, querida? —Tim pasó un brazo alrededor de los hombros de Molly, acercándole el vaso a los labios—. Ahora... Bébetelo. Alguien habló junto a la ventana.

—Entre ya, Jackson -dijo miss Marple-. Quítele el vaso. Proceda con cuidado. Es un hombre muy fuerte y es posible que se sienta desesperado.

En Jackson concurrían determinadas circunstancias. Tratábase de un individuo acostumbrado a obedecer. Y luego... le gustaba mucho el dinero y su señor le había prometido una espléndida recompensa. Mister Rafiel era un hombre de gran posición, que podía permitirse ciertos lujos. De otro lado, Jackson era un tipo musculado, que se mantenía en forma gracias al frecuente ejercicio. Rápido como el rayo, cruzó la habitación. Sujetó con férrea mano el vaso que Tim había aproximado a los labios de Molly. Con el brazo libre contuvo al esposo de ésta. Un repentino retorcimiento de la muñeca de su adversario y el vaso quedó definitivamente en su poder. Tim se volvió hacia el intruso con un gesto amenazador, pero Jackson no se arredró por ello.

—¿Qué diablos...? ¡Váyase de aquí! ¿Se ha vuelto loco? ¿Qué hace usted?

Tim, retenido ahora por Jackson, se debatió violentamente entre los brazos de aquél.

—No le suelte, Jackson —dijo miss Marple.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre aquí?

Mister Rafiel entró en el dormitorio, apoyándose en Esther Walters.

—¿Qué pasa, pregunta usted? —gritó Tim—. ¿Es que no lo ve? Pasa que su servidor se ha vuelto loco. Dígale que me suelte.

—No, no, nada de eso —medió miss Marple.

Mister Rafiel se volvió hacia ella.

—Hable usted, Némesis -le dijo-. Vamos, por amor de Dios, explíquese.

—He sido una estúpida, una tonta —manifestó miss Marple—. Pero eso quedó ya atrás. Quiero que sea analizado el contenido de ese vaso, que sea analizado el líquido que Kendal intentaba administrar

a su mujer... Estoy segura, absolutamente segura, de que en él hay una dosis mortal de narcótico. Se trata de la misma pauta, aquella que quedó señalada en la historia del comandante Palgrave. Una esposa, profundamente deprimida, intenta suicidarse, siendo salvada a tiempo por su marido. En el segundo intento ella se sale con la suya. Sí, no falla... El comandante Palgrave me refirió su historia y a continuación sacó de su cartera una fotografía. Entonces levantó la vista, descubriendo...

—Al mirar por encima de su hombro derecho... —apuntó mister Rafiel.

—No —repuso miss Marple, moviendo la cabeza-. *Al mirar por encima de mi hombro derecho no vio nada.*

—¿Qué está usted diciendo? ¿No me contó que...?

—Me equivoqué totalmente. Fui una estúpida. En efecto, yo experimenté la impresión de que el comandante Palgrave miraba fijamente algo por encima de mi hombro derecho... Ahora bien, no pudo ver *nada* porque miraba en tal dirección con su ojo izquierdo y su ojo izquierdo era de cristal.

—Ya recuerdo... Sí. El comandante Palgrave tenía un ojo de cristal —declaró mister Rafiel—. Me había olvidado de ese detalle... Y dice usted que no pudo ver nada...

—Con su ojo de cristal, no, naturalmente. Con el otro, con el derecho, sí, desde luego, que podía ver. Y fíjese en esto: él debió descubrir a alguien situado no a mi derecha, sino a mi izquierda.

—¿Tenía usted a alguien a su izquierda?

—Sí -respondió miss Marple—. Tim Kendal y su esposa se hallaban sentados no muy lejos de nosotros, frente a una mesita que quedaba junto a un gran hibisco. Habíanse concentrado en su labor, repasando según creo unas cuentas. En el momento en que el comandante Palgrave levantó la vista, su ojo izquierdo, el de cristal, *miraba* por encima de mi hombro, inútilmente, claro está. En cambio, con el otro ojo Palgrave vio la figura de un hombre sentado junto a un hibisco. Su faz era la misma, con la variación lógica, impuesta por los años, que la de su fotografía, en la vecindad de un hibisco, también, por cierto. Tim Kendal había oído la historia referida por el comandante Palgrave, dándose cuenta de que éste le había reconocido. Por supuesto, tenía que matarle. Más tarde se vio obligado a asesinar a Victoria Johnson porque ésta le había visto colocar un frasco de tabletas en la habitación de Palgrave. La muchacha, de momento, no hizo caso de aquello. En determinadas circunstancias nada de particular había en que Tim Kendal penetrara en los «bungalows» cedidos *a* sus huéspedes. Podía haber entrado para dejar cualquier cosa que el ocupante de turno

de la casita hubiese olvidado en el comedor. No obstante, Victoria Johnson pensó más adelante en aquello. Se decidió a hacerle unas preguntas a Kendal. Éste comprendió entonces que no tenía más remedio que deshacerse de ella. Pero el crimen principal, el que había estado planeando, no era éste... Nos hallamos ante un parricida, ante un asesino de sus sucesivas cónyuges...

—¿Qué insensateces, qué disparates...? —barbotó Tim Kendal, sin llegar a terminar la frase.

De pronto se oyó un grito. Esther Walters se apartó inesperadamente de mister Rafiel, cruzando el cuarto. Faltó poco para que el anciano fuese derribado por ella. Esther se aferró vanamente a Jackson.

—Suéltale... ¡Suéltale! Eso no es verdad. Nada de lo que se ha dicho aquí es verdad. Tim... Tim, querido, dime, diles que no es cierto. Tú no eres capaz de matar a nadie. Lo sé muy bien. Esa horrible criatura con quien te casaste tiene la culpa de todo. Ha estado contando mentiras en relación con tu persona. Ha mentido, sí... Nada de lo que ha dicho es verdad. Yo creo en ti. Yo te amo y confío en ti. Jamás podré creer a los demás, digan lo que digan. Yo...

Tim Kendal acabó perdiendo los estribos.

-¡Maldita perra! ¿Quieres callar de una vez? ¿Es que no puedes cerrar el pico? ¿Quieres acaso que me cuelguen? Cierra el pico, te he dicho. Cierra tu fea boca, perra.

-¡Desgraciada! —exclamó mister Rafiel, en voz baja-. De manera que esto era lo que andaba ocultando, ¿eh?

CAPITULO VEINTICINCO

MISS MARPLE UTILIZA SU IMAGINACIÓN

Así, pues, eso era lo que había detrás de tantas cosas aparentes, ¿no? —inquirió mister Rafiel.
Miss Marple y él habían comenzado a charlar en tono confidencial.
-Esther Walters, por tanto, sostenía relaciones amorosas con Tim Kendal...
Miss Marple se apresuró a atajar a su interlocutor.
-Supongo que no había llegado a eso. Yo creo que tal relación era de tipo romántico, con la perspectiva del futuro casamiento.
-¡Cómo! Tras la muerte de la esposa, ¿verdad?
-Me inclino a pensar que la pobre Esther Walters no sabía que Molly estuviese condenada —manifestó miss Marple—. Me figuro que creyó la historia que Tim Kendal le refirió acerca de los amores de Molly con otro hombre y de la persecución de que éste la hiciera objeto, hasta el extremo de haberla seguido hasta aquí. Pensó que Tim Kendal acabaría divorciándose, indudablemente. Todo era respetable, en apariencia. Eso sí: se hallaba profundamente enamorada de él.
- Cosa que resulta bien fácil de comprender. No en balde se trataba de un hombre atractivo. Pero, ¿qué pretendía obtener él de Esther? ¿Sabe usted eso también?
-Igual que usted, quizá -manifestó miss Marple.
-Yo me atrevería a afirmar que tengo una ligera idea con respecto a ese punto. No me explico, sin embargo, determinados detalles.
-En realidad, me parece que podría explicárselo todo utilizando mi imaginación. Pero siempre sería más sencillo que usted me lo dijese, sin más rodeos.
-No pienso hacerlo —declaró mister Rafiel—. Hable, hable, miss Marple, ya que ha demostrado ser tan inteligente.
-Me figuro, como ya le he sugerido en una ocasión, que Jackson ha tenido siempre la costumbre de echar algún vistazo a sus papeles.
-No anda usted descaminada. Debo aclarar, no obstante, que semejante hábito tiene que haberle servido de bien poco a mi ayuda de cámara, como consecuencia de las precauciones que tomé en su día.
—Me imagino que ese hombre llegó a leer su testamento.
—Pues... sí. Llevo conmigo siempre una copia de aquél.
—Usted me dijo que a Esther Walters no le dejaba nada en su

testamento. Recalcó el hecho al aludir a ella y a Jackson. Supongo que la cosa era cierta en el caso de Jackson. Esther Walters, en cambio, percibiría una cantidad de dinero, aunque usted estaba dispuesto a no indicarle lo más mínimo. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Lo que no me explico es cómo ha llegado a formular algunas de sus conclusiones.

—Pues todo radica en que usted insistió mucho en ese punto —repuso miss Marple—. He tratado con todo género de personas y sé cuándo mienten.

—Me rindo —dijo mister Rafiel—. Ha dado usted en el clavo. Decidí dejar a Esther cincuenta mil libras esterlinas. Esperaba que esto constituyese para ella una agradable sorpresa cuando yo muriese. Supongo que, sabedor de tal detalle, Tim Kendal decidió eliminar a su esposa con una fuerte dosis de cualquier sustancia perjudicial para casarse luego con Esther Walters y su dinero. Probablemente, abrigaba la idea de deshacerse de ella también a su debido tiempo. Bueno, pero, ¿cómo se enteró de que Esther iba a entrar en posesión de la mencionada cantidad?

—Se lo dijo Jackson, por supuesto —contestó miss Marple-. Se habían hecho amigos. Tim Kendal solía ser amable con Jackson y me parece que sin ningún propósito definido. Es posible que en el transcurso de cualquiera de las charlas que sostenían frecuentemente su ayuda de cámara le dijese que Esther Walters iba a heredar una fuerte suma de dinero, confiándole sus esperanzas de que su secretaria acabase fijándose en él. Sí. Yo creo que todo debió ocurrir de esa manera.

—Estimo sus suposiciones verdaderamente plausibles —declaró mister Rafiel.

—Sin embargo, me conduje como una estúpida -objetó miss Marple-. Todas las piezas encajaban perfectamente en nuestro rompecabezas. Tim Kendal era un hombre tan inteligente como perverso. Sabía arreglárselas muy bien a la hora de poner en circulación los rumores que a él le convenían. La mitad de las cosas que yo he oído afirmar aquí procedían de ese hombre. Piense en ese cuento relativo al propósito de Molly de contraer matrimonio con un joven indeseable, que no era otro que el propio Tim Kendal, con otro nombre, naturalmente. Los familiares de ella se habían proporcionado algunos informes. Tal vez supieran que el pretendiente dejaba bastante que desear. Entonces él se negó a «exhibirse» ante la gente de Molly y, de acuerdo con la muchacha, concibió un ingenioso plan que iba a resultarle extraordinariamente divertido. Molly fingió olvidar a aquel hombre... A continuación surgió un tal señor Tim Kendal, relacionado, al parecer, con

personas amigas de los familiares de Molly. Estos acogieron al *nuevo* pretendiente con los brazos abiertos, confiando en que el mismo haría desaparecer definitivamente de la cabeza de la muchacha al anterior. Molly y Tim deben haberse reído lo suyo, me figuro. La pareja contrajo matrimonio. Con el dinero de ella, Kendal adquirió este hotel. Pero el dinero duró poco en sus manos. Al tropezar con Esther Walters pensó Tim Kendal que se le presentaba una nueva oportunidad de proveerse de fondos.

—¿Y por qué no se apresuró a quitarme de en medio? —inquirió mister Rafiel.

Miss Marple tosió levemente.

—Sin duda quería en primer lugar estar seguro de cuanto atañía a la señora Walters. Además... Bueno, quiero decir que...

Miss Marple, azorada, guardó silencio.

—Además... comprendió que no tendría que esperar mucho tiempo, ¿no es eso? —inquirió mister Rafiel—. Y, claro, siempre sería mejor que yo muriera de muerte natural. Mi fortuna era un grave inconveniente. Muy a menudo, cuando fallece un millonario, se llevan a cabo investigaciones especiales...

—Es verdad -convino miss Marple-. Y ahora piense en las mentiras que ese hombre puso en circulación, algunas de las cuales hizo creer a Molly, al alcance de quien colocó un libro que trata de trastornos mentales. Le administró, por otro lado, drogas que produjeron en la joven alucinaciones y pesadillas. Ha de saber usted que Jackson entendía de eso. Creo que, habiendo estudiado los síntomas de Molly, llegó a la conclusión de que eran provocados por el uso de determinadas drogas. Por este motivo entró en el «bungalow», para escudriñar en los tarros que había en el cuarto de baño. Examinó la crema facial. Pensó en ciertos cuentos, en los que se aludía a las brujas que acostumbraban untarse con sustancias del tipo de la belladona. La belladona, formando parte de una crema para el rostro, pudo haber producido algunos de los raros efectos sufridos por Molly, pues ésta olvidaba fácilmente las cosas. En ocasiones soñaba que flotaba en el aire. No es de extrañar que la pobre muchacha llegase a albergar terribles temores. Presentaba todas las señales exteriores de una enferma mental. Jackson seguía una pista segura. Tal vez él debiera la idea al comandante Palgrave, quien en sus relatos aludiera al uso de la datura por las mujeres indias para gobernar a sus maridos.

—¿El comandante Palgrave ha dicho usted? -preguntó mister Rafiel-. La verdad es que...

—El fue quien provocó su propia muerte, así como la de la pobre Victoria Johnson... Y faltó bien poco para que Molly desapareciera

también, envenenada. Todo porque había identificado, sin lugar a dudas, a un asesino.

—¿Por qué se acordó usted inesperadamente de su ojo de cristal? —quiso saber mister Rafiel, curioso.

—Hizo que me acordara de aquél algo que dijo la señora de Caspearo. Ésta habló de la fealdad del comandante y del «mal de ojo»... Yo alegué que Palgrave no tenía la culpa de llevar un ojo de cristal, y ella manifestó entonces que sus ojos miraban en distintas direcciones. Añadió que eso atraía la mala suerte. Yo estaba... yo estaba convencida de haber oído algo aquel día de gran importancia. Anoche, poco después de haber sido descubierto el cadáver de Lucky, averigüé qué era. Entonces comprendí que no había tiempo que perder.

—¿Por qué Tim Kendal se equivocó, matando a Lucky?

—Eso fue obra de la casualidad. Me imagino que habiendo convencido a todo el mundo, Molly inclusive, de que su mujer era una desequilibrada, tras haberle administrado una fuerte dosis de la droga que había estado utilizando, le dijo que abrigaba el propósito de descubrir el misterio de los dos asesinatos que se habían cometido en el hotel, precisando con tal fin de su ayuda. Con este objeto, una vez estuvieron todos durmiendo, se unirían siguiendo caminos distintos en un punto convenido, situado junto al río. Tim Kendal comunicó a Molly que creía saber quién era el asesino. Pretendía tenderle una trampa. Molly, obediente, salió del "bungalow". Pero la droga la había dejado aturdida y perdió algún tiempo. Tim fue el primero en llegar al punto acordado, en el que descubrió a una mujer que tomó por Molly. Sus cabellos eran también rubios y llevaba, asimismo, un chal gris pálido echado sobre los hombros... Acercóse a ella cautelosamente por la espalda, le tapó la boca con una mano y la forzó a introducir la cabeza en el agua, manteniendo así a su víctima durante un buen rato...

—Es terrible, ¿eh? Pero ¿no habría sido más rápido y seguro para él administrar a su esposa otra dosis elevada de narcótico?

—Sí, ese procedimiento le hubiera resultado más fácil. Sin embargo, tal método habría suscitado sospechas. Recuerde que se había procurado que Molly no tuviese a su alcance más narcóticos ni sedantes. De haberse procurado otros, todos habrían pensado en que se los había administrado su marido. En cambio, si en un arrebato de desesperación ella abandonaba el «bungalow» mientras su inocente esposo dormía, para arrojarse al río, todo habría quedado en una romántica tragedia. Nadie hubiera tenido por qué sugerir que su muerte había sido obra de Tim Kendal. Aparte -añadió miss Marple— de que los criminales rechazan los

procedimientos sencillos. Frecuentemente éstos se complacen en seguir complicados derroteros, los cuales son, a menudo también, su perdición.
—Usted, miss Marple, por lo que veo, sabe cuanto hay que saber acerca de la especial psicología de los criminales. Entonces usted cree que Tim Kendal no se dio cuenta de su error al matar a Lucky, ¿verdad?
Miss Marple movió la cabeza.
—Ni siquiera se molestó en echar un vistazo a su rostro. Separóse de ella inmediatamente... Dejó transcurrir una hora. Luego procedió a organizar la búsqueda de su esposa, representando el papel de un hombre atormentado por el dolor.
—Pero, ¿qué diablos hacía Lucky en el río a altas horas de la noche?
Miss Marple dejó oír una discreta tosecilla.
—Es posible, a mi entender, que... ¡ejem!..., que estuviese esperando a alguien...
—¿A Edward Hillingdon?
—¡Oh, no! Su relación con él era ya una cosa del pasado. Yo estimo... yo admito la posibilidad de que estuviese aguardando a Jackson.
—¿A Jackson?
—En más de una ocasión vi a Lucky observándole atentamente... —murmuró miss Marple mirando a otro lado.
De los labios de mister Rafiel se escapó un silbido.
—¡Vaya con Jackson! Bueno, miss Marple. Tim debió experimentar un tremendo sobresalto al descubrir su error.
—En efecto. Debió sentirse desesperado, más bien. Molly vivía... Y a todo esto la historia que había puesto en circulación cuidadosamente, relativa a sus trastornos mentales, se vendría abajo en cuanto la joven cayese en manos de especialistas competentes. Y cuando ella refiriese que su marido le había pedido que se juntase con él por la noche, a hora tan avanzada, a orillas del río, ¿en qué situación quedaría Tim Kendal? Sólo cabía una solución: terminar con Molly lo más rápidamente posible. Había muchas probabilidades de que la gente creyera que Molly, en un arrebato de locura, había matado a Lucky, suicidándose posteriormente, horrorizada por su acción.
—Y fue entonces cuando usted decidió representar el papel de Némesis, ¿eh? —preguntó mister Rafiel. De pronto, éste se echó hacia atrás, comenzando a reír a carcajadas—. Si usted hubiera podido verse, miss Marple, aquella noche, de pie, muy erguida, con la cabeza cubierta con su plumoso pañuelo de lana rosado,

asegurando formalmente que era usted la propia Némesis... ¡Eso lo recordaré yo siempre!

EPÍLOGO

Había llegado el momento de partir. En el aeropuerto miss Marple aguardaba el instante de tomar su avión. Los Hillingdon se habían marchado ya. Gregory Dyson se encontraba en otra de aquellas islas. Circulaba ya el rumor de que dedicaba casi todo su tiempo a cortejar a una viuda argentina. La señora de Caspearo había regresado ya a su Sudamérica.
Molly había ido al aeropuerto a despedir a miss Marple. El rostro de la joven parecía más delgado y pálido. Había sabido, sin embargo, sobreponerse a las brutales emociones de aquellos días. Mister Rafiel había cablegrafiado a Inglaterra, ordenando el desplazamiento de uno de sus colaboradores a la isla, el cual trabajaría conjuntamente con Molly hasta encauzar con éxito la marcha del hotel.
—Procure mantenerse en todo momento ocupada —había aconsejado mister Rafiel a la joven-. No piense en nada. Aquí hay un buen negocio en perspectiva.
-¿No cree usted que esos crímenes...?
—Lo de los crímenes no preocupará nada en absoluto a la gente, a su futura clientela, en razón a que oportunamente fueron aclarados. Usted siga adelante, sin desanimarse —insistió mister Rafiel—. Y no desconfíe de todos los hombres por el hecho de haber tenido la desgracia de tropezar con un indeseable.
-Habla usted como miss Marple, quien asegura que el día menos pensado conoceré a aquel que me conviene de veras.
Mister Rafiel sonrió.
Encontrábase allí presente, aparte de la señorita Prescott, su hermano, el canónigo. Y también Esther, una Esther Walters que parecía más entrada en años, más triste, a la cual mister Rafiel distinguía con una sorprendente amabilidad. Jackson pretendía andar atareado cuidando del equipaje de miss Marple. Se deshacía en sonrisas. Bien evidente era su satisfacción. Acababa de entrar en posesión de una bonita suma de dinero.
Oyóse un ronroneo en el firmamento. Llegaba el avión de miss Marple. Aquél no era el aeropuerto londinense. En el momento de separarse de sus amigos, miss Marple no tendría más que abandonar el pabellón cubierto de pequeñas flores en que se encontraba para dirigirse a la pista...
—Adiós, querida miss Marple —dijo Molly, besándola.
—Adiós. Aguardamos su visita— murmuró emocionada la señorita Prescott, estrechando cariñosamente las manos de miss Marple.

—Ha sido un placer para nosotros conocerla —manifestó el canónigo—. Repito la invitación de mi hermana, de todo corazón.
—Que tenga usted buen viaje -le deseó Jackson-. Y, recuérdelo: cuando quiera algunas sesiones de masaje no tiene más que escribirme y concertaremos una entrevista. ¡Ah! Mi ofrecimiento es completamente desinteresado.
A la hora de las despedidas Esther Walters se apartó ligeramente del grupo. Miss Marple no quiso violentarla. Acercóse por fin a la viajera mister Rafiel, quien tomó una de sus manos.
—*Ave Caesar, nos morituri* te saludamos —le dijo.
—Mis conocimientos de latín son muy superficiales -respondió miss Marple.
—Pero eso lo ha entendido, ¿verdad?
—Sí.
Miss Marple guardó silencio un momento. Sabía perfectamente lo que él había querido significar con aquellas palabras.
—Ha sido para mí un gran placer conocerle —murmuró después.
A continuación echó a andar. Unos segundos más tarde ascendía por la escalerilla de acceso hasta la portezuela del cuatrimotor, perdiéndose en el interior del avión.

FIN